



**San Francisco Xabier  
desde sus tierras  
de Navarra**

**Celebración del V centenario (1506-2006)**

# San Francisco Xabier desde sus tierras de Navarra.



Grupo Cultural Enrique II de Albret  
Enrike II. de Albret Talde Kulturala

D.L.: NA-2886/2006

Diseño y maquetación: Angel Navallas Echarte  
Impresión: ONA industria gráfica



Ayuntamiento de  
Sangüesa/Zangoza



Gobierno  
de Navarra



**Dos piezas dramáticas  
de Genaro Xavier Vallejos  
sobre San Francisco Javier:  
*Volcán de amor* (1923) y  
*Xavier. Estampas escénicas* (1930).  
Estudio y edición**

*Carlos Mata Induráin*  
*GRISO-Universidad de Navarra*

## **1. San Francisco Javier, personaje dramático**

En su importante trabajo de 1961 sobre *San Francisco Xavier en la literatura española*, el Padre Ignacio Elizalde, SI, explicaba con estas palabras el hecho de que la vida del santo resulte un tema muy adecuado para su tratamiento en el teatro:

La vida de Xavier, esencialmente dramática y profundamente humana, constituyó un tema fecundo y apropiado para el dramaturgo y comediógrafo. Su intensidad emocional, su aventura a lo divino, la psicología de su conversión, el clima exótico y legendario del Oriente, su apostólica impaciencia, su ardiente y volcánico amor, su carácter emprendedor que tejió el mapa de las naciones en una red de viajes, la simpatía de su carácter, hacen de Xavier una figura extraordinariamente apta para la escena<sup>1</sup>.

1 Ignacio Elizalde, *San Francisco Xavier en la literatura española*, Madrid, CSIC, 1961, p. 107. Para un panorama amplio de la presencia de San Francisco Javier en el teatro español, véanse las pp. 105-89 de este libro.

Buena parte de esa producción dramática sobre San Francisco Javier corresponde al siglo XVII: se trata de obras compuestas según los patrones del teatro jesuítico y concentradas en torno a tres fechas claves: 1619, beatificación, 1622, canonización, y 1640, primer Centenario de la Compañía de Jesús. Después de la época barroca, la presencia del tema javeriano en el teatro es más escasa, pero reaparece con cierta intensidad en el siglo XX. Tenemos, por un lado, obras en las que el santo es el protagonista o desempeña un papel muy destacado. En 1923, el jesuita argentino Juan Marzal publica en Buenos Aires *El caballero de Dios, Ignacio de Loyola. Monólogos y escenas dramáticas*; pues bien, dos de las piezas contenidas en ese volumen son javerianas: *Adiós a las armas*, sainete de estudiantes, y *Desdén, afición y amor*, drama histórico en tres actos. En 1922 se estrena y en 1923 se publica *Volcán de amor*, de Genaro Xavier Vallejos, quien además de este drama sacro compondría otra pieza dramático-musical, *Xavier. Estampas escénicas* (1930). Del año 1933 es el estreno de *El Divino Impaciente* de José María Pemán y de 1952 el de *Las estrellas fulguran*, de Adolfo Muñoz. A esta lista debemos sumar *Destellos javerinos. Escenificación de la vida del santo dividida en 11 cuadros*, de Luis María Arrizabalaga, SI (1958), con ilustraciones musicales de Antonio Massana, SI. Y pocos años después (1963) se representaba *Dolores y gozos del Castillo de Javier*, un espectáculo de luz y sonido en cuya preparación colaboraron José María Recondo, SI (sinopsis histórica), José María Pemán (guión literario), Cristóbal Halfter (música) y Cayetano Luca de Tena (puesta en escena). En fin, viniendo a nuestros días, y dentro de las celebraciones del V Centenario del nacimiento de San Francisco Javier, entre el 20 de julio y el 20 de agosto de 2006 se ha representado en el Auditorio de Javier el espectáculo teatral, con aparato audiovisual, música y danzas, titulado *Por todo el mundo. Diálogos de Javier y el Mar*, con guión y texto literario de Pedro Miguel Lamet, SI<sup>2</sup>.

Pues bien, de todo este corpus de teatro javeriano del siglo XX, quiero recuperar ahora, en edición anotada, las dos piezas del sangüesino Genaro Xavier Vallejos, *Volcán de amor* y *Xavier. Estampas escénicas*.

2 Además de estas obras en las que Javier interviene como personaje principal, hay otras en las que su aparición es más secundaria: así sucede en *El Marqués y el bachiller* (1940), de Víctor Espinós, *El capitán de Loyola* (1941), de Ramón Cué y *El capitán de sí mismo* (1950), de Manuel Iribarren.

## 2. Dos piezas dramáticas javerianas de Vallejos

Genaro Xavier Vallejos Jabala (Sangüesa, Navarra, 1897-1991) fue sacerdote y escritor. Dejando aparte su importante actividad en el terreno sacerdotal (centrada en el ámbito de la misionología), es autor de obras literarias como *Viñetas antiguas* (1927), *Pastoral de Navidad* (1942) o *El Camino, el Peregrino y el Diablo* (1978), sin olvidar otros trabajos periodísticos y menores<sup>3</sup>. Antes de ofrecer la edición anotada de *Volcán de amor* y de *Xavier. Estampas escénicas*, consignaré aquí algunas notas resumiendo brevemente su contenido y los aspectos estilísticos más destacados. Son, en cualquier caso, obras a las que ya he dedicado atención en otros trabajos<sup>4</sup>, así que aquí me limitaré a dar unas pinceladas muy concisas acerca de ambas.

### 2.1. Volcán de amor (1922)

*Volcán de amor* es un drama histórico-misional que obtuvo el primer premio en un certamen nacional celebrado en Burgos y fue estrenado con éxito por Bartolomé Soler en el Teatro Gayarre de Pamplona la noche del 24 de septiembre de 1922. Se publicó en forma de libro al año siguiente, en 1923, con el subtítulo de *Escenas de Amor Divino*. La obra, que constaba de tres actos y un «Cabo» o epílogo, llevaba en esa edición la siguiente dedicatoria:

A la Diputación del Reyno de Navarra. Este es el varón que despreció al mundo. Este es el que vio nacer el sol de Oriente. Este es el que, saliendo de su patria, la engrandeció por los confines de la tierra. Este es nuestra historia. Este es nuestra raza. Por los siglos de los siglos, Francisco Xavier.

La obra, muy representada en colegios y seminarios, tuvo nuevas edi-

- 3 Sobre la vida y obra de Vallejos, véase Carlos Mata Induráin, «Genaro Xavier Vallejos (1897-1991). Biografía, semblanza y producción literaria de un sacerdote sangüesino», *Zangotzarra*, núm. 2, 1998, pp. 9-91.
- 4 Véase Carlos Mata Induráin, «San Francisco Javier en el teatro español del siglo XX: *Volcán de amor* (1922) de Vallejos y *El divino impaciente* (1933) de Pemán», en Ignacio Arellano y Arnulfo Herrera (eds.), *Actas del Congreso Internacional San Francisco Javier en su Centenario, México, Universidad Iberoamericana de México-UNAM, enero-febrero de 2006*, en prensa; y «Una evocación dramático-musical de San Francisco Javier: *Xavier. Estampas escénicas* (1930), de Genaro Xavier Vallejos», en *Navarra: memoria e imagen. Actas del VI Congreso de Historia de Navarra, Pamplona, septiembre de 2006*, Pamplona, SEHN-Ediciones Eunat, 2006, vol. II, pp. 245-55.

ciones, con ligeros retoques y modificaciones en el texto dramático, y a la altura de 1942 había alcanzado ya la cuarta edición<sup>5</sup> (Bilbao, El Siglo de las Misiones). Su acción se centra en el último año de la vida de San Francisco Javier (la muerte del santo, a las puertas de China, constituye precisamente la culminación del drama). Alternan en la obra la prosa y el verso. El reparto es bastante extenso, aunque destacan tres personajes fundamentales: en primer plano, la figura del santo navarro; y en un segundo término, su colaborador, el mercader Diego Pereira, y su antagonista, don Álvaro de Ataide, gobernador de Malaca.

El primer acto nos presenta a don Álvaro de Ataide rondando con su escudero Duarte los alrededores del templo de Triwalaor, pues desea apoderarse de un fabuloso collar de perlas que allí se custodia (la codicia va a ser el rasgo más destacado de su carácter). Por su parte, el fakir Abul-Bemar y Kanna, un fiero brahmán, los otros dos personajes negativos, comentan con desprecio el hecho de que Visva Mithas, el Gran Sacerdote del templo, se ha puesto del lado del cuervo extranjero (en alusión a San Francisco Javier). Luego aparece en escena Javier, mostrando su ferviente deseo de pasar a la China, donde le esperan miles de almas que convertir al catolicismo; pero antes de marchar quiere rescatar a Kadilah y Souka, dos jóvenes brahmines que van a convertirse al catolicismo. El misionero, «*con un empuje sobrenatural*», hace retroceder a los fanáticos brahmanes que salen a celebrar un sacrificio arrastrándolos «*hacia las tinieblas misteriosas del templo*». El acto se remata con la indicación de que el Padre Francisco «*Queda en las tablas con el Cristo en alto, radiante, magnífico, triunfador*».

La acción del segundo acto ocurre en Meliapur (Santo Tomé). Visva Mithas se ha bautizado y se llama ahora Alfonso, y lo mismo ha hecho Kadilah, con el nombre de Antonio de Santa Fe. El mercader Diego Pereira avisa a don Álvaro de Ataide de que él y el misionero navarro van a embarcar para Goa: desde allí irán a China en embajada del rey de Portugal don Juan III. Pero don Álvaro, cegado por la codicia, se opone tenazmente. Además, acuerda con Kanna la entrega de los dos nuevos convertidos al catolicismo, muertos, a cambio del maravilloso collar del templo de Triwalaor. Javier le visita y le reitera la noticia de que van al imperio de la China: el embajador será Diego Pereira y él, bajo su amparo, podrá predicar la fe católica. Don Álvaro se opone y al final, enfadado, hiere de muerte con su espada a Alfonso (Visva Mithas).

El acto tercero se sitúa en Malaca. Don Álvaro recibe al Padre Fran-

5 Existe también traducción de la obra al euskera, del año 1931, bajo el título *Sutan biotza*.

cisco, cuyo único pensamiento sigue siendo convertir a los chinos; tan sólo falta para poder embarcar el permiso del gobernador, pero éste los sigue deteniendo, ahora con la excusa de que debe honrar debidamente al embajador Pereira. Para tratar de convencerlo, el misionero le resume su vida y le habla de su celo apostólico: a Javier le abrasa el fuego del amor divino, una fiebre —real y metafórica a un tiempo— que le ocupa cuerpo y espíritu. Don Álvaro finalmente le da permiso para partir, pero sin la compañía de Pereira. Vallejos cierra el acto poniendo en boca del santo el tan famoso como bellísimo soneto (hoy por hoy anónimo) «No me mueve, mi Dios, para quererte...».

El epílogo nos traslada a la isla de Sanchón. Javier está cansado y enfermo, y varios niños chinos rezan por él. Sigúe encendido en amor divino y mira continuamente a la cercana costa de la China, que ya no podrá alcanzar. Por último, tras declamar su emotivo parlamento final, nueva muestra de su incomparable celo apostólico, rinde la vida a Dios.

Como podemos apreciar a través de este apretado resumen, la acción de *Volcán de amor* es sencilla y se encamina exclusivamente a elogiar la actividad misional del santo navarro, poniendo de relieve, en concreto, su deseo incumplido de predicar la fe de Jesucristo en el inmenso imperio de la China. A lo largo de toda la obra cobra importancia el desarrollo de las metáforas o imágenes implícitas en el título: *volcán, fuego, abrasar...*, que subrayan esa locura de la cruz, ese amor divino que ardía en el pecho del Apóstol de las Indias y el Japón. Por lo demás, el universo dramático de los personajes se divide maniqueamente en dos bloques, los buenos, muy buenos (el santo, Pereira, Duarte, Visva Mithas, Kadilah...) y los malos, muy malos (don Álvaro, Kanna, Abul-Bemar). Si nos fijamos en los personajes, en *Volcán de amor* asistimos, sobre todo, a la contraposición de dos caracteres, San Francisco Javier y don Álvaro de Ataide. En efecto, Javier concibe los territorios por los que pasa (India, Molucas, Japón...) como tierra de misión, mientras que Ataide los considera meramente como un mercado, «tierra de aventura». El santo se muestra en todo momento como padre de sus hijos, llevado siempre por su ansia de conquistar más almas para Dios; en cambio, a Ataide sólo le impulsa el ansia de mercadear y queda caracterizado como «un traficante sin alma»<sup>6</sup>.

Cabe destacar también la búsqueda por parte del autor de cierto exotismo patente no sólo en los nombres geográficos, algunos de obligada mención (Triwalaor, Meliapur, Malaca, Sanchón...) o en la onomástica

6 Algo muy similar sucederá en la obra de José María Pemán, *El Divino Impaciente*, que es diez años posterior (de 1933).

(dioses indios, brahmanes), sino también en la intercalación de algunas palabras originarias de lenguas orientales (*pettisa, vaiscías, bakulas, sarong...*). Cabe afirmar que Vallejos llevó a cabo un notable esfuerzo de documentación, a tenor al menos de la abundante mención de topónimos indios, de divinidades de la mitología hindú, etc. (en las notas que he puesto al pie del texto he tratado de explicar todas estas referencias).

En definitiva, el propósito que guió al autor fue, especialmente, la exaltación misional, a través del elogio del afán evangelizador de San Francisco Javier (mostrando, por ejemplo, algunos detalles de sus debates con los brahmanes de la India y de su predicación a los humildes parias, los paravas de la Pesquería), al tiempo que presentaba la figura de don Álvaro de Ataide, el gobernador de Malaca, como villano antagonista. En líneas generales, la obra se ajusta a los hechos históricos conocidos —que conforman el telón de fondo sobre el que se presenta su acción—, pero entran en ella diversas licencias, permitidas en una obra literaria. Desde el punto de vista dramático, la pieza se caracteriza por su lograda unidad, que va unida a una concentración de la acción en el tiempo y en el espacio. *Volcán de amor* está escrito en su mayor parte en prosa, con algunos pocos pasajes en verso (los versos se utilizan para subrayar algunos momentos de especial intensidad dramática o emotiva). La obra estaba pensada para ser representada en colegios, seminarios, casas de formación, etc., de ahí que todos los papeles sean masculinos (no intervienen mujeres).

## 2.2. Xavier. Estampas escénicas (1930)

Esta segunda pieza javeriana de Vallejos, que consta de un prólogo, tres cuadros y un epílogo, se estrenó en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona el 13 de marzo de 1930 con música del Padre Antonio Massana, S.I. Hay dos ediciones, las dos sin fecha, presumiblemente de los años 1930 y 1944. En unas «Palabras preliminares», el autor explica el significado simbólico de su obra (Javier es la encarnación del símbolo del misionero) y alude a ciertas características de su obra, como la inclusión de un personaje Corifeo o Prólogo (especie de narrador que resume el argumento de cada cuadro y va hilvanando unos con otros). A lo largo de la obra se reitera el motivo temático del Buen Pastor (se repiten continuamente como un *leit motiv* las palabras «Otras ovejas tengo que no están en el redil...»), junto a la melodía de la música<sup>7</sup>.

7 Remito, a quien desee conocer el aspecto musical de la obra, a la edición que incluye las partituras de las escenas musicadas: Genaro Xavier Vallejos y Antonio Massana, S.I., *Javier. Estampas escénicas*. Oratorio, Bilbao, El Siglo de las Misiones, 1944.



El Prólogo y el Preludio plantean el que va a ser el motivo estructural nuclear: se nos dice que el Señor tiene lejos, fuera de su rebaño, cientos, miles de ovejas, y Él las va siguiendo errante. Un joven Peregrino, Francisco Xavier, escucha sus voces lastimeras y decide ir tras Él. Se convierte así en el prototipo de todas aquellas personas que tienen vocación misionera, que sienten, y escuchan, y hacen suya la llamada de Dios. Javier es tentado por las voces de la ambición, la sensualidad, la vanagloria, la ostentación..., y sobre todo por las de la sabiduría humana y el amor. Pero las voces de los ángeles le recuerdan la célebre frase evangélica: «¿Qué le aprovecha al hombre ganar el mundo si pierde al fin su alma?», aquella que —escuchada de labios de Íñigo de Loyola— motivara la conversión de Francisco de Jaso cuando era estudiante en París. Es, por tanto, el momento de la duda, de la indecisión entre la llamada y las tentaciones de lo mundano. Cruza entonces la visión del Buen Pastor, con su cayado y un pequeño hato de ovejas; y Francisco Xavier, *«igual que San Pablo»*, afirma que él irá a buscar esas ovejas y que a cambio de su tarea no quiere más paga que el amor del Buen Pastor.

El Cuadro I presenta a Xavier en la India. Dos jóvenes, Rhamna y Pathunalkar, acuden al templo a consultar al espíritu de Visnú: tienen tristes presagios y no quieren salir a pescar. Don Cosme de Paiva y *«su compadre en oscuros negocios»*, el mercader João Mascarenhas, maltratan a los indios, pues su codicia no admite ninguna disculpa para no salir a pescar las perlas. Xavier los defiende con decisión y predica a los pescadores, ponderándoles las cualidades de otra perla mejor, *«la divina perla de los cielos»*.

El Cuadro II muestra a los indígenas como corderos sumisos tras el pastor Xavier, que se exalta con el fuego que arde en su interior. En otra pagoda, ésta dedicada al dios Brahma, un viejo Fakir, *«ciego, en actitudes de éxtasis»*, convoca a los adoradores del dios, pero ya nadie acude. Hasta el Gran Sacerdote de la pagoda, un anciano venerable en cuyo rostro se aprecia una actitud de profunda cavilación, se deja seducir por la nueva música dulce que llena de paz su corazón. Xavier, en su predicación, contrapone las maldades de Brahma con las bondades de Dios; se va inflamando mientras habla a los indios, a los que les muestra el crucifijo, y al final prorrumpe en éxtasis: *«¡Padre nuestro que estás en los cielos!»*. Por último, todos los indios se arrodillan y el viejo Sacerdote brahmán de la pagoda cae también de hinojos ante él.

El Cuadro III sitúa la acción en una playa desolada y ardiente, con una vista del mar, y al fondo, *«lejana, indecisa, como un ensueño imposible, la costa de Cantón entre brumas»*. Es la isla de Sanción. Se nos informa de que,

antes, Javier ha recorrido Japón sufriendo burlas y penalidades, sin conseguir mucho fruto: «Un andar sin cesar / por ciudades sin alma. Y predicar / ante conciencias muertas». En cualquier caso, la dulce voz divina le llama otra vez desde lejos, y resuena más urgente y angustiada, anunciándole la nueva jornada de la China. Xavier vuelve a gritar: «¡Ya voy, Señor...!»; pero está prematuramente envejecido, y ya sólo queda un despojo del gentil galán que fue antes: desfigurado por los años de evangelización, harapiento, parece un viejo miserable. Una fiebre mortal se ha apoderado de él. El preludio musical deriva hacia el tema del Buen Pastor. Xavier oye esa voz divina que resuena siempre en su interior, sin dejarle descansar. Unos indígenas hostiles lo insultan llamándolo loco. Luego pide a Dios que le castigue por haber sido un siervo infiel y pecador. Vuelve a sonar «*íntimo y cercano*» el tema del Buen Pastor, «*a un tiempo dolorido y esperanzado*», y Xavier se levanta «*con súbito arranque*», una vez más muestra su anhelo de ir: «*Suplicante y arrebatado, pero sin que al mismo tiempo deje de percibirse con claridad en el tono, en el gesto, en el mismo sobreanhelo, el esfuerzo de una vida que se acaba*», dice que irá y juntará las ovejas, y las traerá, confiando en que Dios le dará la fuerza que le falta. El santo, exhausto, entra en el delirio y muere finalmente.

En el «Epílogo», tras un solemne preludio orquestal, el Coro de ángeles canta el tema «Otras ovejas tengo...». Francisco Xavier se levanta y los ángeles lo acercan a una escalinata que conduce al Paraíso. Los coros angélicos cantan desde lo alto: «*Christus vincit! Christus regnat! Christus imperat!*» y un coro de voces terrenales replica: «*Euge serve bone et fidelis! Intra in gaudium Domini tui*». Y la acotación final indica que el misionero sube por la escalera al encuentro del Cordero: «*Y Francisco Xavier, solo, lento, como un verdadero símbolo, en todo el esplendor de su sotana andrajosa, se pierde camino del Paraíso*».

*Xavier. Estampas escénicas* es una breve obra teatral de alto valor simbólico (en algunos pasajes el tono es alegórico, cercano al de los autos sacramentales del Siglo de Oro): en la prodigiosa figura histórica de San Francisco Javier, Apóstol de las Misiones, Vallejos ha querido quintaesenciar la actitud y los valores de todos los misioneros. En este sentido, la pieza no dramatiza la vida y las peripecias del santo en su conjunto, sino que selecciona de forma muy sintética algunos episodios clave, centrados en la India, además de su muerte en Sanción (su paso por el Japón es meramente aludido). Como rasgos esenciales cabe destacar la presencia de ese «narrador» que conduce la acción, así como la importancia que adquieren las extensas acotaciones, que son narrativo-descriptivas. Desde el punto de vista estilístico, lo más llamativo es el maniqueísmo en la valoración de los personajes y las acciones, lo que se aprecia sobre todo en el uso de los

epítetos («pájaros maléficos», «mercaderes sórdidos», «música agorera y siniestra» / «tierno misterio», «tenue y amada visión», «dulce son»).

*Volcán de amor* y *Xavier. Estampas escénicas* son las dos obras dramáticas con las que Genaro Xavier Vallejos se acercó a la figura señera de San Francisco Javier, cuyo V Centenario celebramos este año. En ellas, el santo navarro más universal encarna el prototipo de misionero, que sigue siendo, a día de hoy, un personaje que constituye un modelo válido tanto para creyentes como no creyentes, pues encierra en su persona unos valores morales y unos criterios de vida que tienen plena vigencia.

### 3. Esta edición

En el caso de *Volcán de amor*, edito el texto según la edición de 1942 (que presenta algunas notables diferencias con respecto a la original de 1923 y podemos tener como última voluntad del autor). En el de *Xavier. Estampas escénicas*, tomo como base el de su segunda edición (sin año, seguramente de 1944). En ambos casos he corregido las erratas evidentes, he revisado las grafías y la puntuación (buscando ofrecer aquella que diera un mejor sentido a los textos), he unificado el uso de mayúsculas y minúsculas, etc. Las notas a pie de página tratan de aclarar al lector las principales dudas léxicas y morfosintácticas, las alusiones a personajes históricos, las referencias a topónimos indios y a dioses de la mitología hindú, etc. Quiero agradecer a Alfredo López Vallejos, sobrino del escritor, su amabilidad al poner a mi disposición diversos materiales, que me han sido de gran utilidad tanto en este como en anteriores trabajos míos sobre Genaro Xavier Vallejos.

### 4. Bibliografía

- Elizalde, Ignacio, SI, *San Francisco Xavier en la literatura española*, Madrid, CSIC, 1961.
- Mata Induráin, Carlos, «Genaro Xavier Vallejos (1897-1991). Biografía, semblanza y producción literaria de un sacerdote sangüesino», *Zan-gotzarra*, núm. 2, 1998, pp. 9-91.
- Mata Induráin, Carlos, «San Francisco Javier en el teatro español del siglo XX: *Volcán de amor* (1922) de Vallejos y *El divino impaciente* (1933) de Pemán», en Ignacio Arellano y Arnulfo Herrera (eds.), *Actas del Congreso Internacional San Francisco Javier en su Centenario, México, Universidad Iberoamericana de México-UNAM, enero-febrero de 2006*, en prensa.

- Mata Induráin, Carlos, «Una evocación dramático-musical de San Francisco Javier: *Xavier. Estampas escénicas* (1930), de Genaro Xavier Vallejos», en *Navarra: memoria e imagen. Actas del VI Congreso de Historia de Navarra*, Pamplona, septiembre de 2006, Pamplona, SEHN-Editiones Eunete, 2006, vol. II, pp. 245-55.
- Vallejos, Genaro Xavier, *Sutan biotza*, trad. de J. Iruretagoyena, Zarautz, Eusko Argitaldaria Zelaya ta Lagunak, 1931.
- Vallejos, Genaro Xavier, *Volcán de amor. Drama sacro en tres actos y un epílogo*, Bilbao, El Siglo de las Misiones, 1942.
- Vallejos, Genaro Xavier, *Volcán de amor. Escenas de Amor Divino. Repartidas en tres actos y un epílogo. Compúsolas para loor de San Xavier, Apóstol de Oriente, y según las viejas historias, su devotísimo siervo, vecino de tierra y solar*, Genaro Xavier Vallejos, Madrid, Voluntad, 1923.
- Vallejos, Genaro Xavier, *Xavier. Estampas escénicas en un prólogo, tres cuadros y un epílogo*, Barcelona, Sobrinos de López Robert y Cía., s. a., ¿1930?
- Vallejos, Genaro Xavier, *Xavier. Estampas escénicas en un prólogo, tres cuadros y un epílogo*, 2.<sup>a</sup> ed., Bilbao, El Siglo de las Misiones, s. a., ¿1944?
- Vallejos, Genaro Xavier y Massana, SI, Antonio, *Javier. Estampas escénicas. Oratorio*, Bilbao, El Siglo de las Misiones, 1944.
- Vallejos, Genaro Xavier y Pemán, José María, *Volcán de Amor. El Divino Impaciente*, prólogo de Alfredo López Vallejos, Pamplona, Fundación Diario de Navarra, 2003.
- Zubillaga, Félix, SI (ed.), *Cartas y escritos de San Francisco Javier*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1979.

# *Volcán de amor.*

*Drama sacro en tres actos y un epílogo*

*Genaro Xavier Vallejos*

## **Tabla de personajes**

SAN FRANCISCO JAVIER.

DIEGO PEREIRA, rico mercader y embajador.

ÁLVARO DE ATAIDE DE GAMA, Gobernador de Malaca.

ANTONIO DE SANTA FE (Kadilah).

ALFONSO (Visva Mithas, Gran Brahmán de Triwalaor).

DUARTE, escudero de don Álvaro de Ataide.

KANNA, brahmán fanático.

ABUL-BEMAR, viejo fakir<sup>1</sup> indio, penitente de la pagoda de Triwalaor.

SOUKA, joven brahmín<sup>2</sup> de Triwalaor, compañero de Kadilah.

CARVALHO, sargento de la guardia de don Álvaro.

Un criado.

Dos mercaderes chinos.

Dos pescadores chinos.

LI, KAO-TSEN, VEN-TI, YAO-VANG, niños chinos.

Cortejo de brahmanes.

Varios soldados.

Grupos de mercaderes.

Tropel de indígenas malayos.

ÉPOCA: SIGLO XVI

1 *fakir*: santón hindú, asceta que vive de limosna.

2 *brahmín*: lo mismo que *brahmán*, miembro de la casta sacerdotal de la India, casta superior y privilegiada por haber sido creados sus miembros de la boca del dios Brahma. Vallejos parece emplear *brahmín* con el significado de <brahmán joven>.

# Volcán de amor

## Acto primero

En Triwalaor de la India<sup>3</sup>, a las puertas de su templo maravilloso, que ya no existe. Al fondo, la columnata del pórtico, fastuosa y bárbara. Grifos rampantes<sup>4</sup> de ojos desorbitados y fauces sangrientas sostienen las pilastras y capiteles superpuestos a la manera india. Estas pilastras se adelantan formando pórtico. En el centro, dos o tres puertas. Encuadran el patio, en primer término, dos bakulas<sup>5</sup> de tronco muy corpulento. A izquierda, una balaustrada, por la que hay acceso a la escalinata del templo sagrado. Las piedras, de un rojo de sangre, arden al sol, y son nimbo y decoro de las blancas vestiduras sacerdotales.

(Con sobrealiento y sudorosos, entran por la izquierda don Álvaro de Ataíde y su escudero Duarte, disfrazados de vaiscías<sup>6</sup> o indios artesanos. Don Álvaro es recio, cetrino, de hidalga planta. Los ojos le brillan hondos, inquietos, bajo el ceño habitual.)

DON ÁLVARO.— Descansemos aquí. Mal camino el de esta pagoda maldita. ¡San Diniz me valga!<sup>7</sup>

DUARTE.— Si es tan nombrada y rica, bien pudieran los brahmanes mejorar un poco esa cuesta. Ese mal indio que nos trajo, nos engañó. ¡Cuatro leguas de cuesta brava!

DON ÁLVARO.— Pero no me pesa. Cuatro anduvimos y cuarenta más anduviera a placer por ver esa maravilla de collar<sup>8</sup>, si es tal como asegu-

3 *Triwalaor de la India*: entiendo que se refiere a Thiruvananthapuram (nombre actual de Trivandrum), capital del principado de Travancora, cuyo principal templo está consagrado a Vishnú. Está cerca de la ciudad de Meliapur o Santo Tomé.

4 *Grifos rampantes*: el grifo es un animal fabuloso, mitad águila y mitad león; *rampante*, en heráldica, es adjetivo que se aplica al animal «que está en el campo del escudo de armas con la mano abierta y las garras tendidas en ademán de agarrar o asir» (DRAE).

5 *bakulas*: un árbol que se da en la India.

6 *vaiscías*: la propia acotación explica el significado de la palabra; más adelante dirá don Álvaro: «Si nos descubren, no olvides que somos dos vaiscías de la montaña de Meliapur, muy compungidos y devotos»; y Diego Pereira: «Hacíais dos vaiscías acabados».

7 *¡San Diniz me valga!*: Diniz es nombre típico portugués, aunque no documento el santo. Más adelante don Álvaro emplea de nuevo la misma expresión: «¡Ese es un negocio, San Diniz me valga!».

8 *más anduviera a placer por ver esa maravilla de collar*: apunta ya aquí el que va a ser el principal rasgo de carácter de don Álvaro de Ataíde en la obra, la codicia.

ran. Cien millones de contos<sup>9</sup> le calculan los ginoveses<sup>10</sup> de Punta Marina.

DUARTE.— Los ginoveses son unos fantasiosos. Cien millones de contos no los valen todas las Indias de España<sup>11</sup>, mi amo. Para saber lo que es un conto hay que haber nacido en la Bocana del Tajo<sup>12</sup>.

DON ÁLVARO.— Y para saber lo que es un collar, también. Tú y yo somos aquí los primeros. (*Con énfasis.*) Esta empresa estaba destinada a un fidalgo portugués<sup>13</sup>.

DUARTE.— (*Aludiendo a sus disfraces.*) Mal talante de fidalgo, señor amo. Juro que no os reconociera la noble señora que os echó al mundo.

DON ÁLVARO.— La noble señora doña Catalina de Ataíde está muy lejos. Y aquí, en Malaca de Indias<sup>14</sup>, estamos en tierra de aventuras<sup>15</sup>.

DUARTE.— (*Un poco Sancho.*<sup>16</sup>) En negra malandanza nos metimos.

DON ÁLVARO.— ¿Te me arrugas, cobardón?

DUARTE.— (*Herido en lo más vivo.*) ¡Eso en jamás de los jamases!

DON ÁLVARO.— Venga el collar, que lo demás no importa. Tiempo habrá de venderlo a buen dinero y pasear de rico hidalgo de Indias por la rúa Mayor de Lisboa: gorguera, cadena de oro de veinte libras, guante de ante, espada de rica cazoleta a la española... escarcela con las tripas bien amarillas de escudos... y el mundo a la espalda. (*De repente.*) ¡Chist! (*Se oye ruido por entre las columnas del templo; coge a Duarte por un brazo.*) Ven aquí. Si nos descubren, no olvides que somos dos vaicías de la montaña de Meliapur<sup>17</sup>, muy compungidos y devotos. (*Ambos se repliegan hacia la balaustrada del estante y se ocultan.*)

(*A rastras, como un reptil, asoma el viejo fakir Abul-Bemar por entre los columnas del templo. Le acompaña un gran ruido de cadenas que lleva atadas al cuerpo. Al asomar en escena comienza su relato, que luego ha de*

9 contos: millones.

10 ginoveses: los genoveses manejaban las finanzas en la época y aparecen con mucha frecuencia en la literatura española del Siglo de Oro.

11 las Indias de España: las Indias Occidentales (América), frente a las Indias Orientales, donde los personajes se encuentran, que estaban bajo dominio portugués.

12 la Bocana del Tajo: alude a la desembocadura del río, en Lisboa.

13 fidalgo portugués: tenían fama de orgullosos y vanidosos, de «finchados».

14 Malaca de Indias: Malaca, fortaleza portuguesa en el estrecho de Sumatra, era el puerto que unía la India con el Extremo Oriente.

15 tierra de aventuras: así entiende don Álvaro el territorio bajo su mando, y especialmente como fuente de riquezas y ganancias.

16 Un poco Sancho: a la manera de Sancho Panza, el inolvidable escudero de don Quijote de la Mancha.

17 Meliapur: actual barriada de Madrás, donde estaba la supuesta tumba del apóstol Santo Tomás.

*proseguir sentado sobre las losas junto a una columna. Abul-Bemar es el fakir más penitente y venerado de toda la India. Tiene cien años. La cabellera, blanca y revuelta, le cae en mechones sobre los hombros y sobre los ojos que, por un afán de penitencia inaudita, se quedaron ciegos mirando al sol. De entre unos andrajos multicolores destacan sus negros brazos de sarmiento, en los que el sol se ceba sin piedad. Él no se defiende. Sobre las rodillas guarda impasible una escudilla mísera donde los brahmanes le dejan arroz cocido sin sal, que es todo su regalo. Desde Ceylán y desde Lahore, desde Benarés la Santa y aun desde los remotos extremos del País de la Paz<sup>18</sup> vienen a visitar la pagoda de Triwalaor penitentes y peregrinos atraídos por la mucha santidad del fakir centenario.*

*Sabe todas las leyendas de la misteriosa India, y las cuenta de sol a sol, y en sus labios, macerados por la vida ascética, tiene su palabra seca un raro poder sobre los devotos que le atienden sobrecogidos. Todos los brahmanes le veneran porque la pagoda prosperó con las penitencias de Abul-Bemar, y ruegan cada día a Visnú<sup>19</sup>, conservador de la creación, que le alargue la vida dos y tres y nueve cientos de años.)*

ABUL-BEMAR.— (*Entrando en escena.*) Hoy tampoco viene nadie. El altar de Visnú preside el templo solitario y mudo, porque no viene nadie. Y ayer, tampoco...

(*Se acomoda en su rincón.*) «El santo Adpal subió un día a la montaña de nieve con su cabrita blanca. Tenía los cuernos y las pezuñas de oro esta cabrita blanca, y el hocico como una rosa. Y habló y dijo a Adpal: —Abre los ojos, ¿qué ves? —Veo toda la sagrada India extendida a mis pies como un chal de Kachmir<sup>20</sup> para regalo del venerable Bagaván<sup>21</sup>. —¿Y qué ves? —Veo el lago azul que el príncipe de

18 *Ceylán ... Lahore ... Benarés ... País de la Paz:* Ceilán es hoy día Sri Lanka; Lahore, en el actual Pakistán, la capital de la provincia de Punjab; Benarés (hoy Varanasi), a orillas del Ganges, es la ciudad santa hinduista por excelencia; con el País de la Paz, se puede referir Vallejos a China (o quizá a otros territorios como Nepal o Tibet).

19 *Visnú:* o Vishnú (a lo largo de la obra alternan las dos grafías, alternancia que mantengo) es un dios que forma parte de la Trimurti o trinidad hindú: Brahma (el Creador), Vishnú (el Mantenedor) y Shiva (el Destructor). Se identifica con distintos avatares, especialmente Rama y Krishna.

20 *chal de Kachmir:* los tejidos de Cachemira (región al norte de la India) son famosos por su extraordinaria calidad. Más adelante escribiré el nombre con otra grafía, cuando hable de «los tintes de Kahsmir».

21 *Bagaván:* también escrito Bhagavan, Bhagawan o Bhagwan, significa persona sagrada, en sanscrito, e históricamente ha sido usado para designar a muchos maestros, incluyendo a Gautama Buddha.



Vivasvata<sup>22</sup> atravesó al atardecer sobre el sagrado pez de ojos de ópalo y escamas de púrpura. El lago de agua extasiada donde el pálido loto —¡ay quien lo toque!— adora a Maya<sup>23</sup>, la de los cabellos de oro. Y veo la selva de la serpiente Vasuki<sup>24</sup>, la selva verde y profunda. En las ramas —¡ay quien las mire!— brillan los ojos de las serpientes que adoran al sol. Y veo en la pagoda de Triwalaor a todos los hijos de la India sagrada —¡ay de mis hijos!, ¡ay de mis hijos!, ¡ay de mis hijos!— postrados setenta y siete veces en alabanza de la Trimurti<sup>25</sup>.

Así habló Adpal el santo, el venerable. Sus palabras se desbandaron por el monte como pájaros tristes al atardecer. Y Adpal tuvo un éxtasis de setecientos años. Con sus pies negros disecados tocaba las nubes y con las puntas de sus manos elevadas tocaba el cielo azul.

Y hacía oración a Brahma, padre soberano de los cielos y de las estrellas, de la tierra y de todo el mar, y de las blancas nubes y de los pájaros pequeñitos.

Y pasados los setecientos años, la cabrita de patas gentiles como tallos y hocico tierno de rosa, habló y dijo: —Adpal, ¿qué ves? —¡Ay, lo que veo! Pájaros negros vienen de las islas del mar; uno, dos, cinco... ciento, mil. Nubes de cuervos voraces oscurecen el sol. Ya no cantan las aves de oro y azul en los bosques profundos. Los lotos se han desmayado. Ni el espíritu de los hombres, ni el espíritu de los elefantes, ni el espíritu de las serpientes adora al poderoso Brahma<sup>26</sup>.

*(Se oye un rumor de timbales que viene de dentro del templo. Entra en escena un indio más que acude al sacrificio y queda esperando junto al pórtico. Enseguida salen tres pregoneros que llaman con sus trompetas al*

- 22 *príncipe de Vivasvata*: Vivasvata es adjetivo en los vedas que significa «luminoso» pero aquí Vallejos lo utiliza como topónimo, en alusión a un lugar que no identifico.
- 23 *Maya*: la palabra *maya* es uno de los términos más importantes en la filosofía hindú, y ha cambiado de significado a través de los siglos: originalmente era el ‘poder’ o ‘fuerza’ casi divina del actor o mago, pero se usa también para designar el estado psicológico de cualquier persona bajo el hechizo «mágico» de la obra teatral. Aquí parece aludir a una divinidad.
- 24 *serpiente Vasuki*: Vasuki, en la mitología hindú, es el dios de las serpientes, que vivió en Patala.
- 25 *la Trimurti*: la «trinidad» hindú formada por Brahma (el Creador), Vishnú (el Mantenedor) y Shiva (el Destructor).
- 26 *Brahma*: véase nota *supra*.

norte, al sur, al oriente, al occidente. Tañen las trompetas. Cantan desde dentro con voz clara. Puede haber en toda esta escena un fondo de orquesta que acompañe al canto.)

ABUL-BEMAR.— ¡Ya llaman al sacrificio! ¡Esta es la hora de tu vergüenza, venerable Adpal!

BRAHMANES.— (*Desde dentro. Cantan.*)  
Venid, venid; ya Brahma,  
hijos del Sol, os llama.

ABUL-BEMAR.— Y nadie responde. ¿A quién llamáis, brahmanes, si ya no hay nadie?

BRAHMANES.— Venid, venid,  
venid a adorar  
cielos y tierra,  
montañas y mar.

(*Vuelven a sonar los trompetas y entran todos.*)

ABUL-BEMAR.— (*Con exaltación, pero sin alzarse del suelo.*) Necios brahmanes, callad. No vendrá nadie, no; es la profecía del sacrosanto Profeta venerable. (*Alza los brazos sarmentosos en un anatema.*) ¡India mía...! ¡India sagrada...! ¡India maldita...! (*Hunde la cabeza en el pecho y queda inmóvil.*)

(*Cuando han entrado todos, aparece en el pórtico, envuelto en su túnica blanca, Kanna, el soberbio brahmán más fiero y fanático que sirve a Visnú y a las tres mil divinidades de Triválaor.*)

KANNA.— Profeta, siervo de Dios, ¿a quién contabas tus leyendas?

ABUL-BEMAR.— A los hijos de los hijos de los hijos de Brahma.

KANNA.— (*Con profunda amargura.*) Santo, ya no te canses, porque no viene nadie. ¿No sientes cómo resuenan mis pasos por el pórtico vacío?

ABUL-BEMAR.— Por eso contaba hoy a los tristes vientos la última palabra de Adpal bienaventurado, que es más dolorosa que un loto de sangre. Sacerdote de Brahma, cuando escuches que los cuervos negros<sup>27</sup>, que vio Adpal profeta, vienen hasta aquí, haz que las llamas abrasen el templo y tú arrójate al lago, donde hallarás el nirvana<sup>28</sup> perdurable.

KANNA.— Esos pájaros negros vuelan ya cerca de aquí. ¿No sientes cómo este templo, divina luz de la India, se está quedando triste y vacío? Andan cerca. Dicen que vienen de unas tierras remotas amparados de un poderoso rey que por nuestro pecado hizo conquista en esta

27 *cuervos negros*: alude a los jesuitas, por sus negras sotanas.

28 *nirvana*: en el budismo, bienaventuranza obtenida por la incorporación del individuo a la esencia divina.

tierra. Los peregrinos de Madura y Kalikut<sup>29</sup> lo cuentan. En Madura anda el gran cuervo de rostro pálido, vestido de negro. No hace meses que está y nos tiene robados para sus ídolos miles de hijos de Brahma. El gran Señor de los Infiernos pone en su boca palabras extrañas. Son como un maleficio que nadie puede resistir. ¡Ay, profeta! Y ese cuervo rapaz se ha atrevido a llegar hasta aquí.

ABUL-BEMAR.— ¿Hasta aquí?

KANNA.— ¡Bienaventurado tú, que consumiste tus ojos adorando al Sol, porque no puedes ver tantos pecados!

ABUL-BEMAR.— (*Con rabia imponente.*) ¿Dónde está?

KANNA.— Él se fue, pero hizo presa. Venerable, pregúntaselo al Gran Brahmán. (*Irónico.*) Pregúntale tú quién paseaba con él hace dos lunas por el camino de Bisnaga<sup>30</sup>. Pregúntale qué castigo le ha enviado el adorable Sihwa<sup>31</sup>, que anda desde entonces tan cariacontecido.

ABUL-BEMAR.— ¿Qué dices, brahmán? ¡Por la gloria de Visnú que no te puedo comprender!

KANNA.— Nunca lo creyera si no lo hubieran visto estos ojos míos. Yo le he visto a Visva Mithas, nuestro Gran Sacerdote, una noche que salí tras él, en el bosque junto al camino de Bisnaga. El del vestido negro hablábale en nuestra lengua<sup>32</sup> palabras de dioses, de cultos extraños. Y él, inuestro Gran Brahmán!, se abajaba a besar la mano del miserable extranjero. Y desde entonces no se cuida del templo, anda cabizbajo, nos huye. Y si alguna vez sonrío, es con burlas para los dioses y para nosotros. ¡Oh, poderoso Visnú! ¿Qué maldición ha caído sobre esta sagrada pagoda, claridad de tus pupilas?

*(Por entre el pórtico sale lentamente el Gran Brahmán Visva Mithas. Lleva un extraordinario collar de perlas que caen como una cascada sobre su blanca túnica. Es el emblema de la supremacía.)*

VISVA MITHAS.— (*Ha escuchado la última frase de Kanna y le contesta irónico.*) ¡La maldición de su aburrimiento!

29 *peregrinos de Madura y Kalikut*: Madurai, situada a orillas del río Vaigai, en el sur de la India, fue capital de la cultura tamil. Kalikut es uno de los nombres de Calcuta, actual Kolkata.

30 *Bisnaga*: entiendo que se refiere a Visnagar o Vissalnagar, población del reino del Gaikowaz (Gujerat).

31 *Sihwa*: véase nota *supra*.

32 *hablábale en nuestra lengua*: una de las mayores dificultades para la predicación era, precisamente, el desconocimiento de las lenguas de los distintos territorios por donde pasó Javier. Para superar esa barrera, se valía de intérpretes, y con su ayuda traducía a los idiomas nativos las oraciones y los puntos de la doctrina más importantes; también, en la medida de lo posible, intentaba aprender él mismo siquiera los rudimentos de esas lenguas tan diferentes de las occidentales (tamil, malayo, japonés...).

KANNA.— (*Sorprendido ante la aparición de Visva Mithas, cruza las manos sobre el pecho y se inclina profundamente.*) ¡Gran Maestro de los que enseñan!

VISVA MITHAS.— Créeme, los trescientos mil dioses de la India sagrada están caducos y viejos. El padre Brahma se muere de aburrimiento y abre la boca para tragárselos a todos. ¡Buen festín!, ¿eh? ¿Qué te parece, fakir? Te vas a quedar de un golpe vacío de cuentos para los devotos.

ABUL-BEMAR.— Negras son esas palabras como los cuervos que vienen de las islas del mar. Y negra la lengua que las diga. No las oiré dos veces, ini al mismo Gran Sacerdote!

(*En tanto, Visva Mithas ha desaparecido muy lento por los castaños de la izquierda; Kanna contempla cómo se aleja.*)

KANNA.— ¿No te lo decía yo, santo? Atiende cómo se ha reído de los dioses. (*Con amargura.*) Él... el sacerdote más sabio, placer de la sabiduría de Brahma, lumbre de los sagrados Vedas<sup>33</sup>... ¡Él, perjuro a los dioses!...

ABUL-BEMAR.— ¡Pues caiga sobre él el castigo de los perjuros!

KANNA.— (*Pensativo.*) No es posible, santo. Nuestros Vedas castigan severamente a quien ponga sus manos en el Gran Sacerdote. Su persona es inviolable para todo brahmán.

ABUL-BEMAR.— (*Astuto.*) Pero no para ese cuervo. Que ellos mismos sean instrumento de nuestra sagrada venganza.

KANNA.— Santo, eso es mucho más imposible. Lo protegerá el jefe de todos ellos, que es quien lo ha embrujado. Y mientras él lo proteja nadie se atreverá. Y a ese extranjero maldito le protege el Señor de los Infiernos. No sabes con qué alarde va y viene por el camino de Bisnaga. Dicen que tiene una sama<sup>34</sup> misteriosa para encantar todo. Y así debe de ser cuando se mete por el bosque sin miedo de tigres ni de serpientes... cuando ni la misma sabiduría de Visva Mithas resistió su encantamiento.

ABUL-BEMAR.— ¿Y qué? (*Rabioso.*) ¿Por todo eso te acobardas? ¡Ay, vergüenza de los días que aún me toca vivir! (*Levanta hacia lo alto aquellos brazos sarmentosos; su cabeza de ojos mutilados se yergue convulsa.*) Si no me lo vedara mi voto de no apartarme de aquí hasta la muerte... Ciento ocho soles pesan sobre esta cabeza mía y aún había de espantar al mundo la venganza terrible de mi pettisa<sup>35</sup>. ¡Y ay del brahmán de Triwalaor y de todos los Grandes Sacerdotes de la India si se ponían frente al vengador de la honra de Brahma! ¡Ay de los perjuros! ¡Ay de ese cuervo si caía en mis manos! ¡Así (*Retorciendo fiero sus*

33 *sama*: el Sama contiene la música para los cantos usados en los sacrificios del Rig Veda. Son considerados el origen de la música hindú.

35 *pettisa*: no apuro el significado de la palabra. Quizá se refiera, por el contexto, a un arma.

miseros harapos.) le había de retorcer el pescuezo! (*Kanna le mira complacido con sonrisa siniestra.*)

KANNA.— Habrá venganza, fakir. Si no podemos vengarnos como leones, seremos reptiles. Verás qué buena venganza. Yo te lo prometo.

(*El fakir poseso empuja fieramente a Kanna y, arrojándose boca abajo, desaparece como entró, gritando pórtico adentro:*)

ABUL-BEMAR.— ¡Como reptiles! ¡Padre Brahma, dame la astucia, dame el veneno de una serpiente!

(*Kanna le va acompañando y le hace paso con respeto. Ambos desaparecen. Por los castaños de la izquierda aparece la excelsa figura de San Francisco Javier. Es el Padre Francisco. Lleva ya diez años en la India y está en el postrero de los cuarenta y seis de su vida santa<sup>36</sup>. Su cabellera, que ha sido negra, como su barba y sus ojos, encaneció ya por la fatiga dura del apostolado. Alza de ordinario el rostro encendido de una misteriosa fiebre, y hay en sus pupilas tan extraño resplandor, que todos dan por sabido que el Padre Francisco anda en un perpetuo éxtasis.*

*Lleva una sotana raída, con el cuello alzado y vuelto al estilo de la época, y un ceñidor a la cintura; de una cinta gruesa le pende el crucifijo aquel que le devolvió un cangrejo<sup>37</sup> cuando le lloraba perdido a orillas del mar. Su palabra es fuego. Le acompaña Diego Pereira, su gran amigo del alma, gentil talante de hombre bien formado. Le lleva unos años a don Álvaro de Ataíde, pero está aún en la lozanía de la edad. Tiene la frente y los ojos despejados; viste galas sencillas, pero de muy fina seda, como conviene a tan rico mercader.*

*Conviene notar que las maneras y la expresión del semblante de San Francisco han de ser en todo momento, aun en los trances de más apasionada exaltación, contenidos por una interior austeridad. Ningún gesto violento, ni en el deseo, ni en el ademán de esta alma sublime que en todo momento vive anegada en la presencia de Dios.)*

PADRE FRANCISCO.— (*Con sobreanhelo.*)

Ya hemos llegado; gracias, Dios mío.

¡Oh, cómo enciende el sol del estío  
por esa cuesta larga y cansada!

36 *Lleva ya diez años en la India:* Javier llegó a Goa, por primera vez, el 6 de mayo de 1542.

37 *el crucifijo aquel que le devolvió un cangrejo:* alude a uno de los milagros más conocidos del santo; en un viaje a la isla de Ceram, sumergió su crucifijo en el mar para aplacar una tormenta; el crucifijo resbala de su mano y va al fondo del mar; cuando desembarcan, un cangrejo se lo devuelve. Es un milagro muy difundido tanto en la iconografía como en la literatura.

Se rinde el pobre cuerpo sin brío,  
 mas para el alma que está abrasada  
 eso no es nada... Eso no es nada...  
 Maravillada de nuestra audacia  
 nos repetía la gente toda:  
 «No vayáis, Padre, a la pagoda,  
 hay en la selva muchas serpientes,  
 tendréis desgracia.»  
 Eran las voces de los prudentes.  
 Yo sonreía de su cordura.  
 Nadie entendía  
 que la más alta sabiduría  
 es esta suerte de hacer jornada;  
 que en tus caminos todo es locura;  
 que para el alma tu enamorada  
 eso no es nada... Eso no es nada...  
 ¡Ay, si los pasos que dan mis pies  
 fueran fecundos para esta mies!  
 Mas, Tú, Señor, que eres  
 el dueño de la mies, aún no la quieres;  
 no es este sol hostil ni estos calores  
 los que han de hacer granar mis sinsabores:  
 ¡otro sol ilumina  
 el fin de mi jornada larga y dura...!  
 ¡Es el sol de la China<sup>38</sup>,  
 esa mies ya madura...!  
 ¡Qué conquistas, Señor, mi alma adivina  
 en tanta y tanta tierra inexplorada!  
 ¡Ya voy, Señor, ya voy...! Mas antes quiero  
 sacar de este paraje traicionero  
 dos ovejas que son de tu majada<sup>39</sup>...  
 Ya voy, Señor... A veces se imagina  
 el alma deslumbrada  
 que hacia allá se encamina  
 así como una reina deseada  
 que viniera de lejos peregrina.  
 Hijos sin fin aguardan su arribada  
 en la costa vecina...

38 *China*: Javier deseaba ir a la China porque su influjo cultural sobre el Japón era enorme, de forma que si aquel vasto imperio recibía la luz del Evangelio, los japoneses se convertirían mucho más fácilmente.

39 *dos ovejas que son de tu majada*: alude a los recién convertidos.

¡Hijos míos, con qué ansia tan divina  
sueña en<sup>40</sup> vosotros mi alma enamorada!  
(Arrobado.) ¡Hijos míos de China...!

(Se oye ruido en el templo y Diego Pereira saca al Padre de su ensimismamiento.)

DIEGO PEREIRA.— No es este buen lugar para la espera.

(Mira a los lados y al fin se decide a volver por donde salieron. Señalando.)

Allí tenemos sombra en la enramada  
que hace aquella palmera. (Vanse.)

(Por entre los árboles de la izquierda asoman la cabeza cautelosos, y entran luego con temor, Kadilah y Souka, dos pequeños brahmines que se educan para el sacerdocio con otros compañeros de su edad en la pagoda de Trivalaor. Ambos muchachos, de unos dieciséis años, visten igual que los demás brahmanes, pero en vez del cordón<sup>41</sup> de éstos llevan una sencilla cinta blanca, que les rodea el cuello y baja por pecho y espalda a ceñirles la cintura. Los dos, arrogantes y esbeltos, denuncian su raza salida de la boca de Brahma<sup>42</sup>. En los ojos negros de Kadilah, el orgullo de la casta privilegiada se endulza con un indecible candor.)

KADILAH.— (Adelantándose con Souka.) Ven, atrévete de una vez.

SOUKA.— Aún no. Si esperaseis un poco más...

KADILAH.— Ya no puede esperar más el Padre Francisco. A lo mejor viene hoy mismo.

SOUKA.— Entonces... (Con pena.) os iréis sin mí.

KADILAH.— Pero ¿por qué no te atreves, si no te van a poder hacer nada? Y en cambio aquí... Acuérdate del pobre Lahor.

SOUKA.— No recuerdes eso.

KADILAH.— Sí, es menester que pienses en él; y en las serpientes que le devoraron en la cisterna del patio de abajo, porque un día se negó al sacrificio.

SOUKA.— A mí me da horror pensar que tengo que quedarme ahora solo, sin el único amigo...

KADILAH.— Y sin el Dios Jesús, que es un muchacho como nosotros. Atrévete, Souka. Ahora no te podrán hacer nada porque vamos con el Gran Sacerdote. Contra él no se atreven.

40 *sueña en*: en la lengua clásica se decía así, por *sueña con*.

41 *cordón*: el triple cordón sagrado es el distintivo de los brahmanes.

42 *raza salida de la boca de Brahma*: por eso los brahmanes forman la casta superior.

SOUKA.— ¿Y mi madre, que no tiene más que a mí en el mundo? Si ella sabe que renegué de nuestra casta, es capaz de quitarse la vida.

KADILAH.— No; el Dios de los cristianos no lo consentirá.

SOUKA.— (*Vacilante.*) ¡Ojalá! Iré, Kadilah, te lo prometo, pero ahora no puedo. (*Se oye ruido.*) Será Kanna, que nos habrá echado en falta. Tengo miedo. Adiós. Yo me voy.

KADILAH.— Aguarda, que no viene nadie.

SOUKA.— No; me voy; nos deben de andar buscando. Acuérdate mucho de mí, Kadilah; mira que me quedo sin amparo. Adiós, Kadilah. (*Se abrazan en un abrazo largo.*)

KADILAH.— ¡Qué pena que no te atrevas! (*Souka se aleja hacia el interior del templo.*) ¡Pobre amigo mío! Yo he de pedir todos los días a Jesús que te saque de aquí; y ahora que nos saque a todos enseguida. (*En actitud de oración.*) ¡Oh, buen Dios de los cristianos; Tú que amas a todos, hasta a los parias<sup>43</sup>, si me quisieras a mí también...! Sólo con que me mires como Souka me quedaré contento. (*Suspirante:*)

Jesús, Jesús, Dios bueno... dice el Padre Francisco que eres Pastor y tienes un escondido aprisco donde están tus ovejas; ovejas regaladas<sup>44</sup> que comen de tu mano y van tras tus pisadas; y que las quieres tanto, que les das por bocado tu Carne, y por bebida, agua de tu costado; que un día, por librarlas de lobos carniceros, Tú mismo te metiste entre sus dientes fieros, y pues ya no tenías dádiva más cumplida, por amor al aprisco diste, ¡oh, Amor!, tu vida; y dice que aún caminas buscando más ovejas que huyen de tanto bien... ¡Oh, buen Jesús! ¿Me dejas que llegue a tu rebaño, que siga tus pisadas, que limpie con mis labios tus plantas desangradas? Yo también soy oveja, y oveja desvalida. Si de mi desamparo tu fiel amor no cuida, ¡ay, triste Kadilah!, la oveja morirá... La oveja morirá. Los lobos de esta tierra, los tigres, los chacales hincarán en mi alma sus zarpazos mortales. ¡Ten piedad, no me dejes en tan grande dolor; Tú, que el Padre Francisco llamaba el Buen Pastor...!

(*Oye ruido y se interrumpe un instante.*)

Por los malos caminos de una tierra lejana...

43 *parias*: los intocables, miembros de la casta inferior, salidos de los pies de Brahma.

44 *regaladas*: tratadas con regalo, con agasajo.



VOZ.— (*Desde lejos.*) ¡Kadilah!

KADILAH.— ... el Buen Pastor salía...

VOZ.— ¡Kadilah!

KADILAH.— ... salía...

(*Se interrumpe tembloroso porque ve venir a Kanna por el pórtico.*)

KANNA.— (*Irritado e imperioso.*) Kadilah, ¿no oyes que te estoy llamando?  
¿Qué haces aquí?

KADILAH.— Voy...

KANNA.— ¿Adónde? Tu obligación está allí, en la pagoda, con tus demás  
compañeros.

KADILAH.— Es que me está esperando el Gran Sacerdote.

KANNA.— ¿A ti? (*Con extrañeza.*) ¿En dónde?

KADILAH.— Allí abajo, en la puerta del camino real de Bisnaga. Quiere que  
le acompañe hoy en su paseo.

KANNA.— En busca del extranjero, ¿eh? ¡También tú!... ¡Adentro ahora  
mismo! Es la hora del sacrificio. (*Kadilah no se mueve. Su pasiva re-  
beldía acaba de exasperar al brahmán. Tira de él por el brazo.*) Te he dicho  
que adentro.

KADILAH.— (*Firme.*) No quiero.

KANNA.— ¿Qué palabra es esa? ¿Sabes el castigo que te espera?

KADILAH.— Antes que a ti debo obedecer al Gran Brahmán, que me ha  
llamado.

KANNA.— ¡Mentira! ¡Adentro ahora mismo! ¡Has de ofrecer la sangre tú!

(*Kanna le vuelve a agarrar de la túnica e intenta arrastrarle. En este  
momento aparece por los árboles de la derecha el Padre Francisco. Ya en la  
escena hace ademán a Diego Pereira de que se detenga fuera. Kadilah se  
abalanza a los brazos del Padre.*)

KADILAH.— ¡Padre!

PADRE FRANCISCO.— (*A Kanna.*) ¿Qué sucede, brahmán?

KANNA.— (*Rabioso.*) ¿Qué buscas aquí?

PADRE FRANCISCO.— (*Con suave ironía.*) ¿Así recibís a los que visitan vuestra  
pagoda?

KANNA.— Así recibimos en la India a los cuervos.

PADRE FRANCISCO.— ¡A los cuervos! Los cuervos son aves de rapiña, pero yo,  
brahmán, no vengo a quitaros nada. ¿Por qué me llamas cuervo? ¡Si  
supieras bien...! Hace ya diez años que vine a estas tierras vuestras  
y hoy estoy más pobre que cuando llegué. Mira mis vestidos, brah-  
mán. Mira mis canas y mis arrugas. Entonces tenía una salud ro-  
busta, ahora no soy más que una ruina; y mil veces que la volviera a  
recuperar, mil veces que la daría con toda mi alma por vosotros.  
¿Son los cuervos así?

KANNA.— Tú nos robas la gente de las pagodas.

PADRE FRANCISCO.— No, brahmán. No os robo nada; antes vengo a colmar vuestras pagodas con el tesoro de los tesoros. Los pobrecitos parias lo saben muy bien; pero vosotros, brahmanes, sin oírme lo rechazáis.

KANNA.— (*Irguiéndose.*) ¿Qué dices, extranjero? ¿A la casta santa, a nosotros los brahmanes, nos quieres dar el pan de los parias? ¡Estás loco! ¡Ah, maldito, ese es tu maleficio para destruir nuestra casta! ¡Brahma te castigará! (*A Kadilah.*) Vamos dentro.

KADILAH.— No; yo me quedo con el Padre.

KANNA.— ¡Nunca! ¡Ya espantaremos al cuervo! ¡Adentro!

(*Sale Visva Mithas por el lado del estanque, y casi al mismo tiempo, Pereira por el opuesto.*)

VISVA MITHAS.— No; Kadilah vendrá conmigo.

KANNA.— (*Todo turbado, e inclinándose profundamente, las manos sobre el pecho.*) ¡Gran Maestro de los que enseñan!

VISVA MITHAS.— Yo dije a Kadilah que a la hora del sacrificio saliera en mi busca por el camino real; ¿por qué se lo estorbabas?

KANNA.— Perdona, sacerdote excelso; creí que Kadilah me engañaba. No podía imaginar que a la hora del sacrificio al sublime dios Savitri<sup>45</sup> y de la meditación de los sagrados Vedas, tu venerable sabiduría le distrajera en otros menesteres.

(*En tanto habrán formado grupo aparte el Padre Francisco, Pereira y Kadilah. Quedan casi a boca del escenario, y el Padre Francisco y Pereira ocultos tras un castaño, para quien mire del pórtico.*)

VISVA MITHAS.— Dices bien, ilustre. El estudio de los cuatro Vedas es cosa muy seria, y para retener en la cabeza del hombre las alabanzas de los trescientos mil dioses, todo el tiempo es poco. Pero dime, ilustre, tú que llevas treinta años descifrando los sagrados enigmas que Brahma pronunció en el principio: ¿sabrás explicarme la causa del aburrimiento del soberano Brahma?

PADRE FRANCISCO.— (*Con el crucifijo entre las manos a Kadilah.*) Y como éramos tan malos, dijo: —Me haré hombre como ellos y moriré por su amor. Y desde entonces está así, enclavado.

(*Aparecen don Álvaro y Duarte; avanzan cautelosos, encandilados tras el collar de Visva Mithas.*)

KANNA.— Gran Sacerdote, mi ciencia es pobre como la llama de una pajuela, y desaparece ante el sol de tu sabiduría que nos alumbra a todos.

45 *sublime dios Savitri*: en la mitología hindú, la diosa Savitri era hija del Fuego y de la Palabra. Savitri es también el nombre de una heroína legendaria de la India.

DUARTE.— *(Desde el dintel<sup>46</sup> del pórtico, indicando el collar del Gran Brahmán.)*  
¡Ése es! No puede ser otro.

DON ÁLVARO.— ¡Soberano collar! No mintieron. Mucha prudencia y mucha devoción a los sacratísimos dioses. Peregrinos somos, no lo olvides. *(Adelantan muy poco a poco dando lugar al diálogo de Visva Mithas y Kanna.)*

VISVA MITHAS.— Basta de engaños, pobre Kanna. Créeme, te repito, que Brahma está ya profundamente aburrido de toda esa pandilla y no tardará en suprimirlos a todos.

KANNA.— *(Con intención.)* Y a las castas también, ¿verdad? Dicen que vamos a ser todos iguales; todos parias: ¡qué grandeza! *(Comienza a sonar en la pagoda un redoble sordo y lejano de timbales.)*

PADRE FRANCISCO.— Sí, hijo mío; en este país y en el universo mundo todos somos iguales, porque todos somos hijos de Dios y llevamos su misma sangre.

KANNA.— Gran Maestro, llaman al sacrificio.

VISVA MITHAS.— Vete, vete. *(Sonriendo.)* A mí me concedió asueto para una temporada el generoso Visnú.

DON ÁLVARO.— *(Se acerca cada vez más al Gran Sacerdote. Con pasmo.)* ¡Qué joya!

KANNA.— *(Inclinándose profundamente ante Visva Mithas.)* ¡Gran Sacerdote de los que enseñan! *(Se retira hacia el templo.)*

DON ÁLVARO.— *(Ya junto a Visva Mithas, y tras él Duarte, ambos repiten el gesto de Kanna.)* ¡Gran Sacerdote de los que enseñan! *(Don Álvaro, fascinado con el collar, sigue a Visva Mithas que, sin reparar en ellos, adelanta hacia el Padre Francisco.)*

VISVA MITHAS.— *(Arrodillándose a los pies del Padre.)* Padre mío, tu bendición. ¿Cómo viniste hasta aquí?

PADRE FRANCISCO.— No me sufría aguardaros más y me apresuré a traeros la gran noticia.

VISVA MITHAS.— ¿Cuándo, Padre?

KADILAH.— ¿Cuándo?

PADRE FRANCISCO.— Enseguida, hijos; hoy mismo si queréis.

*(Don Álvaro, al darse cuenta de la presencia del Padre Francisco, intenta esconderse, pero es inútil. Duarte no puede reprimir su sorpresa y su alegría.)*

DUARTE.— ¡Padre Francisco! *(Corre a besarle la mano.)* ¡Padre!

PADRE FRANCISCO.— *(Reconociendo cariñoso a Duarte.)* ¡Ah! ¿Eres tú, perillán? ¿Qué haces aquí en esta facha?

DUARTE.— Yo y mi señor don Álvaro. Dos perillanes. Una picardía, Padre. Una picardía que no está bien en viejos cristianos<sup>47</sup>. ¿No lo ve su señoría, señor don Álvaro? Ya se lo decía yo.

(Se despoja brusco de su disfraz. Don Álvaro reprime un movimiento de ira y adelanta, haciendo de tripas corazón, mientras se desenvuelve también de su ropa de indio.)

DON ÁLVARO.— ¡Querido Padre! ¡Qué alegría topar con vos aquí precisamente! (Le besa la mano.) Y con vuestro amigo Diego Pereira. (Se dan ambos las manos.) No nos hubierais reconocido, ¿verdad?

DIEGO PEREIRA.— Cierto. Hacíais dos vaicías acabados.

DON ÁLVARO.— Contáronme tales grandezas de esta célebre pagoda, que no quise volver a mi gobierno de Malaca<sup>48</sup> sin conocerla. Pero al propio tiempo me aconsejaban tales cautelas...

DIEGO PEREIRA.— Ya veis que también sin ellas se llega a salvo<sup>49</sup>.

DON ÁLVARO.— (Con intención.) A salvo y con ventaja.

PADRE FRANCISCO.— En caballero tan esforzado como vos, las cautelas son siempre prudencia, nunca flaqueza.

DON ÁLVARO.— (Dejando asomar su sorda irritación.) Me sobra con mi brazo y mi daga, señor don Diego.

DIEGO PEREIRA.— Lo sé, querido amigo; y pienso, como el Padre Francisco, que vuestras graves razones habréis tenido para encubriros.

DON ÁLVARO.— Por ventura una bastara. Que en razón a llegar a tiempo (Alude al collar de Visva Mithas, que está presente.), más que armas y bravura valen las artes del buen mercader.

PADRE FRANCISCO.— (A don Álvaro y Diego Pereira, con cariño.) Ya que venturosamente nos hemos juntado todos, queden aquí vuestras mercedes, y en buena compañía tomaremos todos el camino de Santo Tomás<sup>50</sup>. Nosotros tornamos ya. Nos quedan cuatro leguas y hemos de llegar a Santo Tomás con buen día. (Don Álvaro no puede reprimir su contrariedad. El Padre Francisco Javier vuelve a hablar con los brahmanes.) ¡Y pronto, rostro al mar! (Con mucha exaltación.) ¡Tengo un ansia de verme luego en el mar! Es tan descomunal el tesoro que allí llevamos, que se me imagina andar tropezando por todas las vías de tierra, y no sosiego

47 *viejos cristianos*: es decir, cristianos viejos, de sangre limpia, sin mezcla de judío, moro o luterano; la «pureza de sangre» constituye una verdadera obsesión y un importantísimo prejuicio social en los Siglos de Oro.

48 *mi gobierno de Malaca*: don Álvaro de Ataíde era propiamente el Capitán de las naves del mar de aquella zona, y estaba a la espera de asumir próximamente la gobernación de la ciudad de Malaca y sus territorios.

49 *llega a salvo*: en la edición de El Siglo de las Misiones, «llega salvo», que hace sentido. Pero enmiendo a tenor de lo que dice la siguiente réplica.

50 *Santo Tomás*: véase nota *supra* acerca de Meliapur.

hasta verme en medio del mar. Iremos como conquistadores de una nueva cruzada, sin lanza y sin espada, a todos los rigores. Mendigos, harapientos, desafiando a piratas y vientos y furias de la mar. Va con nosotros Cristo, ¿qué nos ha de faltar? Él nos lleva adelante. A nuestra voz de mando, el reino de la Iglesia se ha de ir ensanchando. Ese imperio de China de millones y millones dicen que es. Todo para nosotros tres. ¡Qué divina alegría! Segar y segar mies desde que nazca el día, y otro y otro y otro día después<sup>51</sup>...

VISVA MITHAS.— (*Enardecido.*) ¡Oh, Señor, yo he de ganarte un alma por cada hora que viví sirviendo a estos demonios!

KADILAH.— Y yo un reino muy grande por cada gota de tu sangre.

DIEGO PEREIRA.— (*A don Álvaro, afectuoso.*) ¿Y nosotros, amigo don Álvaro? ¡Cómo nos avergüenzan estos nuevos hermanos!

DON ÁLVARO.— (*Duro.*) Sepa vuestra merced que yo soy cristiano viejo<sup>52</sup> y que a mí nadie me tiene que enseñar.

(*Durante este diálogo comienza a sonar dentro del templo el redoble de los timbales.*)

DIEGO PEREIRA.— Don Álvaro, no era esa mi intención...

DON ÁLVARO.— (*Soberbio.*) Señor Pereira, las chanzas de mercader guardarlas<sup>53</sup> para otros mercaderes. Si al verme con estos hábitos llegasteis a sospechar algo mezquino...

DIEGO PEREIRA.— (*Noble.*) Yo, señor, no acostumbro a sospechar nada mezquino, ni de vos ni de nadie.

PADRE FRANCISCO.— Amigos, daos la mano, que no fue nada, y demos todos ejemplo de caridad.

(*Diego Pereira tiende enseguida su mano, y don Álvaro apenas la estrecha, con gesto despectivo.*)

DUARTE.— ¡Pecadores de nos!

(*Sale el cortejo de sacerdotes, que se encaminan al estanque sagrado para hacer las purificaciones del rito. Salen primero dos brahmines, como Kadilah, llevando en sus manos unos pebeteros de plata que llenan el ambiente de aroma de aloe, luego otros con sendos lebrillos fastuosos, colmados de lienzos, y detrás doce o quince brahmanes de blancas túnicas —entre los cuales Kanna— acompañan al sacrificador, que va en el centro con el instrumento de su oficio teñido en sangre reciente. Este personaje lleva en su cabeza unas*

51 Nótese en este parlamento la presencia de diversas rimas internas. Quizá en su origen era un pasaje versificado.

52 *yo soy cristiano viejo*: véase nota *supra*.

53 *guardarlas: sic*, por el imperativo *guardadlas*.

*ínfulas*<sup>54</sup> de *pedrería* que le caen sobre hombros y espaldas. Luego el cortejo con grandes quitasoles bordados de coral y oro. El redoble sordo de los timbales del templo acompaña la *melopea*<sup>55</sup> de los brahmanes. Todos avanzan muy lentamente salmodiando las *Ritsc* de su *Rigveda*<sup>56</sup>.)

VISVA MITHAS.— (En cuanto advierte que sale el cortejo empuja al grupo al amparo de los corpulentos *bakulas*.) ¡Silencio! ¡Silencio ahora; que no nos vean!

PADRE FRANCISCO.— ¿Qué van a hacer?

CORTEJO.— (Cantando.)

¡Oh, Brahma creador,  
ascienda a ti propicio  
el fuego, roja flor,  
de nuestro sacrificio!  
¡Loor, loor, loor  
a Brahma creador!

PADRE FRANCISCO.— ¡Pobres infelices!

CORTEJO.— (Cantando.)

Siwa<sup>57</sup>, dios del rencor,  
inmuerte a todo traidor!  
Ascienda a ti propicio  
el fuego abrasador  
de nuestro sacrificio.  
¡Loor, loor, loor  
a ti, dios vengador!

PADRE FRANCISCO.— (Hace ademán de salir al encuentro de los sacerdotes, pero *Visva Mithas* le detiene.) ¡Dejadme que salga!

VISVA MITHAS.— No, Padre, ahora no. Son muy fanáticos.

DON ÁLVARO.— (A Duarte.) Vámonos. (Duarte deniega con el gesto.)

CORTEJO.— (Cantando.)

¡Oh, adorable Vishnú!  
Eres tú, solo tú,  
nuestro conservador.

54 *ínfulas*: «Adorno de lana blanca, a manera de venda, con que se ceñían la cabeza los sacerdotes de los gentiles y los suplicantes, y que se ponía sobre la de las víctimas» (DRAE).

55 *melopea*: canto monótono.

56 *las Ritsc de su Rigveda*: uno de los cuatro textos sánscritos que forman la base del extenso sistema de escrituras sagradas del hinduismo, junto con el *Yahur Veda*, el *Shama Veda* y el *Atharva Veda*. El principal y más antiguo de los cuatro Vedas es el *Rigveda*, una colección de 1.200 himnos a dioses diversos, aunque especialmente a Indra y a Agní.

57 *Siwa*: o, con otra grafía, Shiva, el dios destructor de la mitología hindú; véase nota *supra*.

A ti, Vishnú,  
señor  
de los excelsos dioses del Abú<sup>58</sup>,  
ha de llegar propicio  
el olor  
de nuestro sacrificio.  
¡Loor a ti, loor,  
Vishnú conservador!

*(El Padre Francisco se arranca de los brazos de Visva Mithas, y sale clamando en un arrebato de angustia solemne y magnífico:)*

PADRE FRANCISCO.— ¡Loor a Ti solo, Señor! ¡Cristo Dios Salvador! ¡Cristo Dios Redentor! ¡Oh, Señor, que estos pobrés ciegos vean tu divino resplandor!

*(Las brahmanes, que se han quedado un momento suspensos, comienzan a alborotarse.)*

KANNA.— *(Agresivo.)* ¡Ése es el cuervo!

PADRE FRANCISCO.— ¡Señor, enciende en ellos la llama de tu infinito amor!

*(Cuanto sigue, hasta el final, extremadamente rápido.)*

KANNA.— ¡Prendedle! ¡Blasfemó de los dioses!

PADRE FRANCISCO.— ¡Dioses, no! ¡Sólo Dios! *(Levanta el crucifijo.)*

*(Aparece arrastrándose por el suelo del pórtico el fakir Abul-Bemar.)*

CORTEJO.— *(Gritando como en desafío.)* ¡Brahma! ¡Brahma, eterno dios!

ABUL-BEMAR.— *(Le abren paso los sacerdotes. Se retuerce como un verdadero reptil y clama alzando la cabeza, que le tiembla de ira:)* ¿Dónde está...? ¡Dádmelo, que yo lo retuerza con estas manos mías...! ¿Qué hacéis, cobardes? ¿Qué hacéis, hijos de Brahma? *(Empujados por la rabia del fakir, avanzan todos hacia el Padre Francisco.)*

DON ÁLVARO.— *(A Duarte.)* Vámonos. *(Coge a Duarte por el brazo, pero éste se resiste. Don Álvaro desaparece.)*

PADRE FRANCISCO.— *(Con ademán imponente.)* ¡Atrás! *(En el mismo instante salen Visva Mithas y Kadilah.)*

VISVA MITHAS.— *(Con igual grandeza.)* ¡Atrás! *(Salen también Duarte y Diego Pereira.)*

CORTEJO.— *(A Visva Mithas; rabiosos.)* ¡Blasfemó de los dioses!

PADRE FRANCISCO.— *(Radiante, alza de nuevo el Cristo.)* ¡Sólo Cristo Dios!

58 *dioses del Abú:* se refiere al monte Abu, en el Rajasthan, estado norteño de la India.

*(Visva Mithas se arranca el collar de su dignidad suprema, lo arroja a los brahmanes y cae de rodillas, igual que Pereira, Duarte y Kadilah.)*

Todos.— ¡Sólo Cristo Dios! ¡Sólo Cristo Dios!

*(Mientras claman así, el Padre Francisco Javier va acorralando, con un empuje sobrenatural, al grupo de sacerdotes hacia las tinieblas misteriosas del templo. Queda en las tablas con el Cristo en alto, radiante, magnífico, triunfador.)*

TELÓN

## *Volcán de amor*

### Acto segundo

A Meliapur de la India la llaman los cristianos Santo Tomé. Esta ciudad, muy vecina a la pagoda, pertenece al Rajah de Tanajahor, feudatario del gran Mahrajah de Bisnaga<sup>59</sup>. Tiénenla en mucho los buenos portugueses porque una tradición milenaria afirma que en ella fueron enterrados los restos de Santo Tomás, Apóstol del Señor<sup>60</sup>, y también porque, escalada junto al mar, les abre tránsito entre los demás reinos de la India, y no menos ampara en las malas travesías a las naves que parten para Malaca. Mantiene siempre con todo ello muy grande bullicio de mercaderes.

El bienaventurado Padre Francisco conoció que era campo abonado para las más gloriosas conversiones y, derramando entre infieles y cristianos la gracia de Jesucristo, aguarda con ansia en este lugar el momento de partir para China.

*Una pieza de respeto para huéspedes de calidad en el parador que los mercaderes portugueses tienen cerca del puerto. Todo en este aposento es de gusto europeo, sencillo y bien aderezado. Puerta al foro, cubierta con un tapiz. A un lado una silla de cuero junto a una mesa, sobre cuyo tapete hay un recado de escribir. Es al atardecer. Don Álvaro de Ataíde de Gama se pasea pensativo, con claras señales de mal humor. Viste galas severas y elegantes, según la moda que implantó Carlos V en las Cortes del mediodía de Europa. Por todas armas lleva a la cintura un puñalete damasquinado<sup>61</sup>.*

59 *Rajah de Tanajahor ... Mahrajah de Bisnaga*: el DRAE define *rajá* como «Soberano indico»; *mahrajah* es otra dignidad equivalente a 'príncipe, soberano'. Con Tanajahor debe de referirse Vallejos a Thanjavur o Tánjore, capital política del sur de la India en época de los reyes Cholas. Sobre Bisnaga ya queda una nota más arriba.

60 *enterrados los restos de Santo Tomás, Apóstol del Señor*: véase nota *supra*.

61 *damasquinado*: adornado primorosamente con filamentos de oro o plata.



(Entra por el foro Duarte, su escudero, vestido entre paisano y militar, con tufos de bravucón.)

DUARTE.— ¡Señor!

DON ÁLVARO.— ¿Qué quieres?

DUARTE.— Desarrugarle ese ceño, si me lo consiente.

DON ÁLVARO.— Cuando te vea colgado con un palmo de lengua fuera, cosa que no ha de tardar.

DUARTE.— (*Confianzudo.*) Soy viejo cristiano<sup>62</sup>, señor, y le perdono a vucencia de todo corazón. Y en fe de ello quiero aprovechar la lengua antes de que me la estiren para darle una buena noticia. (*Don Álvaro le mira sin desarrugar el ceño.*) El Gran Sacerdote de Triwalaor... (*Con un guiño.*), el del collar, se ha bautizado esta mañana y se llama Alfonso.

DON ÁLVARO.— ¿Y qué quieres decir con eso?

DUARTE.— (*Cazurro.*) Nada... el del collar... ¿No se le alegra el corazón como a buen cristiano?

DON ÁLVARO.— No te chancees, Duarte.

DUARTE.— Entonces le diré otra nueva, y que el Santo Cristo de Avis<sup>63</sup> me perdone. El señor Diego Pereira se hace a la mar dentro de una hora.

DON ÁLVARO.— (*Atropellándose.*) ¿Y el collar? ¿Y el collar? Ahora lo entiendo todo. El brahmán se ha bautizado. El collar ha pasado a manos del Padre Francisco y Diego Pereira hace el negocio redondo.

DUARTE.— No corra tanto, mi amo. El collar quedó en Triwalaor. Visva Mithas, digo, nuestro hermano Alfonso, se lo arrojó ayer a los brahmanes. Ya me dieron tentaciones de alargar la mano; pero cualquiera se metía en aquel avispero.

DON ÁLVARO.— Peor entonces. A Diego Pereira podríamos convencerle por las buenas o por las malas, pero esa gente de la cabeza rapada<sup>64</sup> es de respeto...

(*Un criado levanta el tapiz y anuncia:*)

CRIADO.— El señor Diego Pereira pide licencia para entrar.

DON ÁLVARO.— (*Interroga con la mirada a Duarte.*) ¿Qué querrá esta lechuza? Ve a la cámara y tenlo todo dispuesto para embarcar también. (*Sale Duarte. Al criado.*) Que entre el señor Diego Pereira.

62 *viejo cristiano*: lo mismo que cristiano viejo; ya queda nota *supra*.

63 *Santo Cristo de Avis*: Avis es una localidad portuguesa, en el distrito de Portalegre, que dio nombre a una famosa Orden de caballería, la más poderosa de Portugal, que rivalizó con la de Santiago en España.

64 *esa gente de la cabeza rapada*: se refiere a los brahmanes.

(Se va el criado y al punto entra don Diego.)

DON DIEGO<sup>65</sup>.— Señor don Álvaro, muy obligado a vuestra cortesía. No he de distraeros más de un punto, que vuestro tiempo es oro.

DON ÁLVARO.— (Con intención.) Y el vuestro, señor don Diego, y el vuestro; ide los más altos quilates!

DON DIEGO.— (Sonríe.) Dejemos el mío en esfera y calidad más bajas. Pero ciertamente yo también vengo con premura, porque embarcamos dentro de una hora para Goa<sup>66</sup>.

DON ÁLVARO.— (Le ofrece asiento con mucha gentileza.) Pero este punto podemos tratarlo sentados, si a vuestra merced le place. (Se sientan.)

DON DIEGO.— Pronto espero poderle visitar en su gobierno de Malaca.

DON ÁLVARO.— No hará con ello sino depararme nueva y mayor ventura.

DON DIEGO.— Será vuestra señoría quien nos la depare grande al Padre Francisco y a mí. Imaginamos una embajada en nombre de nuestro señor don Juan III que nos abra las puertas de China<sup>67</sup>. Vuestra señoría no ignora cuán inexorablemente se hallan cerradas a todo extranjero. Ésta sería la única guisa de llevar allí el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, que es todo el afán del Padre Francisco Javier. Llevo cartas suyas que apoyan mi petición ante el señor Virrey.

DON ÁLVARO.— (Con sonrisa impertinente.) Muy interesante.

DON DIEGO.— Ya de antemano contamos con su beneplácito.

DON ÁLVARO.— ¡Cómo no, para una empresa tan de Dios!

DON DIEGO.— ¿Verdad que sí?

DON ÁLVARO.— ¡Y tan del honor de Su Alteza Serenísima<sup>68</sup>, que Dios guardel!

DON DIEGO.— ¿Verdad que sí?

65 En la obra alternan como locutores DON DIEGO/DIEGO PEREIRA, alternancia que respeto en mi edición.

66 Goa: la principal ciudad de los portugueses en la India, capital de aquellos inmensos territorios, conocida como «la Lisboa de Oriente».

67 una embajada ... que nos abra las puertas de China: la entrada en China estaba prohibida para los extranjeros, salvo que fueran bajo el amparo de una embajada oficial. Quienes pretendieran entrar de otro modo, se enfrentaban a la cárcel o a la muerte. Don Álvaro de Ataíde, como Capitán de las naves del mar, era quien tenía que dar el correspondiente permiso para la navegación, pero se opuso ferozmente, ya por codicia (envidia de las ganancias que obtendría Diego Pereira con la venta de las mercaderías), ya al verse herido en su orgullo (por el hecho de haber sido designado como embajador un simple mercader). Ni las órdenes del Virrey, ni el nombramiento de Nuncio Apostólico de Su Santidad que tenía Javier, ni la pena de excomunión que recayó sobre él, le hicieron cambiar de opinión. Finalmente autorizó la marcha de Javier, pero sin el acompañamiento de Pereira, es decir, sin el respaldo de la embajada oficial.

68 Su Alteza Serenísima: en aquel momento, el tratamiento para el rey era de Alteza, no todavía de Majestad.

DON ÁLVARO.— El señor Virrey, y con el mismo piadoso afán del señor Virrey yo en mi gobierno de Malaca, hemós de prestar toda nuestra ayuda y favor a tan católico negocio.

DON DIEGO.— No otra cosa que esto venía a suplicaros. (*Se levanta y le toma las manos.*) ¡Ah, mi señor don Álvaro, que no esperaba menos de vos! ¡Que no desmentís a vuestro glorioso linaje...!

DON ÁLVARO.— (*En pie también.*) Ya ardo en deseos de honrar las casas de mi gobierno con tales huéspedes como el Padre Francisco y como vos.

DON DIEGO.— Gracias, señor don Álvaro.

DON ÁLVARO.— Y de poner a vuestro servicio mis hombres, mis naves, mi gobierno todo y mi más firme voluntad.

DON DIEGO.— (*Estrechándole las manos y yendo hacia la puerta.*) Gracias, gracias, señor don Álvaro. ¡Qué día de gozo le vais a dar al Padre Francisco!

DON ÁLVARO.— Besadle las manos de mi parte y ponedme a sus pies para que me bendiga. (*Con mutuas reverencias se despiden.*)

DON DIEGO.— No me demoro más, que ya mis hombres deben andar en mi busca y hay que aprovechar el buen monzoncillo<sup>69</sup> para la vela.

DON ÁLVARO.— Buena mar tenéis. Buena travesía se os depara.

DON DIEGO.— Otra vez mil gracias, señor don Álvaro. (*Se va.*)

DON ÁLVARO.— (*Descubriéndose con un gesto cínico tras el tapiz.*) ¡Y buenos sótanos os aguardan en mi castillo! (*Se retira de la puerta e inmediatamente vuelve sobre sus pasos y levanta el tapiz.*) ¡Eh! ¡Mi señor don Diego! ¿Me excusáis una palabra?

DON DIEGO.— (*Desde fuera.*) Soy con vos. (*Entra al momento; don Álvaro es ahora quien le coge de las manos.*)

DON ÁLVARO.— ¡Ah, mi buen amigo! Mil perdones. Olvidaba haceros una pregunta. Por curiosidad, no más. ¿Reparasteis ayer en Triwalaor en el collar del Gran Brahmán?

DON DIEGO.— ¡Cómo no, mi señor don Álvaro! Repararía un ciego.

DON ÁLVARO.— ¡Famoso collar!, ¿eh?

DON DIEGO.— Famoso; y tengo sabido que es famoso en todos estos Estados.

DON ÁLVARO.— Eso me cuentan.

DON DIEGO.— Pesa veinte onzas más que el collar del Príncipe de Guzarate<sup>70</sup>. La perla gruesa del colgante es lo más acabado que se conoce. Vale una fortuna. Un mercader griego ofreció por ella hace años seis mil escudos venecianos.

DON ÁLVARO.— Y no la venden, por supuesto.

69 *buen monzoncillo*: el monzón es un viento periódico, estacional, propio de la India y el mar Índico.

70 *Príncipe de Guzarate*: Guzarate es una península de la India, famosa por sus riquezas. Su nombre se convirtió en sinónimo de riquezas, lo mismo que Perú o Potosí.

DON DIEGO.— Es sagrado.

DON ÁLVARO.— ¿En cuánto tasaríais el collar?

DON DIEGO.— No soy entendido en perlas ni me he interesado nunca, pero, según lo encomian los peritos, estimo que su valor debe de ser incalculable. ¿Os importa tener noticias más cumplidas?

DON ÁLVARO.— ¡Oh, no, mi señor don Diego! Fue pura curiosidad. Soy un militar pobretón sin más hacienda que el honor y la espada.

DON DIEGO.— ¡Y la gloria de vuestra estirpe!, que don Vasco de Gama<sup>71</sup> puso por encima de muchos linajes de reyes.

DON ÁLVARO.— Muy obligado, señor don Diego.

DON DIEGO.— Con vuestra licencia, os rindo nuevamente las gracias y me retiro. (*Le tiende la mano.*)

DON ÁLVARO.— Próspero viaje. (*Se va don Diego; volviéndose con cómico rostro de beatitud.*) ¡No le interesa el collar al apostólico mercader! (*Torna a la puerta y llama:*) ¡Duarte! (*Aparece éste al punto.*) ¡No le interesa el collar! ¡No entiende de perlas! A él sólo la China, los chinas<sup>72</sup>, las almas, la conversión de los pecadores, la vida perdurable...

DUARTE.— Amén.

DON ÁLVARO.— No le falta más que ponerse la sobrepelliz del Padre Francisco. ¡Ja! ¡Piensa que me lo he tragado! Pero ¿sabes, Duarte?, quien se lo ha tragado es él. Le he dicho que le guardo en Malaca un alojamiento como él se merece.

DUARTE.— ¿Qué maquina vuestra señoría?

DON ÁLVARO.— No está mal ideada esa empresa de la China. Hay que reconocer que este diablo da ciento y raya<sup>73</sup> al más avisado ginovés. ¡Ese es un negocio, San Diniz me valga!

DUARTE.— Vuestra señoría me habla en chino.

71 *don Vasco de Gama*: Vasco da Gama, nacido hacia 1469 en el puerto de Sines (provincia de Alemtejo, Portugal), hijo del noble don Estevão da Gama; fue el navegante portugués que comandó la expedición a la India que partió de Belém en julio de 1497. El 22 de noviembre su flota dobló el cabo de Buena Esperanza y por Navidad fondeaban en la costa sudafricana; luego continuó su avance por el Índico, llegando a Calicut —en las costas indias de Malabar— en abril de 1498. A su regreso, el rey Manuel I lo nombró Gran Almirante de las Indias, Persia y Arabia. Una segunda expedición le otorgaría el título de Conde de Vidigueira, consolidando de esta manera el dominio lusitano en estos territorios. En 1524, investido como Virrey de la India, volvería a prestar sus servicios como navegante y realizó un tercer viaje a la India para tratar de frenar la corrupción de las autoridades portuguesas, pero fallecería al poco de llegar a Cochín.

72 *los chinas*: es forma usual, en la lengua de la época, por *los chinos* (así figura repetidas veces en las propias cartas de San Francisco Javier). Se repite constantemente a lo largo de esta obra.

73 *da ciento y raya*: aventaja, supera con creces.

DON ÁLVARO.— Duarte, ¿no te tentó nunca un viaje a la isla de Sanción<sup>74</sup> a hacer negocio con los chinas?

DUARTE.— ¿Yo? ¡Lionelo Duarte do Castelo das Ribeiriñas do Minho<sup>75</sup>! Pobre nací, aunque en pañales hidalgos, y pobretón moriré. ¿Negocio de qué, mi amo?

DON ÁLVARO.— De azafrán, de té<sup>76</sup>, de seda, de lacas, de marfil, de piedras preciosas... Pregunta más bien de qué no se puede hacer negocio con ese país misterioso, que cuentan que es dos veces mayor que todo el resto del orbe. Tiene pena de muerte el extranjero que ponga los pies en sus murallas. Los mercaderes que llegan hasta Sanción han de contentarse con arañar lo que puedan desde fuera, de contrabando, y con todo, en dos o tres viajes hacen caudal. Piensa tú lo que será para un mercader como Pereira entrar allí con las puertas de par en par a favor de una embajada. No le basta con toda la flota de los venecianos<sup>77</sup>; es capaz de traerse al mismo emperador con su trono.

DUARTE.— ¡Qué poca devoción guardáis al señor Diego Pereira, mi amo! Yo estoy cierto que es el más honrado mercader de cuantos conocí. Bastáraos ver la amistad que le dispensa el Padre Francisco.

DON ÁLVARO.— Le tiene engañado. Pero esta vez el engañado va a ser él, Duarte. Este negocio de la embajada me lo reservo para nosotros. ¡Esta primavera, Duarte, en cuanto calmen los tifones...! (*Asoma el criado.*)

CRIADO.— Señor Gobernador, ahí fuera aguarda un brahmán que pide hablaros.

DON ÁLVARO.— (*Con extrañeza.*) ¿A mí? ¿Alguno de los que bautizaron hoy?

CRIADO.— No lo sé, señor. Viene con otro.

DON ÁLVARO.— Que entren.

*(Vase el criado. Al punto alza el tapiz y deja pasar a dos brahmanes. Uno de ellos es Kanna. Visten igual que en el primer acto. El otro, más joven, trae una envoltura en la mano. Ambos hacen una reverencia desde el umbral, que contesta don Álvaro de pie, junto a la mesa.)*

KANNA.— Dos sacerdotes del omnipotente Brahma se inclinan hasta la tierra ante el muy poderoso Gobernador de Malaca.

DON ÁLVARO.— (*Con natural gentileza.*) Yo os saludo, señores. ¿En qué os puedo complacer?

74 *isla de Sanción*: islote frente a las costas chinas de Cantón, usado por los portugueses para mercadear de contrabando con los chinos, donde moriría Javier el 3 de diciembre de 1552. Más adelante lo escribe Sanchón (el nombre se documenta con muy variadas grafías).

75 *Lionelo Duarte do Castelo das Ribeiriñas do Minho*: nótese lo pomposo del nombre de este hidalgo pobre, que tiene mucho *don* y poco *din*.

76 *té*: Vallejos escribe «thé», con grafía más exótica, que modernizo.

77 *toda la flota de los venecianos*: era una de las más poderosas de la época.

KANNA.— Tráenos un negocio que podrá ser muy del provecho de vuestra grandeza.

DON ÁLVARO.— (*Indica a Duarte con un gesto que salga. Duarte se va.*) Sentaos, señores, si no queréis obligarme a permanecer de pie. (*Siéntanse los tres.*) Os escucho.

KANNA.— Dos indios que no eran indios subían ayer la cuesta de la excelsa pagoda de Triwalaor, sin miedo a las serpientes ni al sol. Esos dos indios, como no eran indios, no iban precisamente a adorar al soberano Brahma. Iban en busca de un collar maravilloso que en todo el mundo no tiene par.

DON ÁLVARO.— Si es tal el collar como decís, justifica que esos dos indios se expusieran a los peligros del sol y de las cobras.

KANNA.— Estos son riesgos que no se pueden correr dos veces impunemente. Así venimos, señor don Álvaro de Ataide, a evitaros la tentación de un nuevo viaje que pudiera tener mal fin. El Padre Brahma no gusta de visitantes demasiado curiosos.

DON ÁLVARO.— (*En guardia.*) ¿Qué queréis decir?

KANNA.— No os inquietéis, señor. Veréis cómo acaba por placeros nuestra visita. (*Coge el envoltorio de manos de su compañero y lo desenvuelve pausado. De entre el paño de seda destaca una arquilla de oro ricamente labrada que se abre por un resorte.*) Voy a daros ocasión de contemplar el collar a vuestro gusto y sin riesgos. (*Abre la arqueta y saca con ambas manos el voluminoso collar.*)

DON ÁLVARO.— ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué perlas! ¡Qué iris!<sup>78</sup> ¡Y qué colgante! ¡Esto es casi un huevo de avestruz! (*Mira y remira y acaricia el colgante con mano sabia.*)

KANNA.— (*Sonríe significativo a su compañero y alarga a don Álvaro el collar.*) Se ve que sois buen catador de piedras preciosas.

DON ÁLVARO.— Algunas he visto. Pero nada en mi vida como esta maravilla. Ni tantas ni tales en una sola pieza.

KANNA.— ¿En cuánto lo tasáis, don Álvaro?

DON ÁLVARO.— Esto no tiene tasa. ¡Cualquiera de los rajahs podría dar a gusto sus Estados!

KANNA.— Por solo el colgante daba el Rajah de Delhi su maravilloso palacio blanco de Shadni-Sah<sup>79</sup>.

DON ÁLVARO.— ¿De dónde pudo salir este tesoro?

KANNA.— Tal vez os interese más saber a dónde puede ir a parar. ¡Famosa joya!, ¿verdad? Parece que no os desagrada.

78 iris: «Ópalo transparente con hermosos reflejos y colores en su interior, ópalo noble» (DRAE).

79 palacio blanco de Shadni-Sah: no identifico a qué palacio se refiere.

DON ÁLVARO.— Mi padre don Vasco de Gama descubrió la India, la conquistó para Portugal y conquistó fama eterna para su linaje. Pero era un pobre hombre. Murió con mucha honra y pocos caudales. Se dejó aquí este collar. Yo... (*Con sonrisa de hombre práctico.*) os daría por él todas esas grandezas.

KANNA.— (*Sonríe y mueve la cabeza.*)

DON ÁLVARO.— Pesan poco, ¿verdad?

KANNA.— ¿Qué más daríais?

DON ÁLVARO.— Cosa de precio... apenas nada. Basura en comparación del palacio blanco del Rajah de Delhi. La colección de perlas que he venido reuniendo hasta aquí no es del todo mala...

KANNA.— ¿Nada más?

DON ÁLVARO.— Mi cofre de ducados milaneses. Pasán de cinco mil.

KANNA.— ¿Nada más?

DON ÁLVARO.— Es buen oro. Es la moneda más firme que ahora corre en Europa.

KANNA.— (*Con igual sonrisa.*) Y... ¿no dais más?

DON ÁLVARO.— (*Con embarazo.*) Mis dos navíos con su equipo de morteros y municiones y el cargamento de canela que hoy habíamos de llevarnos a Malaca. No tengo más.

KANNA.— ¿No dais más?

DON ÁLVARO.— No tengo más, señor; os lo juro. Os doy toda la fortuna que he logrado reunir en seis años de gobierno. No me queda ni un reis<sup>80</sup>.

KANNA.— Si no se os ocurre, pues, cosa más... (*Hace ademán de volver otra vez el collar al cofre.*)

DON ÁLVARO.— (*Irritado.*) No comprendo esta extraña visita.

KANNA.— ¿Me daríais también... vuestro gobierno?

DON ÁLVARO.— Eso no es posible...

KANNA.— Pero si lo fuera..., ¿lo daríais? (*Tras un largo silencio don Álvaro afirma con la cabeza. Kanna insiste.*) ¿Lo daríais?

DON ÁLVARO.— Si lo fuera... ¿Por qué no? ¡Os daría el alma!

KANNA.— Pues ved que no os pido ni vuestro gobierno, ni vuestros navíos, ni siquiera una de vuestras perlas. (*Señalando el cofre.*) Ahí lo tenéis. El collar es vuestro.

DON ÁLVARO.— (*Pálido.*) ¿Vinisteis a divertirnos a mi costa? Con un hidalgo portugués no se juega, señor brahmán.

KANNA.— Os repito que el collar es vuestro... con una condición insignificante.

DON ÁLVARO.— Decid.

KANNA.— Que esta misma noche nos entreguéis ajusticiados a los dos

80 *reis*: nombre de una moneda; es deformación de la palabra portuguesa *reais*, plural de la palabra *real*.

- brahmanes que desde esta mañana se llaman Alfonso y Antonio de Santa Fe.
- DON ÁLVARO.— (*Tras un momento de sorpresa.*) ¿Eso me pedís a mí?
- KANNA.— A vos, don Álvaro de Ataide. ¡Supongo que no es mucho pedir a quien está dispuesto a dar toda su fortuna y hasta su gobierno y hasta la gloria de su linaje!
- DON ÁLVARO.— (*Perdido el dominio de sí mismo.*) Pero... es que... yo... aquí no tengo jurisdicción. ¿Con qué autoridad los hago prender?
- KANNA.— (*Frío.*) Eso ya no nos interesa.
- DON ÁLVARO.— Además son cristianos.
- KANNA.— Para nosotros, dos renegados. Para vosotros (*Con intención.*), dos cristianos de los que necesitan el Padre Francisco y Diego Pereira para entenderse en la lengua de los chinas en ese negocio de la embajada que ellos quieren acometer.
- DON ÁLVARO.— Es verdad...
- KANNA.— Esos dos brahmanes, como todo sacerdote de Triwalaor, son muy versados en las doctrinas de Buda y de Confucio<sup>81</sup>.
- DON ÁLVARO.— Esta noche los tendréis.
- KANNA.— Me place oírlo de vuestros labios, señor Gobernador. Decidlo otra vez.
- DON ÁLVARO.— Juro que esta noche tendréis los dos cadáveres.
- KANNA.— ¿En el camino de Tanajahor?
- DON ÁLVARO.— En el infierno de Satanás, si lo queréis.
- KANNA.— En el camino de Tanajahor. (*Envuelve el cofre.*) Allí os esperamos.
- DON ÁLVARO.— Pero... ¿os lleváis el collar?
- KANNA.— No temáis. Un brahmán jamás falta a su palabra. Como os prometimos el collar, lo cumpliremos. Como jurasteis la muerte de esos perjuros, la cumplireis también. ¿Verdad? Mas porque quedéis tranquilo, aquí me tenéis de rehén.
- DON ÁLVARO.— Bien pensado. Aquí podéis quedar (*Señala a la puerta de la derecha.*) ¿Ha de ser esta noche?

*(Duarte asoma por el foro, de modo que oye este final de diálogo y se queda sorprendido con la mirada interrogante.)*

- KANNA.— Esta noche.
- DUARTE.— Señor, el Padre Francisco está aquí y pregunta por vos.
- DON ÁLVARO.— Más a punto, jamás. ¿Viene solo?
- DUARTE.— Vinieron con él esos dos nuevos cristianos. Abajo quedaron.
- DON ÁLVARO.— ¿Los de...? (*Con un gesto de cabeza indica a Kanna.* Duarte

81 *las doctrinas de Buda y de Confucio*: dos de los mayores filósofos orientales. En la época, China era el país culto de donde irradiaban las principales influencias culturales hacia Japón, India, etc.



*responde con otro gesto de cabeza. Radiante.)* Es sencillamente maravilloso. Más a punto, jamás. Asoma al patio y llama al sargento Carvalho.

*(Va Duarte a un lateral y se le oye llamar.)*

DUARTE.— Sargento Carvalho, su señoría te llama. *(Vuelve.)*

DON ÁLVARO.— Ven aquí, Duarte. *(Se lo trae hasta primer término.)* Ven aquí y bendice la hora en que has nacido.

DUARTE.— No hago otra cosa desde que nací.

DON ÁLVARO.— ¿Quieres ser rico?

DUARTE.— Con toda mi alma. Pero por si acaso, no me mande vuestra señoría a esa pagoda.

DON ÁLVARO.— Esta vez es mucho más cerca. Te vas a ganar tres mil escudos de oro.

*(Duarte se restriega las orejas como si no hubiera oído bien.)*

DUARTE.— ¿Cuántos?

DON ÁLVARO.— Tres mil. La mitad de los que tengo en aquel cofre de hierro en la cámara alta de la torre.

DUARTE.— ¡Mi amo!

DON ÁLVARO.— Como para volverte a Portugal mañana mismo. *(Asoma Carvalho, tipo de espadachín con la cara cosida de costurones. Don Álvaro le indica que se acerque. Le mira fijo; Carvalho sostiene la mirada sin pestañear.)* ¡Servicio secreto!, ¿entendido? *(Carvalho asiente con un gesto.)* ¡Mil escudos de oro! *(Bajo los mostachos hirsutos de Carvalho apenas apunta una fría sonrisa.)* Pero secreto y rápido. Vais a prender sin ruido a los dos brahmanes que acaban de llegar con el Padre Francisco. Cosa sencilla. Les vais a apretar el gáznate y a media noche los dejaréis en el camino de Tanajahor, junto a la fuente.

*(El rostro de Duarte se endurece repentinamente en su silencio hostil.)*

CARVALHO.— Pero el Padre Francisco está aquí.

DON ÁLVARO.— Yo le entretendré cuanto sea preciso.

CARVALHO.— Cuando salga los buscará.

DON ÁLVARO.— Ya habrá alguna excusa.

CARVALHO.— Las rondas vigilan desde anochecido. Va a ser difícil salir al camino con esa carga.

DON ÁLVARO.— *(Aparentando indiferencia.)* Mil escudos de oro, Carvalho. No hay tiempo que perder. Es ya anochecido. A media noche han de acudir estos señores a la fuente de Tanajahor, y de madrugada zarpamos nosotros. ¿Conformes? *(Carvalho asiente; Duarte calla. A Duarte.)* Haz pasar al Padre Francisco, y entreténmelo un instante.

(*Salen Carvalho y Duarte. Don Álvaro a los dos brahmanes.*) Ya lo habéis oído, señores; los tendréis esta noche. (*A Kanna.*) Vos, brahmán, seréis mi huésped en este aposento (*Señala el lateral derecho.*) hasta que yo reciba el collar.

(*Salen todos en esa dirección; entra el Padre Francisco y, tras él, Duarte acosándole.*)

DUARTE.— (*Con vehemencia contenida.*) ¡Padre, marchad al punto! Peligra vuestra vida y la de esos nuevos cristianos.

PADRE FRANCISCO.— ¿Qué dices, buen Duarte?

DUARTE.— ¡Que os marchéis ahora! ¡Ahora! Antes que entre don Álvaro.

PADRE FRANCISCO.— ¿Por qué? Yo no tengo nada que temer de tan noble caballero.

DUARTE.— (*Suplicando.*) Quiere matar a esos dos brahmanes. (*Le empuja hacia fuera.*)

PADRE FRANCISCO.— ¿Qué estás diciendo?

DUARTE.— ¡Por éstas, Padre! (*Hace la cruz con los dedos.*)

PADRE FRANCISCO.— ¡Calla!

DUARTE.— (*Apremiando.*) ¡Luego será tarde! (*Entra don Álvaro. Duarte se retira.*)

PADRE FRANCISCO.— (*Adelantando a él.*) La gracia de Nuestro Señor sea con vos, señor Gobernador.

DON ÁLVARO.— Padre Francisco, dejadme que bese las manos de un santo.

PADRE FRANCISCO.— No, no; las manos de un pecador, no. Besad aquí. (*Dale a besar el crucifijo.*)

DON ÁLVARO.— No sosegaba con las ganas que tenía de veros a solas para explicaros mi vuelta de Triwalaor ayer tarde. Veréis, Padre...

PADRE FRANCISCO.— (*Atajándole.*) Bien está; bien está.

DON ÁLVARO.— ¡Ah, Padre! Hasta aquel rincón de Malaca donde vivo ha llegado la fama de vuestra santidad y de las maravillas que Dios hace por vos.

PADRE FRANCISCO.— (*Con pena.*) Y no llega la fama de mis muchos pecados. Creedme, señor Gobernador: no tiene nuestro Señor Jesucristo siervo que tan mal le pague. Yo también deseaba saludar a don Álvaro de Ataide. Me dijeron que se tornaba a su gobierno de Malaca, y me apresuré a venir. Cúmplenos tratar un gran negocio, señor don Álvaro.

DON ÁLVARO.— (*Con grandes extremos le ofrece el sillón de respeto.*) Sentaos primero, Padre mío, y trataremos cuanto os plazca. Sí. Tenía determinado de hacerme a la mar este anochecho<sup>82</sup>, pero a última hora se me ofreció un negocio de mucho provecho... de Su Alteza Fidelísima, y me es preciso demorarme unas horas más.

82 *este anochecho: sic* en el texto de El Siglo de las Misiones. Entiéndase «hoy al anochecer»

PADRE FRANCISCO.— Hacéis como un leal caballero. Advierto que nuestros oficios se parecen mucho: vos, buscando siempre la honra del rey, sin descuidar la de Dios; yo, siempre buscando la honra de Dios, que nunca será en perjuicio de la del rey.

DON ÁLVARO.— Muy bien hablado, Padre Francisco.

PADRE FRANCISCO.— Y por eso entiendo que ambos nos debemos ayudar para que la honra de Dios prospere, y con ella la de Su Alteza.

DON ÁLVARO.— Así será, por vida mía, si alguna vez tengo la dicha de veros por aquellas tierras de mi gobierno.

PADRE FRANCISCO.— Pronto iremos por allí, señor. Meditamos una empresa de la mayor gloria de Dios<sup>83</sup>. En estas partes, por su misericordia, vanle conociendo ya, y llegan de Europa nuevos misioneros que predicán su nombre. Pero hay más arriba un gran imperio, de los chinas, donde nadie conoce a Dios y cada día caen en el infierno miles de almas.

DON ÁLVARO.— ¡La China!, gran país por cierto. Sí, Padre, es mucha verdad eso que vos decís. ¡Qué pena esas almas que se van al infierno cada día...! Y además... así... como de paso... parece que habría sazón de hacerse al mismo tiempo muy ricos negocios.

PADRE FRANCISCO.— El de las almas, primero de todos, señor. El de tantos millones de almas que me hacen vivir en un torcedor<sup>84</sup> perpetuo. Todo otro negocio, ¿qué puede ser sino basura para el buen cristiano?

DON ÁLVARO.— (*Devoto.*) ¡Oh, qué bien decís, Padre! Y... ¿vais así, tan solo?

PADRE FRANCISCO.— Solo no podría hacer cosa de provecho. Me acompañan los dos brahmanes que hoy bauticé y mi querido amigo Diego Pereira. Sin los brahmanes no podría entrar allí, porque yo no conozco la lengua de los chinas<sup>85</sup>, y sin Pereira, tampoco. Él irá por embajador de Su Alteza. Como todo extranjero que no lleva embajada de su rey tiene pena de muerte en aquel imperio, ideamos este medio para poder entrar predicando a Cristo. Es el único modo, señor.

DON ÁLVARO.— Ya, ya, muy ingenioso. Seguramente se le habrá ocurrido al señor Diego Pereira, ¿verdad?

PADRE FRANCISCO.— Sí, suya es la idea. Digo mal, es una inspiración de Dios.

DON ÁLVARO.— Como él es tan devoto, no es extraño que el Cielo le premie con estas santas inspiraciones... También a él la suerte de las almas le atormenta... Luego... dicen que es tan rico ese país... Él, aunque no lo intente, así como de paso, mientras predica la fe de Nuestro

83 *una empresa de la mayor gloria de Dios*: recuérdese que *Ad maiorem Dei gloriam*, AMDG, es el lema de los jesuitas: 'para mayor gloria de Dios'.

84 *torcedor*: amargura, angustia.

85 *yo no conozco la lengua de los chinas*: véase nota *supra* sobre las dificultades lingüísticas y la necesidad de intérpretes.

Señor, verá de llenar sus naves lo más honrada y devotamente que pueda.

PADRE FRANCISCO.— ¡Oh, si todos los mercaderes fuesen como él! ¡Cuántas veces me mueven pensamientos de ir a las Universidades de Europa y aun aquí mismo, por las calles de Goa y Santo Tomé, como hombre que tiene perdido el juicio<sup>86</sup>, gritando a todos los nobles y mercaderes que sólo por medrar se afanan: «Necios, ¿qué responderéis en el día de la cuenta? ¡Vended todas vuestras riquezas y comprad aquella perla preciosa<sup>87</sup>...!»

DON ÁLVARO.— (*Instintivo.*) ¿Qué perla, Padre?

PADRE FRANCISCO.— ¿Cuál ha de ser sino...?

DON ÁLVARO.— (*Le ataja.*) Decís bien, Padre; hay perlas divinas que merecen dar por ellas todo cuanto uno tiene.

PADRE FRANCISCO.— (*Alzándose.*) Yo siempre confié en vuestro buen amor, y así, no me queda sino rogaros por caridad de Cristo que con toda vuestra voluntad nos favorezcáis en esta empresa de tanta gloria suya. Lo haréis, ¿verdad, don Álvaro?

DON ÁLVARO.— Quedad tranquilo, Padre mío. Yo os lo prometo desde ahora y os espero en Malaca.

PADRE FRANCISCO.— (*Despidiéndose.*) Dios os lo pagará, señor.

DON ÁLVARO.— ¿Pero os retiráis ya?

PADRE FRANCISCO.— El tiempo me apremia.

DON ÁLVARO.— ¡Oh, no! Vais a hacerme el honor de sentaros a mi mesa esta noche.

(*Entra Duarte y se queda mirando a don Álvaro. Hay algo de siniestro en su calma.*)

DON ÁLVARO.— (*Sorprendido.*) ¿Qué pasa?

DUARTE.— Nada, señor don Álvaro; todavía no pasa nada. Carvalho...

DON ÁLVARO.— ¡Chist!

DUARTE.— (*Impertérrito.*) Carvalho ha ido a buscar dos buenos cordeles. De esos a prueba de gznate de avestruz. Tardará todavía algo en volver.

86 *me mueven pensamientos ... como hombre que tiene perdido el juicio*: hay aquí un claro eco de una carta de Javier: «Muchos cristianos se dejan de hacer en estas partes, por no haber personas que en tan pías y santas cosas se ocupen. Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los estudios [= Universidades] de esas partes, dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas: ¡cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos!» (*Cartas y escritos de San Francisco Javier*, ed. del P. Félix Zubillaga, doc. 20, pp. 110-11).

87 *comprad aquella perla preciosa*: este motivo de la perla preciosa se desarrollará con más detalle en *Xavier. Estampas escénicas*.

DON ÁLVARO.— (*Con falsa sonrisa.*) Bueno, bueno. Vigila mientras tanto. Que no se te escapen esos dos avestruces.

DUARTE.— Tengo que hacer primero cosa de más monta.

DON ÁLVARO.— ¡Duarte! (*Con un movimiento imperioso le ordena que se marche.*)

DUARTE.— (*Con ironía exasperante.*) Sería un remordimiento para vuestra ánima, señor, que estando en casa el Padre Francisco murieran dos cristianos sin confesión.

PADRE FRANCISCO.— (*Repentinamente.*) ¿Dos cristianos condenados? ¿Dónde?

DON ÁLVARO.— (*Se ha levantado y empuja a Duarte fuera.*) En su mollera, Padre, que está más caliente de lo debido. Aquí donde le ve vuesa<sup>88</sup> paternidad, sería un muchacho cabal si no empinara el codo con exceso. Pero ese aguardientillo de palma<sup>89</sup> va a ser su ruina. (*Duarte mira a don Álvaro sin inmutarse.*) Bueno, bueno; baja y haz lo que te he mandado... y no vuelvas más.

DUARTE.— Es inútil que me mande vuestra señoría que baje, porque esos dos... avestruces, como los llama vuestra señoría, ya no están abajo.

DON ÁLVARO.— (*Con sobresalto.*) ¿Dónde están?

DUARTE.— (*Levantando el tapiz.*) Aquí.

(*Asoman Alfonso —Visva Mithas— y Antonio de Santa Fe —Kadilah—.*)

DON ÁLVARO.— ¡Vive Cristo! Bájalos ahora mismo y... (*Va a decir algo, mas la presencia del Padre Francisco le contiene.*)

DUARTE.— ¿Y qué, mi amo? Dígamelo bien claro, no sea que, como estoy medio borracho, no le entienda bien.

DON ÁLVARO.— Basta de broma. Te voy a arrestar.

DUARTE.— ¿En dónde, señor? ¿No recuerda que su gobierno termina a se-tecientas leguas de aquí?

DON ÁLVARO.— Te arrestaré en cuanto pises el barco.

DUARTE.— He determinado no pisarlo por ahora. En cambio, puesto que vuestra señoría va a zarpar, he pensado pedirle la soldada.

DON ÁLVARO.— (*Haciendo de tripas corazón, le pone la mano en el hombro cariñosamente.*) Querido Duarte, no estás bueno. Ve y di a maese Regueiro que te haga una buena tisana de las que a ti te gustan. (*Le alarga una moneda guiñándole el ojo.*) Y de paso acompaña abajo a esos señores.

PADRE FRANCISCO.— Señor don Álvaro, no se moleste por ellos. Tengo placer en que queden aquí conmigo. Son Alfonso y Antonio de Santa Fe, los nuevos...

DON ÁLVARO.— Bien está, pero que vuelvan abajo. Tengo que tratar a solas con vuestra reverencia.

88 *vuesa*: lo mismo que *vuestra*.

89 *aguardientillo de palma*: los indígenas eran aficionados a esta bebida, que Javier llama en sus cartas *urraca*.

DUARTE.— (*Arráncase y se planta en medio.*) Padre Francisco, si bajan no los volveréis a ver más.

DON ÁLVARO.— (*Enfurecido, le agarra de la ropilla.*) ¡Fuera de aquí!

DUARTE.— No me voy.

DON ÁLVARO.— Irás a la fuerza. (*Se asoma al lateral que da al patio.*) ¡Carvalho! ¡Ludovico! ¡Ah de mi guardia!

DUARTE.— Hacéis bien en llamar a toda la guardia. Ya sabéis que por la fuerza me vendo caro.

(*Don Álvaro ha empuñado la daga y Duarte echa también mano a la espada.*)

PADRE FRANCISCO.— ¿Qué es esto, señor don Álvaro?

DUARTE.— Que se ha acabado la farsa, Padre Francisco.

PADRE FRANCISCO.— Por Dios, don Álvaro, sosegaos.

(*Asoma por el foro Carvalho seguido de dos o tres soldados.*)

DON ÁLVARO.— (*Apuntando a Duarte.*) ¡Prendedle!

DUARTE.— (*Desenvaina la espada en actitud de atacar.*) ¡Quien se atreva...!  
(*Vacilan los soldados.*)

DON ÁLVARO.— ¡Prended a los tres, cobardes!

PADRE FRANCISCO.— (*Se interpone.*) ¿Qué es esto, don Álvaro? ¿Qué han hecho?

DON ÁLVARO.— (*Furioso, coge la espada de uno de los soldados y avanza al grupo. Duarte quiere salir al paso, pero se lo impide el Padre Francisco, el cual se interpone, alzando las manos.*)

PADRE FRANCISCO.— ¡Teneos! (*Los soldados uno tras otro se retiran con disimulo.*)

DON ÁLVARO.— ¡Fuera, Padre!

PADRE FRANCISCO.— ¿Qué vais a hacer?

DON ÁLVARO.— ¡Yo sólo tengo que dar cuenta al rey!

PADRE FRANCISCO.— Y por encima del rey, a Dios. ¡Os lo exijo en nombre de Dios!

DON ÁLVARO.— ¡Quitaos; fuera!

PADRE FRANCISCO.— ¡Envainad! Primero tendríais que atravesarme a mí!  
(*Sale Kanna por el lateral derecho.*)

KANNA.— ¡Pues a él también! (*Todo cuanto sigue rapidísimo.*)

ALFONSO.— (*En un movimiento brusco logra interponerse entre el Padre Francisco y don Álvaro.*) ¡A él no! Señor, ¿qué os hicimos?

PADRE FRANCISCO.— Son hermanos vuestros.

KANNA.— (*Azuzando por la espalda a don Álvaro.*) ¡A ése! ¡Cumplid vuestra palabra!

(*Hostiga a don Álvaro. Éste a su vez, de un empujón, logra echar a un lado al Padre Francisco y hunde la espada en el pecho de Alfonso.*)

DON ÁLVARO.— ¡Ea, se acabó!

ALFONSO.— (*Cae exánime, exclamando:*) ¡Jesús...! ¡Dios...!

(*Duarte se precipita a matar a don Álvaro, pero el Padre Francisco le sujeta el brazo.*)

PADRE FRANCISCO.— ¡Por la sangre de Cristo...!

KANNA.— (*Feroz.*) Falta el otro.

PADRE FRANCISCO.— (*Mientras se arrodilla a recoger el cuerpo exánime de Alfonso, a Duarte.*) ¡Defiéndemelo!

KANNA.— (*Acuciando a don Álvaro por detrás.*) ¡Acabad!

(*Don Álvaro intenta echarse sobre Duarte, pero éste, con una finta maestra, le desarma. La espada de don Álvaro salta en los aires.*)

DUARTE.— ¿Y ahora? (*Don Álvaro se le queda mirando impotente.*)

KANNA.— (*Marchándose con indiferencia por la izquierda seguido del otro brahmán.*) ¡Todo inútil, amigo!

PADRE FRANCISCO.— (*Con el cuerpo de Alfonso en las rodillas vuelve la cabeza hacia don Álvaro. Imponente.*) ¡Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?<sup>90</sup> (*La voz del Santo queda vibrando como un anatema.*)

TELÓN

## Volcán de amor

### Acto tercero

En Malaca, la reina del comercio de Oriente, por los tiempos del Santo. Adelantada en una lengua de tierra, sale al encuentro de todas las naves que cruzan de Oriente al Occidente. Y en los inmensos almacenes de su puerto unas y otras le van depositando el tributo de sus tesoros. Amontonados en una profusión que deslumbra los ojos, encierran, con los productos de las industrias de Europa, las sederías, porcelanas y lacas de China y Japón; el ámbar y sándalo del Archipiélago<sup>91</sup>, el marfil de Socotora<sup>92</sup>,

90 *¡Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?:* eco bíblico del *Génesis*.

91 *Archipiélago:* el de las Molucas (Indonesia).

92 *Socotora:* una isla cercana a la costa de Somalia (hoy perteneciente a Yemen) visitada por Javier antes de su llegada a Goa, donde encontró vestigios de cristianismo.

las piedras preciosas de la India y de Ormuz<sup>93</sup>; los tintes de Kahsmir<sup>94</sup>, las armas, los tapices de Persia, los perfumes exquisitos de Arabia... Tesoros fabulosos; tesoros sin cuento. Para custodiarlos vigila en la fortaleza una guardia de quinientos soldados, que, a la vez, amparan el estrecho contra la codicia de pueblos rivales. Capitán de este tercio y Gobernador de la rica plaza es don Álvaro de Ataide, segundón<sup>95</sup> de Vasco de Gama, el navegante conquistador.

*Una pieza capaz en la factoría que tienen los mercaderes chinos junto a la lonja del puerto. Al fondo comunica por una puerta abierta de par en par, y aun mejor por una serie de arcos, al muelle, iluminado de sol. Por el malecón de toscos maderos, que da sobre el mar, cruzan con frecuencia mercaderes y traficantes de todos los países y razas. Malayos del color de la aceituna, chinos de ojos de almendra, coreanos bajo sus anchos sombrerotes cónicos, indios cenceños y secos, negros de las Molucas<sup>96</sup> y portugueses que departen de sus negocios. A la derecha, otra puerta en comunicación con el almacén.*

*La pieza sirve de punto de cita a los chinos y de escaparate a sus mercaderías, y está decorada con el abigarramiento peculiar a todo almacén. Penden de los muros tapices de Hong-Kong y sedas magníficas. Hay muebles de todos los tamaños y calidades, tibores<sup>97</sup>, lacas, quitasoles de grandes flores y pájaros inverosímiles, etc., etc.*

*Durante toda la escena van y vienen, por los porches de fuera, grupos de mercaderes. Entra don Álvaro, acompañado de dos mercaderes chinos.*

DON ÁLVARO.— Os aseguro que no encontraréis quien puje más. Esos marfiles vuestros han perdido ya la novedad de los primeros años. Son muy vistos en Europa. No os darán más por ellos: creedme.

93 *Ormuz*: una de las fortalezas portuguesas en Oriente. Entre 1507 y 1515, año de su muerte, el navegante y conquistador Alfonso de Albuquerque se apoderó para Portugal de la isla de Ormuz en el golfo Pérsico, el distrito indio de Goa, Malabar, Ceilán (hoy Sri Lanka), el archipiélago de la Sonda, la península de Malaca (actual Malasia) y las Molucas (Indonesia).

94 *Kahsmir*: Kashmir o Cachemira, región al norte de la India (hoy en disputa con Pakistán); véase *supra* otra alusión a «un chal de Kachmir».

95 *segundón*: el primogénito de don Vasco da Gama fue el comandante Francisco da Gama.

96 *Molucas*: las islas Molucas (Maluku) son una provincia de Indonesia, entonces posesión portuguesa, cuya ciudad principal era Ambon, ubicada en una pequeña isla del mismo nombre. Fueron conocidas en la época como las Islas de las Especias. Las principales islas de la provincia de las Molucas del Norte son Halmahera, Tobalai, Ternate, Tidore, Bacan, Tobalai y Sula. Las principales islas de la provincia del sur son Ambon, Buru, Seram, Aru, Babar, Kai, Tanimbar y Liran.

97 *tibores*: vaso grande de barro en forma de tinaja, decorado externamente.



MERCADER PRIMERO.— *(Con sonrisa ladina.)* ¿No darán más? Pues nos los volvemos. Ciento veinte pardaos<sup>98</sup> no son dinero, señor.

*(Entra por el foro con lentitud el Padre Francisco, todo absorto en la lectura del Breviario<sup>99</sup>. Acaba de rezar y se santigua devotísimo. Busca el asiento más apartado.)*

PADRE FRANCISCO.— ¡Dame fuerzas, Señor!

DON ÁLVARO.— ¿Os empeñáis en la subasta?

MERCADER SEGUNDO.— Ahora mismo. Nada perdemos con hacerla.

DON ÁLVARO.— Estáis tercos. En fin, doy los ciento cincuenta pardaos. ¿Queréis contentos?

MERCADER PRIMERO.— No rebajamos ni un fanao<sup>100</sup> de los doscientos. *(Se oye en la galería un redoble de tambor. Todos los mercaderes cruzan corriendo en la misma dirección.)*

MERCADER SEGUNDO.— Vamos, que va a empezar. *(Con mucha calma, al Gobernador.)* Otra vez será, señor.

*(Vanse los dos por el foro. Don Álvaro queda un instante pensativo y sale enseguida gritando:)*

DON ÁLVARO.— Van los doscientos pardaos. Vaya, señores, a pocos negocios así... *(Desaparece.)*

PADRE FRANCISCO.— *(Le sigue con la mirada.)* Ya volverá. *(Mirando a todas partes con fruición.)* Esto es de los chinas... Me parece como si ya estuviera allí...

*(Entra Antonio buscando al Padre y va rápido hacia él.)*

ANTONIO.— ¡Padre! ¡Gracias a Dios que os encuentro! Me dijeron que os habían visto venir hacia aquí. *(Se hinca de rodillas y le besa la mano. Aquellas manos exangües fatigadas de bendecir<sup>101</sup>.)*

PADRE FRANCISCO.— *(Con dulce reconvención.)* Pero, Antonio, ¿no os dije que no salierais de casa ni tú ni Duarte? ¿No ves que aquí os puede ver don Álvaro?

98 *pardaos*: moneda portuguesa equivalente a cinco larines de Balsara.

99 *Breviario*: «Libro que contiene el rezo eclesiástico de todo el año» (DRAE). Era una de las pocas pertenencias que Francisco Javier llevaba consigo en sus viajes.

100 *fanao*: moneda de oro.

101 *manos exangües fatigadas de bendecir*: en una de sus cartas (*Cartas y escritos de San Francisco Javier*, ed. del P. Félix Zubillaga, doc. 20), Javier explica que tiene los brazos cansados de tanto bautizar; esta frase parece ser eco, un tanto lejano, de esas palabras suyas; *exangüe*, en sentido figurado, significa «Sin ninguna fuerza, anquilado» (DRAE).

ANTONIO.— (*Riendo.*) Para mí ya pasó el peligro, Padre. Ya no valgo un collar de perlas.

PADRE FRANCISCO.— Vete, vete, antes de que vuelva, y di a Duarte que me aguarde en el barco.

ANTONIO.— ¿Embarcamos hoy? Como llegó ya el señor Diego Pereira...

PADRE FRANCISCO.— (*Pensativo.*) Sí... todo el negocio de la embajada está dispuesto. No hace falta más sino que este don Álvaro nos deje partir... y sin embargo, ¡Dios mío, tengo el presentimiento de que nos falta todo! (*Luchando consigo mismo.*) Pero... ¿por qué? Esta cavilación me está matando.

ANTONIO.— ¿Qué tiene que ver don Álvaro?

PADRE FRANCISCO.— Es la autoridad, hijo mío. Aquí en Malaca representa a Su Alteza el rey. Es cierto que nos separa de él la sangre de Alfonso, que aún está reciente. En vano esperé la reparación... ¡Sólo Tú, Señor, sabes el sacrificio que me es acercarme a él! Pero es necesario ¡y hoy mismo tiene que ser! Vete, vete, antes de que él pueda venir.

ANTONIO.— Padre, déjame contigo... ¡Si yo te pudiera consolar...!

PADRE FRANCISCO.— ¡Pobre mío! Tú eres todo mi consuelo. No sabes el consuelo que me dio el Señor cuando aquella noche te pude ver salvo. Gracias al fiel Duarte. Anda, vuélvete enseguida, y si acaso vieras por el camino al señor Diego Pereira, dile que se llegue aquí sin demora. (*Sale Antonio. El Padre Francisco se levanta con una grande resolución.*) Sí; hoy tiene que ser por fuerza. (*Coge entre sus manos el crucifijo que lleva pendiente y exclama, fijos los ojos en él.*) ¡Dios mío...!, ayúdame. ¿Me hiciste padre de tantas almas sólo para padecer martirio de ver cómo se condenan? ¡No, Señor! Mil veces mi vida, pero que se salven. ¡Basta ya de espera! ¡Soy su padre, Señor!

(*Aparece por el foro don Álvaro examinando con fruición los marfiles que lleva en un paquete.*)

DON ÁLVARO.— No hemos salido mal. En Lisboa me darán veinte veces su precio.

PADRE FRANCISCO.— (*Adelanta hacia él, sereno.*) ¡Señor Gobernador!

DON ÁLVARO.— ¡Ah! ¿Qué queréis?

PADRE FRANCISCO.— Quiero... (*Con grandeza.*) Nuestro Señor Jesucristo quiere que mañana salga yo para la China.

DON ÁLVARO.— ¿Y eso teníais que decirme ahora?

PADRE FRANCISCO.— Sí, don Álvaro. ¡Qué simpleza!, ¿verdad? Distraeros de vuestros graves negocios para deciros tal simpleza. ¡Ah, señor! Aunque no me lo queráis creer, importa mucho más que todos esos menesteres en que andáis metido.

DON ÁLVARO.— Santo y bueno. Mañana precisamente sale un junco<sup>102</sup> de unos chinas en donde os podéis marchar. Yo os recomendaré a ellos, que son mis amigos.

PADRE FRANCISCO.— Gracias por tanto, don Álvaro; no es embarcación lo que necesito.

DON ÁLVARO.— Pues ¿cómo pensáis hacer la travesía?

PADRE FRANCISCO.— En la nave del señor embajador Diego Pereira<sup>103</sup>, que acaba de llegar ayer tarde.

DON ÁLVARO.— Estoy seguro que el señor embajador no tiene tanta prisa. Lleva una travesía larga y querrá descansar.

PADRE FRANCISCO.— Tiene tanta prisa como yo de rendir viaje a China.

DON ÁLVARO.— Vuestro celo apostólico es muy digno de alabanza. Mas tened presente que el señor embajador es el primero que debe respeto a su dignidad, y que su dignidad le impide viajar con esa premura. Antes ha de ser atendido y festejado con todo honor en las casas de mi gobierno. ¿Qué pensaría de mí Su Alteza Fidelísima si supiera que había dejado pasar el navío de un embajador como si pasara el junco de unos chinas?

PADRE FRANCISCO.— Muy bien, don Álvaro; podéis honrarle hoy mismo cuanto os plazca, y mañana dejarnos partir.

DON ÁLVARO.— ¡Oh! No tan súbito, Padre; no tan súbito. El castillo no está todavía en condiciones. Son tan escasos los huéspedes de calidad que llegan a esta punta del mundo... Hay que preparar cámaras con decoro para su alojamiento, vestir la servidumbre, buscar tapices, joyas, vajillas. Y todo esto, donde todo falta, lleva días, semanas...

PADRE FRANCISCO.— Pero, señor don Álvaro, ¡ved que nuestro negocio no admite espera!

DON ÁLVARO.— (*Desentendiéndose.*) ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!, ¡se trata de un embajador de Su Alteza, Padre Francisco! Él es prisionero de su cargo y su jerarquía. Otro día os veré más despacio, amado Padre. Ahora me aguardan. No puedo detenerme más.

PADRE FRANCISCO.— (*Suplicante.*) ¿Cuándo, señor?

DON ÁLVARO.— Ya veremos... Luego, mañana, pasado, más adelante.

PADRE FRANCISCO.— No. ¡Por fuerza ha de ser hoy! (*Va tras él.*)

DON ÁLVARO.— (*Con fastidio.*) Por Dios, dejadme, que me aguardan ahí los síndicos del puerto<sup>104</sup>. Hace más de una hora que me están esperando. (*Vase por la puerta lateral.*)

PADRE FRANCISCO.— ¡Desgraciado! ¿Y tú no has hecho aguardar aún bastante a Dios? ¡Codicia de los bienes precederos, a cuántos pierdes! (*Se sienta de nuevo y entra Antonio.*)

102 *junco*: un tipo de embarcación pequeña usada en las Indias Orientales.

103 *la nave del señor embajador Diego Pereira*: era la *Santa Cruz*.

104 *síndicos del puerto*: administradores, funcionarios.

ANTONIO.— Padre, vengo a decirte que no encontré al señor Diego Pereira. (*Repara en su semblante.*) ¡Qué mala cara tienes, Padre Francisco! Por fuerza has de estar enfermo y no me lo quieres decir. ¿Te habrá pasado el sol? Este sol es tan ardiente como el de la India.

PADRE FRANCISCO.— Hijo, si enciendes una pajueta y la sacas a la luz del mediodía, éte alumbrará.<sup>105</sup> No es ese sol el que me ha puesto enfermo; aquí (*Palpándose el pecho con ansia.*), aquí tengo otro sol que revienta por derramar afuera su luz y su fuego, y, como no le dejan, todo se me revierte desde lo más hondo y no lo puedo resistir. Palpa, Antonio. (*Entreabre su sotana junto al pecho*<sup>106</sup>; *Antonio se arrodilla y pone en él su mano.*) Este es mi mal.

ANTONIO.— ¡Cómo abrasa! Tienes muy grande fiebre. Vamos a casa enseguida. Yo buscaré al médico.

PADRE FRANCISCO.— (*Sonríe triste.*) No tengas miedo. Pídele a Nuestro Señor que te la dé a ti también. Y ahora vuelve a casa. Obedéceme. (*Por el foro viene el señor Diego Pereira. Lleva bajo el brazo una carpeta de grandes broches de plata. El Padre Francisco se levanta apresurado al verle entrar; corre hacia él.*) ¡Mi señor don Diego! (*Antonio besa la mano al Padre Francisco y se va.*) ¡Ah, mi grande amigo! ¡Qué consuelo! ¡Dios os trae! (*Se abrazan largamente.*) Os aguardaba con impaciencia. ¡Qué tristes nuevas desde que os marchasteis a Goa!

DIEGO PEREIRA.— Todo lo sé, Padre. Contómelo Duarte. ¿Tenéis algo nuevo de ese...?

PADRE FRANCISCO.— Aún no le visteis, ¿verdad?

DIEGO PEREIRA.— En su busca vengo. Hoy a primera hora subí al castillo a presentarle las cartas del señor Virrey y me dijeron que andaría por acá.

PADRE FRANCISCO.— (*Quedo.*) Sí..., ahí anda.

DIEGO PEREIRA.— ¡Os pasa algo, Padre! ¿Qué tenéis? No me ocultéis nada.

PADRE FRANCISCO.— Ahí está. Vedle vos. Aunque pienso que no va a querer recibiros.

DIEGO PEREIRA.— No, Padre. Ante estas letras del señor Virrey tendrá que rendirse. Allá voy. ¿Me esperáis?

PADRE FRANCISCO.— Sí, aquí os aguardo.

(*Suena gran barullo de gente que viene por la galería; Diego Pereira se va por la puerta lateral, y al mismo tiempo aparece un tropel de indígenas malayos que llaman a voces descompasadas a su Padre Francisco. Son lo*

105 *si enciendes una pajueta y la sacas a la luz del mediodía, éte alumbrará?*: se trata de una reminiscencia bíblica.

106 *Entreabre su sotana junto al pecho*: esta actitud del santo, entreabriendo su sotana y recibiendo en el pecho las consolaciones del amor divino, es uno de los modelos iconográficos más representados.

*más miserable de Malaca; visten sarong<sup>107</sup> y turbante.)*

LOS MALAYOS.— (*En tropel.*) ¡Padre! ¡Padre Francisco! ¡Padre! (*Se detienen temerosos a la puerta.*)

PADRE FRANCISCO.— (*Va hacia ellos con mucho amor.*) ¿Qué traéis, hijos míos?

MALAYO PRIMERO.— Padrecito, que te vas.

MALAYO SEGUNDO.— Padrecito, no nos dejes.

MALAYO TERCERO.— Nosotros no queremos que nos dejes<sup>108</sup>. ¿Verdad que no te vas a las chinas?

PADRE FRANCISCO.— No gritéis, hijos, que está ahí el señor Gobernador y puede salir y echarnos.

MALAYO CUARTO.— Pues no te has de ir con las chinas.

MALAYO PRIMERO.— Tienen la cara amarilla lo mismo que el dios malo.

MALAYO TERCERO.— Y los ojos sin pestañas, como las culebras.

MALAYO QUINTO.— Y además nosotros te daremos canela y sándalo. Nosotros te queremos mucho.

PADRE FRANCISCO.— Por mucho que sea, no será tanto como yo os quiero. A todos os he bautizado y a todos os tengo aquí (*Señalando el corazón.*). Pero, mirad: hay todavía otros pobrecitos que no conocen a Dios ni saben nada del cielo ni del infierno. Vosotros ya tenéis otros Padres como yo para que os lleven por el camino del cielo, pero ellos no tienen a nadie. Y si yo no voy, a todos se los llevará el negro demonio.

MALAYO QUINTO.— Sí, pero no te irás, ¿verdad? Nosotros te damos canela.

MALAYO SEXTO.— Y te daremos por la luna primera del año diez cargas de ébano.

MALAYO TERCERO.— Y yo te traigo este kris<sup>109</sup> que tiene la hoja templada en sangre de la balidanga<sup>110</sup>.

MALAYO CUARTO.— (*Que forma grupo con el primero y segundo.*) Y nosotros, mira lo que te traemos. (*Muestra una pequeña nasa de hojas de alcanfor.*) Llévala siempre contigo y no te morderá ninguna naja<sup>111</sup>. Ya verás. Fuera todos. (*Abren círculo y se sientan en el suelo; saca del seno*

107 *sarong*: pieza larga de tejido, que se ciñe alrededor de la cintura a modo de falda, usada tanto por hombres como por mujeres en amplias partes del sureste asiático y en muchas islas del Pacífico.

108 *Nosotros no queremos que nos dejes*: en una de sus cartas explica Javier que sale de Malaca de noche para evitar las aglomeraciones de gentes que acudían siempre a despedirlo.

109 *kris*: arma blanca, especie de puñal.

110 *balidanga*: Balidanga es el nombre de una de las siete aldeas hermanas en la región india de Binpur: Rupai, Parasidanga, Baliguma, Balidanga, Kasidanga, Khoyerdanga y Shalkodanga. Pero no apuro el significado exacto que le da Vallejos.

111 *naja*: es voz sánscrita, sinónimo de serpiente: «Género de ofidios venenosos, al que pertenecen la cobra y el áspid de Cleopatra» (*DRAE*).

*una flauta, y, mientras con una mano comienza a tañer un ritmo monótono sobre dos o tres notas invariables, con la otra destapa el cestillo, del que se yergue al punto la cabeza chata y menuda de una serpiente. Todos en torno baten palmas y canturrean:)*

Mingaya  
dungaya  
petaya  
lahí, lahi, lahi,  
pengayaré,  
lahí, lahi, lahi,  
perampampuán  
lalaqué, lalaqué, babayé  
perampampué  
lahí, lahi, lahi,  
perampampuán  
perampampué<sup>112</sup>.

*(Se oye ruido en la puerta lateral.)*

PADRE FRANCISCO.— Vamos fuera, que viene el señor Gobernador. *(Al de la serpiente.)* ¡Guarda eso!

MALAYO CUARTO.— Pero ésta es para ti, para que no te muerda ninguna.

*(Se van con el Padre por el foro, mientras por el lateral entran don Álvaro y Diego Pereira.)*

DON ÁLVARO.— *(Con reticencia burlona.)* Por Dios, mi señor don Diego; vea... Vuestra Excelencia que éste no es lugar para recibir a un embajador de Su Alteza Fidelísima.

DON DIEGO.— El lugar no importa cuando el asunto apremia. *(Abre la carpeta, de la que saca unos pliegos.)* Leed la carta del señor Virrey.

DON ÁLVARO.— ¡Oh, guardad, guardad esos preciosos documentos! Podrían extraviarse en un lugar tan poco propio como esta especie de sollado<sup>113</sup> o bodegón de barco. ¿Y qué pensaría el señor Virrey de vos y de mí?

DON DIEGO.— *(Guardando los papeles.)* Decidme entonces a qué hora de esta mañana podréis recibirme en vuestro gobierno.

112 En la edición de El Siglo de las Misiones, el conjuro figura así, en unos versos que tratan de imitar el habla «de negros», mientras que en la original de 1923 la canción estaba en castellano: «Enrosca, / desenrosca / tu cola encendida, / tu lengua partida, / serpiente, / caliente, / ojo de fuego, / vuélvete ciego. / Luego, luego, luego».

113 *sollado*: «Uno de los pisos o cubiertas inferiores del buque, en la cual se suelen instalar alojamientos y pañoles» (*DRAE*).

DON ÁLVARO.— Os habéis presentado tan de improviso en Malaca que, ciertamente, en las casas de mi gobierno no tengo aposento digno del decoro de un embajador. Y fuerza es prepararlo antes.

DON DIEGO.— Pero, don Álvaro, ¡si es un momento no más! Si lo que me importa es llevarme cuanto antes al Padre Francisco.

DON ÁLVARO.— ¡Oh, mi señor don Diego! ¿Cómo puedo consentir que, una vez que os decidís a cruzar por este cabo del mundo, os deje pasar sin aposentaros y honraros como merecéis vos y vuestra altísima representación?

DON DIEGO.— Muy reconocido y obligado, amigo mío. Pero entiendo que a la vuelta de China habrá tiempo de sobra para que me agasajéis a toda vuestra voluntad.

DON ÁLVARO.— ¿A la vuelta de China? ¿Quién lo fía para tan largo? Vuestra embajada allá será cosa famosa. Cuando hayáis llegado, el emperador y todos los grandes y príncipes y mandarines se disputarán el favor de teneros por huésped. Os colmarán de riquezas. Cuentan que el trono del emperador es de oro macizo, y que el respaldo lo forma un sol de perlas y brillantes. Cuentan y no acaban.

DIEGO PEREIRA.— Sí; muchas leyendas hemos oído de ese país, pero nada se sabe a ciencia cierta.

DON ÁLVARO.— Pronto os será dado a vos saberlo... y aprovecharos. ¡Qué ocasión para un tan avisado mercader como vos!, ¿eh?

DIEGO PEREIRA.— Señor don Álvaro, mi oficio de mercader lo dejé en Goa cuando el señor Virrey me honró con esta altísima investidura inmerecida. Ambos oficios no sería honesto intentar compaginarlos.

DON ÁLVARO.— Me conmueve tal honradez sin ejemplo. ¿Y aún pretendíais pasar tan de largo por Malaca? Ah, mi señor don Diego; aquí el gremio de comerciantes y mercaderes es cosa corrupta. Un dechado como vos y un predicador como el Padre Francisco Javier son ángeles que Dios me envía para conmover y sanear las almas de mis súbditos. Sería pecado mortal que os dejara partir así como así. Creedme, don Diego; tornad a vuestra nave y descansad, mientras yo os preparo digno alojamiento en mi castillo.

DIEGO PEREIRA.— Señor Gobernador, otra vez os digo que lo agradezco, pero que no lo puedo aceptar. Tengo una misión que cumplir. Las cartas del señor Virrey me marcan las fechas del viaje; y, además, fuerza es aprovechar la calma del mar antes que la lluvia y los tifones hagan temeraria la travesía.

DON ÁLVARO.— Bueno, bueno. Tiempo habrá de medirlo y sopesarlo todo. ¿Recordáis nuestro encuentro hace unos meses en Santo Tomé?

DON DIEGO.— Lo recuerdo, señor don Álvaro.

DON ÁLVARO.— Dije entonces que os esperaba con impaciencia en mi gobierno de Malaca. No pensaba que iba a tener tan presto la fortuna

de teneros por huésped. Entonces empené mi palabra de agasajaros como merecíais. Ya comprenderéis que tengo que cumplirla.

DIEGO PEREIRA.— (*Impaciente.*) Os dispenso de ella. Y os pido que mañana sin falta nos dejéis partir.

DON ÁLVARO.— ¿Os interesan los marfiles? Acabo de comprar una buena colección. Pero ¿qué digo? Perdonad, don Diego, que se me olvidaba que estaba hablando con un señor embajador... Además allí... tendréis ocasión de negociar los más maravillosos marfiles que luego serán nuestro asombro y nuestra codicia.

DIEGO PEREIRA.— (*Le mira con extrañeza.*) Comienza a extrañarme vuestro lenguaje, señor don Álvaro. Os vuelvo a pedir que me digáis a qué hora me vais a recibir.

DON ÁLVARO.— (*Yendo hacia la puerta del foro.*) ¡Afortunado don Diego!

DIEGO PEREIRA.— (*Cortándole el paso e interponiéndose.*) ¿Me oís?

DON ÁLVARO.— (*Cambiando súbito de tono.*) No soy sordo, señor... embajador.

DIEGO PEREIRA.— Pues comenzáis a parecérmelo.

DON ÁLVARO.— Y vos hace rato que me estáis pareciendo a mí extrañamente torpe de entendimiento. Un embajador ante todo ha de ser avisado.

DIEGO PEREIRA.— ¿Qué queréis decir?

DON ÁLVARO.— Que vuestra famosa embajada ha terminado en este punto y hora.

DIEGO PEREIRA.— ¿Cómo? ¿Os atrevéis...?

DON ÁLVARO.— Me atrevo a recordaros que os ofrecí alojamiento en mi castillo, y lo vais a tener por una buena temporada.

(*Diego Pereira echa mano a la espada. Se reprime al punto con heroico esfuerzo.*)

DIEGO PEREIRA.— ¡No!... (*Otra vez en apremiante súplica.*) Don Álvaro, mirad que esto no es sino en servicio y honra de Dios, que es para nosotros sobre todas las cosas.

DON ÁLVARO.— Hacéis bien el oficio de fraile. Si no hubiérais mostrado tan excelentes dotes de mercader, juzgara<sup>114</sup> que habéis errado la vocación. Pero más bien me echo a creer que uno y otro se han juntado en vos a maravilla. Y así este negocio de la gloria de Dios os asegura de paso vuestra próspera fortuna. Es gran negocio ese de los chinas, ¿verdad?

DIEGO PEREIRA.— Dios es testigo que en todo esto no he dado un paso sino por su honra. Don Álvaro, en esa nave va toda mi fortuna. Cuanto tenía lo gasté en regalos para el emperador. No me queda más ni un reis. Pero si a vos os duelen las ganancias que en este viaje se pue-

114 juzgara: juzgaría.



dan hacer, ahora mismo os las cedo todas de antemano. ¡Venga pluma y papel! (*Don Álvaro le mira y sonríe con una risa impertinente que es el mayor agravio. Pereira palidece.*) Por fin descubriste lo que sois. A esto vienen a parar todas vuestras demoras y añagazas. ¿Y vuestro honor? ¿Y vuestra lealtad al rey? ¿Y cuando menos el respeto que debéis al nombre de vuestro padre, don Vasco de Gama? ¡Ah, si don Vasco alzara la cabeza!

DON ÁLVARO.— La gloria de mi finado padre está de sobra afianzada.

DIEGO PEREIRA.— (*Suplicante una vez más.*) Pero, don Álvaro, ¿se puede saber por qué...?

DON ÁLVARO.— (*Cerca del foro.*) Muy sencillo. Esa famosa embajada y ese famoso negocio de los chinos es para mí. ¿Lo entendéis de una vez? Para mí. Vos quedáis aquí a mi mandado y esa embajada se hará como y cuando a mí me plazca. (*Se va.*)

DIEGO PEREIRA.— (*Dobla la cabeza con abatimiento.*) ¡Pobre Padre Francisco!

(*Entra el Padre Francisco.*)

PADRE FRANCISCO.— Desde fuera se os oía debatir muy fuerte. (*Diego Pereira se le queda mirando.*) ¿Y qué? No, no me lo digas. Me basta verte.

DIEGO PEREIRA.— ¡Nada; todo por tierra! El honor del rey... el honor de Dios... ¡Y vuestros sueños, Padre... sueños! Es un traficante sin alma.

PADRE FRANCISCO.— ¡Ay! ¡Me lo daba el corazón! (*Se echa en los brazos de su amigo en un arranque de amor.*) ¡Y tú arruinado... Diego! ¡Te he arruinado yo!

DIEGO PEREIRA.— No quiere ver en todo esto más que un negocio mío, un gran negocio. Se le ha despertado la codicia y quiere que sea para él. Dice que vos podéis partir cuando os plazca.

PADRE FRANCISCO.— ¿Pero no le dijisteis que yo solo no puedo hacer nada? ¿Que no puedo entrar porque me matarán o me expulsarán en el mismo punto? ¿Que únicamente a favor de esa embajada podremos predicar la ley de Dios?

DIEGO PEREIRA.— Todo eso le dije, pero se ríe de la ley de Dios y de toda ley. Dice que un mercader no entiende de esas razones. Por la codicia de un collar mató a Alfonso. Por la codicia de un puñado de escudos, Ataíde es capaz de vender su alma al diablo.

PADRE FRANCISCO.— ¡Ay, amigo del alma! ¿Por qué no tendrán todos el corazón como tú? Jesús mío, me llamas desde China hace mucho tiempo y la codicia de los hombres me cierra el camino. Y yo entretanto preso aquí, me desgarró y me consumo en este afán. Con esta ansia<sup>115</sup>, cada vez más grande, me has traído hasta las puertas de China; y ahora... ¿me vas a dejar aquí, viéndoles morir para que sea mayor mi tormento? No me des castigo tan horrible. No te pido

115 *esta ansia: entiéndase este ansia.*

descanso ni galardón. ¡Sólo te pido almas! ¡Almas! Oigo sus voces; me traspasan las entrañas; ¡qué angustia, Dios mío! (*Se vuelve repentinamente a Pereira.*) Perdóname, Diego, este egoísmo de mi dolor. Te he arruinado y ni siquiera me acuerdo de darte consuelo. Así soy de mezquino. Olvídame. Huye de esta tierra maldita.

DIEGO PEREIRA.— ¿Huir, Padre?

PADRE FRANCISCO.— Huye, amigo del alma. El verte me acrecienta el dolor. Tu ruina me acosa. Huye... y no te acuerdes más de mí. Olvídame.

DIEGO PEREIRA.— Por Dios, Padre, no me hagáis sufrir. ¿Cuántas veces os dije que todas mis cosas vuestras eran? Pues ved que llegó la hora de demostrarlo. Soy contento de que Dios me pida este sacrificio.

PADRE FRANCISCO.— (*Coge las manos de Pereira y, sin que éste lo pueda evitar, las besa diciendo:*) ¡Bienaventurado tú, que tienes corazón!

DIEGO PEREIRA.— (*Retirando rápido las manos.*) Y al cabo, consolaos, Padre mío. Grande campo os da Malaca para vuestro celo.

PADRE FRANCISCO.— No. Éstos tienen quien les predique y les enseñe y les salve. Pero aquéllos... (*Queda unos instantes sumido en la aflicción del recuerdo. Con la mirada en el crucifijo.*) No puedo más, Jesucristo, Señor. ¡Quítame la vida para tanto dolor! (*Aunque todo este apóstrofe es muy exaltado, apártese del Santo todo ademán fingido, declamatorio, artificioso; que sólo resalte en sus palabras la intensidad del divino amor.*) Pereira, ¿no te abrasa a ti el alma? ¿No te abrasa este fuego?

¿No te abrasa este fuego en que me abraso yo?

¡Don Álvaro de Ataide, no me lo niegues, no!

¡Mira cómo me aguardan cientos, cientos y cientos!

¡Mira cómo me piden pan para el alma, hambrientos!

¿No escuchas cómo llega la voz de esas montañas?...

¡Ay, mísero don Álvavo, tú no tienes entrañas!...

... ¡Hijos que Dios me ha dado, hijos del alma mía, mi vida es sin vosotros una horrible agonía...!

(*Con súbita resolución.*)

¡Oh, Dios, este martirio ha de acabarse hoy!

¡No espero más! ¡No puedo! ¡Hijos míos, ya voy!

Puesta en Dios mi esperanza<sup>116</sup>, comenzaré mi viaje;

si nadie en sus navíos me quiere dar pasaje

las olas compasivas me dejarán pasar<sup>117</sup>.

116 *Puesta en Dios mi esperanza*: las dos notas más destacadas del carácter de San Francisco Javier, que apreciamos reiteradas al leer sus cartas, son la voluntad de servicio a Dios (ir allí donde *más y mejor* tarea se pueda hacer) y, para ello, una confianza absoluta en el Señor.

117 *si nadie en sus navíos me quiere dar pasaje / las olas compasivas me dejarán pasar*: estas palabras son una muestra bien expresiva de la inquebrantable resolución de Javier de pasar a la China y de lo ilimitado de su confianza en Dios.

Y pasaré a pie enjuto por en medio del mar.  
Saltaré las murallas. Con el fuego que llevo,  
en esa tierra helada, he de encender un nuevo  
mundo de serafines, almas de fuego y luz.  
Y en medio de las llamas, tu cruz, Señor, tu cruz.  
Entonces será el vero<sup>118</sup> Imperio del Sol Naciente.  
Los reinos de Europa mirarán hacia Oriente.  
Preguntarán: ¿De dónde sale ese resplandor?  
Yo podré responderles: Es un volcán de amor<sup>119</sup>...  
Horno de llamas vivas que ahora hierve en mi pecho,  
mi pecho se deshace... es mezquino... es estrecho...  
y hasta mis mismos huesos me los devora ya...  
¡Cristo, amor de mi alma, llévame pronto allá!

*(Fatigado y suspenso unos instantes, vuelve a su desolación.)*

Mas sí, por mis pecados,  
Tú no quieres que vea mis sueños alcanzados,  
que hoy mismo este hervidero del corazón reviente,  
que mi sangre caliente  
caiga sobre la China como lava encendida,  
que ella lleve las ansias postreras de mi vida;  
como la lava ardiente todo lo abrasará.  
¡Oh, Señor!... ¡Señor, mira cómo arde este volcán!

*(Con ímpetu se desabrocha la sotana junta al pecho y permanece en ese ademán extático en que se le ve en las más viejas pinturas<sup>120</sup>.)*

DIEGO PEREIRA.— *(Cayendo de rodillas.)* ¡Dios mío! ¡Quítamelo todo con tal de que no me apartes de este serafín!

PADRE FRANCISCO.— *(Tras unos instantes, como quien sale de un sueño.)* ¡Pereira! *(Se alza Pereira rápido.)* ¿Qué hacías de rodillas? *(Volviendo al doloroso recuerdo.)* ¡Ah, mi querido Diego, te he arruinado con mi locura; vete, vetel!

DIEGO PEREIRA.— Nunca más, Padre. He decidido ir con vos hasta el cabo del mundo.

PADRE FRANCISCO.— No; vete. El verte acrecienta mi angustia. Dirán todos

118 *vero*: verdadero.

119 *volcán de amor*: es el título de la pieza; más adelante dice: «la sangre de Cristo, imi volcán de amor...!»; y véanse además las últimas palabras de la obra.

120 *ese ademán extático en que se le ve en las más viejas pinturas*: es decir, con la mirada soñadora elevada al cielo y la sotana entreabierto para recibir las consolaciones divinas (véase nota *supra*). Desde este momento se multiplican las imágenes relacionadas con ese fuego real y metafórico que le abrasa cuerpo y espíritu (*llama, fiebre, arder, abrasar, volcán*, etc.).

con razón que ha sido mía la culpa. Vete, Pereira. ¿No ves cómo sufro?

*(Diego Pereira por toda respuesta le coge las manos y se las besa con efusión. Entra por el foro Duarte, apresurado y violento, con el puño en la espada. Se queda de una pieza al ver llorando al Padre Francisco.)*

DUARTE.— *(Con ruda franqueza.)* ¿Qué es esto, Padre? ¿Por qué lloras?

PADRE FRANCISCO.— *(Procurando serenarse.)* ¿Tú, aquí? ¿No te ha dicho Antonio que no salieras del barco?

DUARTE.— Díjome. Pero eso mismo me ha hecho venir más deprisa. Padre, perdonadme la desobediencia, pero dábame el corazón que hoy había de pasar algo. Y va a pasar. ¡Por Cristo que va a pasar! *(Husmea con la mirada en derredor.)*

PADRE FRANCISCO.— *(Severo.)* Vuélvete al barco ahora mismo. Piensa que estamos en los dominios de don Álvaro; que no te vea nadie.

DUARTE.— ¿Pero no seguimos ruta esta tarde? *(Pereira deniega con la cabeza.)* ¿Por qué?

PADRE FRANCISCO.— ¿No ves estas lágrimas? Vete, no preguntes más. *(Algunos de los que andaban por fuera se han parado sorprendidos al ver llorar al Padre.)*

DUARTE.— ¡Malpocado quien te hizo llorar! ¡Ése va a llorar sangre! Seca esas lágrimas, Padre.

PADRE FRANCISCO.— Déjame que llore. ¡Se me mueren, se me pierden mis hijos sin poderles valer!

DUARTE.— Sí podrás, Padre. Yo te lo juro por todo lo que ese hombre me hizo pecar en mi vida mala. *(Bajando la voz, en súplica.)* ¡Padre Francisco, no llores, que te están mirando!

PADRE FRANCISCO.— *(Irguiéndose.)* Que me vean; que sepa todo Malaca que lloro por mis hijos perdidos. Dios me dio hijos más que las estrellas<sup>121</sup> y se me pierden sin remedio, ¿y no he de llorar? *(Irá avanzando hacia el foro poco a poco.)* Lloro por mis hijos de China como llorabas Tú, Señor, por los tuyos de Jerusalén.

*(Se va. Los mercaderes le abren paso con respeto y desaparecen. El Padre Francisco, lento, indeciso, apoyándose en los hombros de Diego Pereira, se acerca al pretil del muelle, donde queda unos momentos a vista del público, absorto en la lejanía. Desaparece luego. Duarte se ha parado en el mismo dintel<sup>122</sup> y le sigue con los ojos.)*

DUARTE.— ¡Esto es corazón, Dios! ¡Hasta yo comienzo a sentir algo aquí! *(Golpéase el pecho. Entra don Álvaro por la puerta lateral.)*

121 *Dios me dio hijos más que las estrellas*: ponderación hiperbólica de sabor bíblico.

122 *dintel*: en realidad, quiere decir *umbral*; es confusión usual.

DON ÁLVARO.— (*Respirando con satisfacción.*) ¡Ya se fueron!

DUARTE.— (*Se vuelve rápido.*) Pero quedo yo.

DON ÁLVARO.— ¡Ah! ¿Eres tú? (*Echa mano a la espada.*)

DUARTE.— (*Mirándole con irónico desprecio.*) El mismo en carne y hueso, mi señor don Álvaro.

DON ÁLVARO.— (*Irónico.*) Bienvenido. Vive Dios que tenía gana de echarte la vista encima.

DUARTE.— (*Cachazudo.*) ¿La vista nada más, mi señor don Álvaro?

DON ÁLVARO.— De lo demás se encargará mi gente.

DUARTE.— Con mi licencia, por supuesto.

DON ÁLVARO.— Eres audaz, a fe.

DUARTE.— ¿Ahora se entera vuesa señoría? Yo también tenía ganas de volverle a ver. Fue nuestra separación tan... repentina. Le anduve esperando por el muelle de Santo Tomé... la noche aquella de su gloriosa hazaña. Pero ya había vuesa señoría embarcado. ¡Gloriosa hazaña!, ¿eh? ¡Lástima que aquel brahmán no se la supiera agradecer y se quedara vuesa señoría en fin de cuentas sin el famoso collar! Ellos no entienden de estas cosas de caballeros.

DON ÁLVARO.— (*Le mira lívido; se esfuerza por aparentar tranquilidad y dominio de sí.*) ¿De suerte que vienes desde Goa a verme?

DUARTE.— Desde Goa por ver a Su Excelencia. Acabo de llegar ayer tarde en la nave del señor Diego Pereira y me ha faltado tiempo para venir a encontrar a vuesa señoría, como cumple a un servidor agradecido.

DON ÁLVARO.— Pues yo no quiero serlo menos. Voy a mandar hospedarte como mereces.

DUARTE.— Siento mucho que vuesa señoría se quede por esta vez sin cumplir su generoso deseo. Pero es el caso que continuamos viaje esta tarde.

DON ÁLVARO.— (*En tono de mofa.*) ¿Con el señor embajador, tal vez?

DUARTE.— Con el señor embajador y con el Padre Francisco, por si vuesa señoría aún no está informado.

DON ÁLVARO.— Veo que no has prosperado mucho con el cambio de librea. Sigues siendo un pobre diablo. El señor embajador se ha olvidado de comunicarte, por lo visto, sus últimos propósitos, y voy a hacerte sabedor de ellos. Ha cambiado de modo de pensar. Ha decidido pasar una temporada en este castillo; y claro está que tú tendrás que acompañarle. Ya sabes que hay allá arriba espacio y acomodo para todos.

DUARTE.— ¿Fuisteis vos quien le invitó, sin duda?

DON ÁLVARO.— Le tenía invitado de tiempo atrás. Y a fe que he tenido un regocijo particular al poder cumplir mi palabra.

DUARTE.— No nos coge de sorpresa, señor don Álvaro. En cambio vos tal vez no contarais con que pudiéramos encontrarnos fuera de vuestra fortaleza; por ejemplo... aquí, mano a mano, sin testigos.

DON ÁLVARO.— ¡Oh, sí, querido Duarte! Ya sabes que nunca peco de falta de previsión. ¿No has visto por ahí fuera al sargento Carvalho?

DUARTE.— Debéis aconsejarle que cuide mejor de vos. Yo sí le vi, pero ni él ni los de vuestra ronda me han visto entrar aquí. (*Don Álvaro hace ademán de asomar fuera. Duarte se le interpone.*) ¡Quieto, don Álvaro, ni un paso, ni un gritó!

DON ÁLVARO.— (*Deteniéndose.*) Veo que con mi servicio dejaste la buena crianza. ¿Acostumbras a mandar así al señor embajador? (*Duarte le reta con la mirada.*) ¿Qué significa esto?

DUARTE.— Que nuestras cuentas las vamos a arreglar a solas. Cara a cara.

DON ÁLVARO.— Para insolencia ya basta. ¿Has olvidado que soy el Gobernador?

DUARTE.— He olvidado todo, menos que tenemos unas viejas cuentas que saldar. (*Don Álvaro intenta de nuevo ir hacia la puerta, y de nuevo Duarte le cierra el paso.*) ¡Fuera esa espada, pronto!

DON ÁLVARO.— (*Lívido.*) ¿Yo cruzar mi espada con un rufián?

DUARTE.— Defendeos, si no queréis que os ensarte, ¡vive Dios! (*Don Álvaro desenvaina y se apresta a la lucha.*) Así os quería. Esta tarde, pese a vos, embarcamos.

DON ÁLVARO.— ¿Pese a mí?

DUARTE.— Pese a vos, porque ahora mismo vais a dar cuenta a Dios de vuestra ánima condenada.

*(Le ataca. Don Álvaro se defiende hábilmente. Un instante hay un violento choque de espadas. Don Álvaro comienza a perder terreno; Duarte le acorrala sin piedad. Entra el Padre Francisco.)*

PADRE FRANCISCO.— ¡Paz, hermanos! (*Se interpone entre los dos.*)

DUARTE.— (*Con rabia.*) ¡Déjame, Padre!

PADRE FRANCISCO.— ¡Nunca! ¡Es tu hermano! (*Le coge el brazo que empuña la espada.*)

DUARTE.— Eso le dijisteis a él cuando mató a Alfonso.

PADRE FRANCISCO.— Hay que perdonar. Hay que olvidar.

DUARTE.— ¿Y olvidaréis también que os impide ir a China?

PADRE FRANCISCO.— También. No se puede ir allá por caminos torcidos. Si el comienzo de nuestra jornada había de ser un charco de sangre, nunca sea.

DUARTE.— ¡Pero, Padre...!

PADRE FRANCISCO.— Hijo mío, Dios proveerá. Y ahora tú vuélvete al barco. Te lo mando. Déjanos solos a don Álvaro y a mí.

DUARTE.— (*Aún se resiste.*) ¡Pero, Padre...!

PADRE FRANCISCO.— (*Severo.*) Obedéceme. (*Duarte le besa de rodillas la mano y se va.*) Don Álvaro... y ahora... ¿tampoco me querréis escuchar?

DON ÁLVARO.— Sí, Padre; pero es que estoy tan de prisa...

PADRE FRANCISCO.— Oh, no temáis. Acabo enseguida. Voy a contaros una breve historia: Había un joven de linaje real<sup>123</sup>, criado con el mayor regalo. Prefirió en su mocedad las letras a las armas<sup>124</sup> y acabó sus estudios de Humanidades y Filosofía en la Sorbona, la Universidad más famosa del mundo. Se le aficionaron los maestros, y con el ánimo de hacerle presto un lugar en aquel senado de sabios, le dieron la encomienda de una cátedra muy honrada<sup>125</sup>. Estaba el joven aquel en la aurora de una vida esplendorosa; su casa le daba prosapia; honra y fama la cátedra, y el mundo toda suerte de halagos. Y aquel hombre, en bullicio tan próspero, oyó un día una voz misteriosa que le llamaba de lejos, y lo dejó todo por seguirla. Le llamaba Cristo. Le mandaba ir a tierras del Oriente remoto para enseñar a unas gentes bárbaras su nombre y su cruz. El joven misionero lo dejó todo. Era su misión tan excelsa, que el Papa, antes de partir, le estrechó y le bendijo; y le bendijeron los reyes de la cristiandad, y los cortesanos y todas las gentes que le veían le abrían paso con veneración.

DON ÁLVARO.— Pero, Padre, no veo...

PADRE FRANCISCO.— Termino ya. El misionero se dio a la mar, dichoso porque le llamaba Dios y anhelando llegar al cabo de su viaje. ¡Qué grandes esperanzas! ¿Quién se había de oponer al paso de Jesucristo? Navegó años por los mares más revueltos, en medio de todos los peligros. Ya llegaba. Sólo le separaban de aquellos nuevos hijos casi fabulosos unas millas de mar. Ya casi escuchaba sus voces; ya les tendía los brazos; y he aquí que un hombre...

DON ÁLVARO.— (*Con turbación.*) Bien, pero... ¿Adónde vais con esa historia?

PADRE FRANCISCO.— (*Urgiendo.*) Un cristiano...

DON ÁLVARO.— Os digo que no tengo tiempo para escucharos más.

PADRE FRANCISCO.— (*Con súbita energía.*) Don Álvaro, miradme a la cara. (*Don Álvaro baja rápido los ojos.*) Miradme a los ojos... ¿Por qué no os atrevéis? ¿Sois vos acaso? ¿Sois vos el que se alza entre el misionero y sus hijos y le arrebató la hacienda de Cristo?

DON ÁLVARO.— (*Torpe.*) No... yo... no...

PADRE FRANCISCO.— (*Con alborozo.*) ¡Ah! Si decía yo que no podía ser, que eso sólo lo haría Satanás. Vos no. ¿Verdad que me dejaréis partir hoy mismo para China?

123 *Había un joven de linaje real*: aquí habla Javier, en tercera persona, de sí mismo.

124 *prefirió las letras a las armas*: el binomio de «las armas y las letras» constituye un motivo frecuente en los textos clásicos; baste recordar el famoso discurso de don Quijote sobre esta materia en la inmortal novela cervantina.

125 *una cátedra muy honrada*: en 1529 Javier obtuvo en París el grado de bachiller y en 1530 el de Maestro en Artes. Después empezó su doctorado en Teología y trabajó seis años como profesor de Teología en el Colegio de Beauvais.

DON ÁLVARO.— Sí, Padre, si ya os tengo dicho que a vos sí... Que mañana mismo, si queréis...

PADRE FRANCISCO.— (*Atajándole en su júbilo.*) Gracias, señor don Álvaro. Corro a decírselo a Diego Pereira, mi pobre amigo. Sin duda él no os oyó tan bien como yo y está muy afligido creyendo que estorbáis la embajada. Si en algo os ofendieron sus palabras, achacadlo a su amargura. ¡Estaba tan desconsolado! Le perdonáis, ¿verdad?

DON ÁLVARO.— Es que me habéis entendido mal.

PADRE FRANCISCO.— ¡Ah!, ¿fuisteis vos quien se mostró duro con él? No importa; Diego es tan generoso, que yo os prometo su perdón desde ahora.

DON ÁLVARO.— No... no es eso... quiero decir que vos, sí... cuando queráis podéis partir... pero el señor Diego Pereira... no puede ir allí.

(*El Padre Francisco se le queda mirando. Hay unos instantes de terrible silencio.*)

PADRE FRANCISCO.— (*Con una calma imponente.*) ¿Y quién se lo impide si lo quiere Dios?

DON ÁLVARO.— El rey nuestro señor, para cuyo servicio le necesito aquí.

PADRE FRANCISCO.— El rey le manda llevar a China la embajada y que no se demore. Bien lo sabéis, don Álvaro. Y quien mintiendo<sup>126</sup> servicio del rey impide el servicio de la gloria de Dios, es dos veces traidor, a su Dios y a su rey.

DON ÁLVARO.— Yo sólo impido el negocio de Diego Pereira. Vos podéis partir enhorabuena.

PADRE FRANCISCO.— ¿Pero no veis que eso es mandarme a China atado y amordazado? ¿Que sin la embajada de Diego Pereira ni podré entrar en aquel país ni mucho menos predicar ni bautizar? ¡Oh! ¡No lo haréis, por Jesucristo crucificado!

DON ÁLVARO.— Eso no es de mi cargo.

PADRE FRANCISCO.— ¿Cómo que no es de vuestro cargo? Don Álvaro de mi vida, antes que nada, ¿no sois cristiano? ¿Nunca escuchasteis la voz de Cristo clavado en la cruz? ¡Aquí le tenéis! (*Muestra el crucifijo.*) Miradle, señor. Por estas cinco llagas está derramando toda su sangre, ¿y sabéis por quién? Por ellos. Por esos cuitados<sup>127</sup> que se pierden si yo no voy. Y ahora no me lo digáis a mí; decidle a Él que os gozáis en hacer que su pasión y su cruz sean baldías. Decidle que es en vano que Él se levante sobre la cruz, porque vos os pondréis delante...

DON ÁLVARO.— Yo no estorbo a Dios...

126 *mintiendo*: fingiendo, simulando.

127 *cuitados*: desdichados, infelices.



PADRE FRANCISCO.— Vos malbaratáis la sangre de Dios... ¡Ay de vos, infeliz, si un día Jesucristo, cansado...!<sup>128</sup>

DON ÁLVARO.— Si yo no impido a Dios... si no quiero impedir nada. Pero... Pereira...

(*Se oye el tambor que sonó al principio del acto y voces.*)

VOCES.— ¡A la subasta! ¡A la subasta!

(*Don Álvaro se impacienta e inicia la salida. El Padre Francisco le retiene de la manga.*)

PADRE FRANCISCO.— Reconciliaos con Diego Pereira. Perdonadle si os enojó... Mirad, señor; por esta empresa de China Jesucristo da toda su sangre. Vos, ¿no le daréis a Él el perdón de vuestra ofensa? Por muy grande que haya sido, ponedla a los pies ensangrentados de Cristo y ved si queda algo de ella. Demos todos algo por esa caridad de Cristo; yo, en mi miseria, le doy mi vida, mi sangre de pecador; Diego Pereira toda su hacienda. Dad algo vos también para que todos tengamos parte en la gloria que Dios nos guarda. Dais el perdón, señor, ¿verdad que sí?

VOZ LEJANA.— (*Pregonando.*) Marfil de Socotora, diez libras.

OTRA VOZ.— ¡Yo doy trescientos pardaos...!

OTRA.— ¡Van cinco más!

OTRA.— ¡Van trescientos veinte!

DON ÁLVARO.— (*Repentino.*) ¡No! ¡A la subasta! ¡Dejadme! (*Se lanza hacia el foro, pero aún le detiene ansioso el Padre Francisco.*)

PADRE FRANCISCO.— Por caridad, decid antes que sí.

VOZ LEJANA.— ¡Un collar de Guzarate! Trescientos pardaos.

DON ÁLVARO.— ¡Dejadme os digo!

(*Se arranca y sale. El Padre Francisco se le queda mirando en actitud desolada. Hay unos instantes de patético silencio.*)

PADRE FRANCISCO.— Me he ensañado contra él y no ha sido él... son mis pecados<sup>129</sup>. ¡Necio de mí! (*Al Santo Cristo que sostiene su mano.*) ¡Llegué a crearme digno de que Tú, Señor, me eligieras para lo que solamente elegiste a tus doce Apóstoles! ¡Yo nuevo Pablo<sup>130</sup> y hecho

128 *¡Ay de vos, infeliz, si un día Jesucristo, cansado...!*: en sus últimas cartas, Javier reitera su preocupación por el destino final de Ataíde.

129 *son mis pecados*: en otra de sus cartas a Diego Pereira, Javier confiesa humilde que no es la malvada oposición de Ataíde, sino sus propios pecados, lo que ha hecho fracasar la embajada.

130 *nuevo Pablo*: es frecuente comparar a San Francisco Javier con el Apóstol San Pablo, por su ingente labor misional.

un muladar! ¿Hay orgullo, hay vileza mayor? No es don Álvaro, es el muro de mis pecados el que me corta el camino. ¡Por mí se pierden, Dios mío!... *(El brazo que sostiene el crucifijo se le desmaya.)* ¡Apártate, Amor de mi alma! ¡No me atrevo a mirarte...! Pero, ¿adónde iré sin Ti? ¡No puedo vivir más...! Todo lo abandoné, Divino Salvador, por venir a buscarte almas en estas tierras, y ahora... mis pecados me apartan de Ti... ¡Señor..., luz de mi alma! ¿También Tú me vas a desamparar? Vete, Señor, pero dime a dónde me he de volver y dime qué he de hacer con este fuego que me abrasa el alma... ¡que Tú encendiste para abrasar el mundo...! Estrellas del cielo por donde me miraban sus divinos ojos, ¡apagaos! ¡Ya no le veré más! Voces de las aves y de los vientos y de las olas del mar, ¡ya no me repetiréis más las palabras que Él os decía para mí!... Y pues de nada me sirven ya, quítame, Señor, los ojos, y déjame ciego, sordo, mudo; y quítame esta vida que es un martirio sin Ti.

*(Comienza a oscurecerse la estancia.)*

¡Ay! La vista se me nubla, me faltan las fuerzas.

*(Desfallecido busca un sostén, da varios pasos y se apoya por fin en un tabor y queda en el proscenio, a la derecha.)*

¡Jesús...! *(Se ha oscurecido.)* ¿Es que me quieres llevar ya?

*(Vuelve al punto a iniciarse una vaga penumbra en la que se perfilan los montes descarnados de Javier, y al fondo el castillo. Francisco mira con estupor.)*

¿Qué es esto? ¿Dónde estoy...? Esos montes...

Esos montes... esa sierra...

esa barranca... ese río...

¿Si será que mi alma yerra

en el postrer desvarío?...

Pero esos montes... Dios mío...

¡Esa es mi tierra!... ¡mi tierra!...

¡Oh, el castillo...! Dulce hogar

de mi familia perdida...

*(Contempla con pasmo. Todo va pasando en una bruma inexplicable. Ahora es la capilla, diminuta y devotísima, casi empotrada en la piedra maciza del muro, que una tronera profunda asaetea con su cárdena luz.)*

¡Oh, la capilla... el altar...!

¿Qué quieres, sombra querida?

¿Vienes a ahondar sin medida

la amargura de este mar...?

... ¡Si estás Tú también ahí,  
mi Señor crucificado...!  
¡Rostro triste y afrentado!  
¿Por qué me miras así,  
¡oh, Amado!,  
a cuyo amparo viví?  
¿Qué quieres, qué quieres? Di...  
Señor, si de tanto duelo  
Tú mi lauro no has de ser,  
no me des otro consuelo;  
fuera de Ti nada anhelo,  
ni el castillo de Javier,  
ni las delicias del cielo.

.....

*(Un halo rojizo comienza a envolver la cruz.)*

¡Ay, qué triste resplandor!  
¡Qué agonía! ¡Qué congoja!

*(Advierte con espanto que la sangre corre por la imagen.)*

¡Ay, qué sangre!... ¡Sangre roja!  
¡Sangre de mi Redentor!  
¿Qué nuevo y mortal sudor  
tu sangre del cuerpo arroja?

*(Con inmenso pasmo.)*

¿Tú sudar sangre, Señor?

*(Queda extático<sup>131</sup> un instante en la contemplación del prodigio.)\**

.....

*(Pausa grande.)*

¡Ay! ¡Es que oyes los balidos  
que llegan hasta tus pies  
de los corderos heridos  
del<sup>132</sup> fiero lobo montés!

131 *extático*: en éxtasis.

\* Recojo en este pasaje la tradición del sudor de sangre que sudó el milagroso Cristo moribundo del Castillo de Xavier, los viernes del último año de la vida del Santo. [Nota del autor]

132 *del*: por el.

¡Ay! ¡Son mis hijos queridos  
que en riesgo de muerte ves  
sin ojos y sin oídos...!  
Nada importa a mis hermanos  
que se pierdan tus ovejas  
en estos reinos lejanos;  
esclavos de afanes vanos,  
ellos desoyen tus quejas.  
Tú, en tanto, expirante, dejas  
que esa sangre de tus manos  
vuelva las piedras bermejas.

*(Tras un momento de silencio, se alza con soberano arranque.)*

Señor, tus penas atroces  
cesen ya. No más poner  
a tu llamada divina  
oídos de mercader.  
Otra vez oigo las voces...  
¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Es la China...!

*(La figura del Santo se ilumina con un nimbo sobrenatural.)*

Ya voy, hijos míos, los que Dios me diera.  
Ya voy, que no sufre mi alma más espera.  
Salid a los muros de todos los puertos,  
lleva vuestro Padre los brazos abiertos...  
Salid a las playas y os dirán las aves  
que mar adelante ya llegan las naves.  
Y cuando de lejos diviséis sus quillas,  
¡hijos de mi alma!, hincad las rodillas.  
Se acerca al imperio vuestro Emperador:  
la sangre de Cristo, ¡mi volcán de amor...!<sup>133</sup>  
¿Qué más pedir, Señor, si estás conmigo?  
¿Si, mientras por tu gloria me fatigo,  
el corazón presente  
que Tú entretanto, de la cruz pendiente,  
sudás sangre en mi ayuda?  
Los hombres me han dejado  
en jornada tan ruda  
solo y desamparado;  
mas ¿qué importa, si amor basta a quien ama  
y yo, Señor, y yo soy una llama?

133 *mi volcán de amor: véase nota supra.*

No me mueve, mi Dios, para quererte<sup>134</sup>  
el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno, tan temido,  
para dejar por eso de ofenderte.  
Tú me mueves, Señor; muéveme el verte  
clavado en una cruz y escarnecido,  
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,  
muévenme tus afrentas y tu muerte.  
Muéveme, en fin, tu amor en tal manera,  
que aunque no hubiera cielo yo te amara  
y aunque no hubiera infierno te temiera.  
No me tienes que dar porque te quiera,  
pues aunque lo que espero no esperara,  
lo mismo que te quiero te quisiera.

TELÓN

## *Volcán de amor*

### Epílogo

Acaban estas escenas en la isla de Sanchón<sup>135</sup>, extrema atalaya de donde no les era dado pasar a los osados navegantes y mercaderes portugueses. Desde ella, a muy pocas millas, se divisaban las costas de la China hermética. Convencido de que Álvaro de Ataíde no consentirá que prospere jamás el negocio de la embajada, el Padre Francisco se lanzó a la empresa en el junco de unos mercaderes<sup>136</sup> y arribó a esta playa yerma donde aguarda, un día y otro, la posibilidad de dar el salto a la tierra prohibida.

*Mirando al continente se abre la bahía donde el Santo vivió los tres últimos meses en un perpetuo afán. Una punta de la playa se adelanta*

- 134 Culmina este tercer acto líricamente con la inclusión del famoso soneto «No me mueve, mi Dios, para quererte...», de autoría incierta, aunque muchas veces se ha atribuido a San Francisco Javier. Hoy hay que tenerlo más bien como anónimo. El soneto expresa la teoría del puro amor de Dios.
- 135 *isla de Sanchón*: Sancían o Sanchán, frente a las costas de Cantón, China (ya queda nota *supra*).
- 136 *en el junco de unos mercaderes*: en realidad, Javier llegó a Sanchón en la nave *Santa Cruz*, propiedad de Diego Pereira, aunque con una tripulación formada en su mayor parte por gente de Álvaro de Ataíde. En Sanchán sí había concertado con un mercader chino su paso al continente, pero no apareció.

*hacia el mar. A la derecha emerge de la arena una roca donde el Santo se reclinará en sus postrimerías.*

*Sentado junto a la roca, un pescador chino acaba de remendar sus redes. Entra otro pescador llevando al hombro varios trebejos de pesca.*

PESCADOR 1.º.— (*Entrando.*) ¿Aparejaste las redes?

PESCADOR 2.º.— Mal las dejó el huracán.

PESCADOR 1.º.— ¿Te falta mucho?

PESCADOR 2.º.— Ahora acabo.

PESCADOR 1.º.— Pues ahora mismo a embarcar.

PESCADOR 2.º.— ¿No viene el Padre Francisco?

PESCADOR 1.º.— Ya le aguardamos de más.

Mira esa nube. De nuevo  
se está encabriendo<sup>137</sup> el mar;  
si no embarcamos aprisa  
otra vez el temporal...

PESCADOR 2.º.— No lo mientes.

PESCADOR 1.º.— Mal avío  
nos aguarda.

PESCADOR 2.º.— Vamos ya.

¿Y las naves portuguesas  
se atreverán a zarpar?

PESCADOR 1.º.— Bravos remos necesitan.

PESCADOR 2.º.— Y más bravo capitán.

¿Y la que entró amanecido?

PESCADOR 1.º.— ¿No la has visto cómo está?

Tres días de lucha a muerte  
entre el mar y el vendaval.

Trae los mástiles rotos;  
las velas trizas, y a más<sup>138</sup>

el gobernalle partido  
de un bajío<sup>139</sup> de coral.

La dejan sus tripulantes  
y hoy se van<sup>140</sup>.

PESCADOR 2.º.— ¿Y el Padre Francisco?

137 *encabriendo*: *encabrir* es «Hacer cabrillas el viento en el agua del mar» (*DRAE*), en alusión a las pequeñas olas espumosas que se forman en su superficie cuando empieza a agitarse.

138 *a más*: además.

139 *de un bajío*: entiéndase *por un bajío*.

140 *y hoy se van*: estas palabras quedan como un verso corto en un pasaje de octosílabos (romance).

PESCADOR 1.º.- ¡Triste  
Padre Francisco! No más  
hace tres días, de hinojos  
me pedía: «¡No os vayáis!»

PESCADOR 2.º.- Es duro trance dejarle  
enfermo en este arenal.

PESCADOR 1.º.- ¡Enfermo y solo! Aun con fiebre  
se obstinaba en embarcar.

PESCADOR 2.º.- ¿Lo llevamos?

PESCADOR 1.º.- Imposible  
llevárnoslo así. Quizá  
sea por su bien y el nuestro  
que no vaya.

PESCADOR 1.º.- Era harto audaz  
esta aventura.

PESCADOR 1.º.- Yo siempre  
temí que finara<sup>141</sup> mal.

*(Llega aprisa Duarte con un hato de ropa al hombro, pendiente de la punta de la espada.)*

DUARTE.- Pescadores, por piedad,  
ese buen Padre Francisco,  
¿está aún aquí, partió ya?

PESCADOR 1.º.- Está aún aquí.

PESCADOR 2.º.- ¿Queréis verle?

DUARTE.- Antes con antes.

PESCADOR 1.º.- Mirad,  
ahí vienen nuestros hijos,  
vienen de verle. *(Llamándoles.)* ¡Li! ¡Vang!

DUARTE.- ¡Gracias, Dios mío! Ya es hora  
que premies su santidad.  
Traigo nuevas que han de darle  
consolación sin igual.  
Anoche la nao iba  
dando tumbos por el mar;  
todos temblaban de espanto,  
no era fuerte el capitán  
a tener el gobernalle.  
La borrasca, el vendaval,  
las olas que nos sorbían  
a lo hondo, podían más.

Yo iba sereno. Sabía  
que el Padre aguardaba acá  
las buenas nuevas que traigo...  
¡Ya pasó la tempestad  
y también pasó don Álvaro!  
¡Pereira viene detrás!

*(Se oye la algarabía de los niños que vienen.)*

PESCADOR 1.º.— Va a haber tormenta.

DUARTE.— No importa;  
nada podrá el huracán.

*(Entran los niños.)*

PESCADOR 1.º.— ¿Qué, visteis al Padre Francisco?

VEN-TI.— *(Malhumorado.)* Antonio no quiso dejarnos entrar.

YAO-VANG.— ¡Está más arisco...!

KAO-TSEN.— Dice que  
barrunta nuevo temporal,  
y no embarca al Padre.

PESCADOR 1.º.— *(Con resolución.)* Pues ya no esperemos.

*(A Yao-Vang.)* ¿Qué marca esa sombra?

YAO-VANG.— *(Mira la sombra que hace en la arena un saledizo de la roca.)*  
Mediodía marca.

PESCADOR 1.º.— *(Al segundo.)* ¿Está todo listo, las velas, los remos?

*(Inicia el mutis.)*

PESCADOR 2.º.— *(Saliendo.)* Todo a punto.

PESCADOR 1.º.— Hijos, aprisa a la barca.

DUARTE.— *(Pensativo.)* Que el Padre no puede salir de este yermo...  
Que Antonio está arisco... ¿Pasará algo grave?

VEN-TI.— ¿No sabe?

YAO-VANG.— ¿No sabe?

LI.— ¿No sabe

que el Padre Francisco está enfermo?

DUARTE.— ¿Enfermo? ¿Qué tiene? ¿Dónde está?

VEN-TI.— En la choza.

DUARTE.— Y la choza, ¿dónde? ¿Quién me lleva allá?

LI.— Yo voy.

VEN-TI.— Tiene fiebre. La tos le destroza.

LI.— Yo voy.

KAO-TSEN.— ¡Eh! ¡Miradle, miradle!

YAO-VANG.— Ahí está.

DUARTE.— ¡Sí! ¡Es él! ¡No está enfermo! ¡Mil gracias, Dios mío!



(Sale corriendo.) ¡Mi Padre Francisco!  
LI.— Oye, tú (A Kao-Tsen.), ¿quién es?  
YAO-VANG.— ¡Vaya cómo corre!  
VEN-TI.— ¡Vaya señorío!  
KAO-TSEN.— (Con suficiencia.) ¿Quién va a ser? Algún gran señor portugués.

(Se quedan mirando en la dirección en que salió Duarte.)

LI.— Miradle, miradle. Se ha echado a sus pies.  
YAO-VANG.— ¡Yo tengo una pena...!  
VEN-TI.— Pues más tengo yo.  
LI.— ¿Por qué? ¿Porque el Padre no puede embarcar?  
Yo apuesto a que hoy mismo se hace a la mar.  
YAO-VANG.— El Padre no embarca.  
LI.— ¿Que no embarca?  
YAO-VANG.— ¡No!  
LI.— ¡Si ya no está malo!... Se le fue el dolor.  
¿Veis cómo se mueve?  
YAO-VANG.— Mira con qué pena,  
cómo se le hunden los pies en la arena...  
¿Queréis que recemos por él al Señor?  
LI.— ¡Sí!  
KAO-TSEN.— ¡Sí!  
VEN-TI.— ¿Qué rezamos?  
KAO-TSEN.— Aquí, tras la roca.  
LI.— Lo que le aprendimos los últimos días.  
Un Ave-María.  
YAO-VANG.— Tres Ave-Marías.  
¿Quién comienza?  
LI.— Todos; a todos nos toca.

(Se arrodillan todos.)

YAO-VANG.— A la Virgen Santa, a la Virgen Madre  
del Niño Jesús que nació en Belén,  
para que le vuelva la salud al Padre.  
KAO-TSEN.— Y para que el Padre se embarque también.

(Se oyen voces próximas.)

YAO-VANG.— (Se impacienta.) ¿A que no empezamos? Ya vienen.  
(A Kao-Tsen.) ¿No ves?  
LI.— No importa que vengan. Rezamos después.

(Entran el Padre Francisco, Antonio de Santa Fe y Duarte, y sorprenden)

den a los niños aún de rodillas. Se alzan rápidos. El Padre Francisco viene sostenido en brazos de Antonio y Duarte. Anda con vacilantes pasos. Lleva al cuello el bendito santo Cristo que ha corrido con él tantas fatigas; el rostro encendido, la boca anhelante, los ojos iluminados como si presintiera el fin próximo.)

PADRE FRANCISCO.— (Con ternura.) ¿Qué hacíais ocultos en este recodo?  
¿Por quién le rezabais a Santa María?

LI.— ¿Rezar, Padre? ¿Cuándo?

VEN-TI.— ¿Quién te lo decía?

PADRE FRANCISCO.— Un buen pajarito que me cuenta todo.  
¡Ingratos, tres días sin venir a verme!

YAO-VANG.— ¡Sí, Padre, hemos ido!

VEN-TI.— Los cuatro hemos ido.

KAO-TSEN.— Pero Antonio siempre nos decía: «Duerme.  
Que no se despierte; marchad, no hagáis ruido.»

PADRE FRANCISCO.— ¿Es verdad, Antonio?

ANTONIO.— Padre, no te ofendas,  
mas con tanta fiebre...

PADRE FRANCISCO.— Ahora ya estoy sano.

A ver si te enmiendas<sup>142</sup>.

(A Li.) ¿Dónde está la barca?

LI.— En ese bajío cercano.

PADRE FRANCISCO.— ¡Pobres rapazuelos! Me dice el instinto  
que ya para siempre nos perdemos hoy...

Vosotros al mar... Por rumbo distinto

(Con ademán vago y misterioso.)

yo también me voy...

YAO-VANG.— ¿Vienes, Padre?

VEN-TI.— Vamos, no hagas más demora.

KAO-TSEN.— Verás qué bien templan las brisas del mar.

ANTONIO.— (Impaciente.) ¡Ea; los rapaces, idos ya en buen hora!  
El Padre Francisco no puede embarcar.

LI.— Sí puede.

KAO-TSEN.— Sí viene. ¿Verdad, Padre?

PADRE FRANCISCO.— (Vacilante.) Es cierto.

No puedo... Id vosotros. ¡Adiós, hijos míos!

DUARTE.— (A los niños.) Luego iremos todos.

PADRE FRANCISCO.— No tengo ya bríos.

Dios quiere que acabe en este desierto.

142 La edición de El Siglo de las Misiones repite equivocadamente el locutor « P. FRANC.—» antes de la réplica «A ver si te enmiendas».

YAO-VANG.— No nos digas eso.

LI.— No te pongas triste.

PADRE FRANCISCO.— No temáis. En cambio, irá otro mejor.

TODOS.— ¡No! ¡No!

VEN-TI.— Ven tú solo.

LI.— Tú nos prometiste.

PADRE FRANCISCO.— No. Yo no era digno de tan grande honor.

Y ahora, por recuerdo, besad en la llaga  
de este amor divino que yo os prediqué.  
¿Seréis siempre buenos?

TODOS.— ¡Sí, Padre!

PADRE FRANCISCO.— Él haga  
que nunca... que nunca manquéis<sup>143</sup> en su fe.  
Adiós, hijos míos. La barca os espera.

*(Los niños se retiran lentos.)*

VEN-TI.— *(Volviéndose desde el lateral.)* Pero ven tú pronto.

YAO-VANG.— *(Lo mismo.)* No nos dejarás.

TODOS.— *(Desapareciendo.)* Adiós.

PADRE FRANCISCO.— ¿Yo dejaros? ¡Si mi alma entera,  
pedazos del alma, se me va detrás!

*(Con infinita amargura.)*

¡Cuando ya entre mis manos los tenía...!

*(Duarte y Antonio se colocan a sus lados; se apoya en ellos.)*

¡Cuando ya amanecía  
en lo más profundo  
la divina aurora...!  
¡Andar medio mundo!  
¡Caminar a obscuras,  
mas con fe encendida,  
por rutas inciertas!  
¡Correr mil venturas!  
¡Y tener ahora  
que rendir la vida  
a las mismas puertas!

DUARTE.— No temas, Padre. Es esta despedida  
que te hace desmayar. ¡Ánimo! ¡Aliento!  
Las nuevas que te traigo yo, presiento  
que han de volverte la salud perdida.

PADRE FRANCISCO.— Es ya tarde, Duarte. Vano intento...

143 *manquéis*: faltéis, falléis.

144 *caudal tesoro*: tesoro caudaloso, abundante.

DUARTE.— ¡Tú a morirte, y Antonio y yo a curarte!  
Riñamos la partida.  
¡Y vive Dios, que ha de vencer Duarte!  
Verás que pronto, cuando popa al viento  
doble Pereira con su nave alzada  
esa punta vecina,  
podrás seguir de nuevo tu jornada  
y entrar triunfante en China.

PADRE FRANCISCO.— ¡Pereira! No renueves mi tormento...

*(Sumiéndose en el recuerdo.)*

DUARTE.— ¡Sombras abrumadoras...!  
Padre, digo verdad; en breves horas  
todo en Malaca se trocó en contento.  
Desde que a Ataide hirió vuestra censura  
con asco y con horror le huyó la gente,  
hubo rapaz que le escupió a la frente,  
el Virrey le quitó la investidura:  
hizo que él mismo abriérale a don Diego  
el calabozo en que lloró sus penas  
vuestro amigo fiel. Luego  
hundióle a él cargado de cadenas.  
Y aún hubo más: recuperó el navío  
Pereira; y antes de emprender el viaje  
quiso el Virrey ratificar su envío  
y hacer a su embajada un homenaje:  
de la hacienda de Ataide confiscada,  
que sólo en perlas es caudal tesoro<sup>144</sup>,  
lo mejor de sus perlas y su oro  
lo dio a don Diego para su embajada.

*(Con gracioso énfasis.)*

Y éste es, Padre, el instante  
en que de tanta insidia triunfador  
viene a buscaros, islas adelante,  
Diego Pereira, vuestro embajador.

PADRE FRANCISCO.— *(Con pasmo.)* ¿Dices verdad, Duarte?

DUARTE.— Sí. ¡Lo juro  
por ese Cristo en cuyo juicio espero!

PADRE FRANCISCO.— ¡Es posible, Dios mío...! ¿Y yo me muero?

DUARTE.— ¡Oh, no! No os moriréis, yo os lo aseguro.

PADRE FRANCISCO.— *(Se reanima.)* Venid conmigo hasta la punta aquella.  
Tal vez de allí se pueda atalayar.  
Quiero alzarle esta cruz como una estrella  
para que vuele raudo por el mar.

*(Se queda erguido unos instantes con los ojos en el confín lejano. Con súbita alegría.)*

¡Ah! ¿Veis allá un navío? ¡Es él sin duda!  
ANTONIO.— No; es que se va esa gente pescadora.  
PADRE FRANCISCO.— No, no; que vuelvan; que con esta ayuda  
todos podremos embarcar ahora.  
Vamos; llamemos desde allí los tres.

*(Señala la izquierda. Quiere arrancar pero le faltan las fuerzas.)*

¡Ay! No quieren seguirme ya los pies!...  
Es inútil; también se va mi vida...

*(Apoyado en brazos de Antonio y Duarte, contempla cómo se va la barca.)*

Otra... y otra... mirad, todas se van.

*(Saca un pañuelo del pecho y lo agita con desfallecimiento.)*

¡Adiós, hijos de Cristo! ¡Adiós, queridos...!  
¡Adiós, sueños de amor desvanecidos...!

*(Se rinde exhausto.)*

Cuando ellos vuelvan, ya no me hallarán...

*(Al Crucifijo.)*

Yo ansiaba aún por Ti nuevas peleas.  
No te pedía paz, sino labor;  
mas pues no quieres Tú, bendito seas;  
soy tu siervo, Señor.

*(Aún alza una vez más su pañuelo blanco.)*

¡Adiós...!

*(La fatiga le rinde; se desploma. Queda tendido en la arena, recostado contra la roca. Antonio y Duarte se arrodillan.)*

ANTONIO.— Volvamos, Padre, a la cabaña.  
PADRE FRANCISCO.— Hijos, dejadme que me muera así.  
DUARTE.— Esta intemperie de la mar te daña.

PADRE FRANCISCO.— ¿Y qué, si aún puedo verles desde aquí?

*(Pausa. Con voz apagada.)*

Ya no distingo el mar... No veo nada...  
¡Duarte...! ¡Antonio...!

*(Palpa en el aire con afán.)*

ANTONIO.— ¿Qué? ¡Padre! ¡Oye! ¡Mira!  
¡Ay!, ise apaga esta luz santificada!  
¡Padre! ¡Padre Francisco!

DUARTE.— Aún respira.

ANTONIO.— *(Alza los brazos al cielo con verdadero frenesí.)*

¡Toma mi vida, Señor!  
¡Haz que se cambie la suerte!  
Sea para mí la muerte  
con tal que aliente su amor.

DUARTE.— ¡Oh, si mi vida valiera...!

ANTONIO.— *(Vuelve a inclinarse palpando con ansia el pecho del Padre Francisco.)*

¡Aún vive...!

DUARTE.— *(Igual.)* ¡Aún!

PADRE FRANCISCO.— *(Desembarazándose con súbito arranque de la ropilla con que Duarte le había abrigado, se incorpora y queda recostado en la piedra, medio de pie, en ademán sublime. Su rostro se reanima con misteriosa vida.)*

Aun te veo, tierra, esperanza mía...  
Allí, mi esperanza... aquí, mi agonía...  
Y en medio... la lengua bravía del mar,  
en medio, la muerte que viene a llamar.  
¡Mis hijos del alma!, a todos os veo...  
¡Ay!, mi voz no alcanza cuanto mi deseo...  
Me muero... Las olas que vienen y van,  
las olas os cuenten mi postrer afán  
y os digan que en este desierto paraje  
pensando en vosotros consumé mi viaje.  
No lloréis, mis hijos, porque yo no vaya.  
Seguid esperando firmes en la playa.  
Otros sembradores, detrás de mis huellas,  
vienen ya como una bandada de estrellas.  
¿No los veis? Ya se acercan.

¡Qué luz deslumbradora!

¡Se acabó la tiniebla!

¡Ya despierta la aurora...!  
¿Cuántos venís?... ¡A cientos!  
¡Señor, espera... espera...!

*(Desfalleciendo.)*

Déjame que los cuente... Déjame antes que muera  
que les muestre el camino que me cerraste a mí...  
Que ellos lleven allí  
estos afanes míos, de mi agonía presos...  
Y entre tanto, Señor,  
que bajo esta colina que ha de cubrir mis huesos  
hasta mis huesos sean un volcán de tu amor.

*(Muere.)*

*TELÓN*

# *Xavier. Estampas escénicas*

## *en un prólogo, tres cuadros y un epílogo*

*por Genaro Xavier Vallejos*

Se estrenó en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona  
en la noche del 13 de marzo de 1930

### **Palabras preliminares**

Estimo inexcusable una breve advertencia para evitar al espectador el peligro de una desorientación posible.

Estas escenas de Xavier no constituyen una obra teatral en el sentido que habitualmente se da a estas palabras. No son ni comedia ni drama. Tampoco pertenecen a ninguno de esos géneros intermedios menos definidos en los que la intervención de la música justifica una mayor arbitrariedad.

Son simplemente escenas, evocaciones, estampas hilvanadas entre sí por la unidad de ambiente y por la identidad del personaje que pudiéramos llamar protagonista.

Propiamente no hay aquí protagonista, puesto que tal personaje presupone acción, conflicto, trama; y todo esto, repito, está deliberadamente ausente.

No hay en realidad más personaje que la misma idea simbólica que



preside los diversos cuadros y que no es otra que la exaltación de la obra del Misionero, desde que éste oye el divino llamamiento, hasta que llega, a través de las vicisitudes prósperas y adversas, al premio de la inmortalidad.

Francisco Xavier es la encarnación de ese símbolo.

¿Quién con más títulos que él? Su figura excelsa está en los corazones de todos y basta para moverlos a buena voluntad el solo prestigio de su nombre.

Una novedad, de cuya oportunidad ha de juzgar el discreto espectador, es la intervención del personaje Corifeo o Prólogo, figura tan capital en el coro de las tragedias clásicas. Su presencia en este espectáculo está justificada por la misma naturaleza de las escenas independientes unas de otras, las cuales requerían un punto de referencia común.

Este tinglado tan somero ha bastado, no obstante, para que el ilustre músico P. Antonio Massana<sup>1</sup> haya levantado sobre él la arquitectura de su música magnífica que, a las audacias de una modernidad segura de sí misma, ha sabido juntar una inspiración constante, impregnada a menudo de la emoción más profunda.

Genaro Xavier Vallejos

Marzo, 1930

1 *el ilustre músico P. Antonio Massana: acerca de este músico, véase Consuelo Colomer, Antonio Massana y Bertrán (1890-1966): I Centenario de su nacimiento: ensayo biográfico, Valencia, Albatros, 1989. En la Biblioteca de Catalunya, Secció de Música, se conserva el Fons Antoni Massana (véase el Catàleg del Fons Antoni Massana de la Biblioteca de Catalunya, a cura de Joana Crespi, Barcelona, Biblioteca de Catalunya, 1992).*

## Prólogo

Bienvenidos seáis a este lugar, hermanos.  
Hermanos, sí, que a todos nos junta un mismo anhelo  
y todos caminamos hacia iguales arcanos<sup>2</sup>  
por los mismos caminos de inquietud y dolor.  
Hermanos de esperanzas en la misma promesa,  
comensales unánimes de la divina mesa  
donde brilla en las copas la sangre del Señor.  
Ha sonado su voz distante y dolorida  
en medio del estéril afán de nuestra vida.  
Su palabra insistente ha resonado  
como esos golpes secos que da con el cayado  
en trance de peligro el Buen Pastor<sup>3</sup>.  
¿Qué quieres de nosotros? Escuchad un instante:  
dice que tiene lejos, en un país extraño,  
cientos, miles de ovejas fuera de su rebaño.  
Y dice que anda errante  
persiguiendo sus huellas;  
que hay lobos carniceros  
que andan también tras ellas  
por los mismos senderos...  
... y pide nuestra ayuda...  
Un joven Peregrino  
ha escuchado sus voces. Parose en el camino.  
De stirpe de guerreros,  
de nobles caballeros<sup>4</sup>,  
su alma también latía con impaciencia muda<sup>5</sup>.

- 2 *arcanos*: secretos, misterios; más adelante encontraremos el sintagma «los misterios arcanos».
- 3 *el Buen Pastor*: esta es la primera vez que aparece citado expresamente este motivo de la parábola del Buen Pastor (*Lucas*, 15, 4-7), que constituye el hilo temático conductor de toda la obra.
- 4 *de nobles caballeros*: recordemos que la familia de Francisco de Jaso pertenecía a la nobleza de Navarra.
- 5 *impaciencia muda*: la impaciencia es uno de los rasgos más característicos en la semblanza del santo; baste recordar que a Javier se le ha aplicado el sobrenombre de «el divino impaciente» (por ejemplo, en el título del famoso drama de José María Pemán). Más adelante leeremos: «¡Era el primer día / y ansiaba impaciente / llegar al final!».

Iba anhelante en pos de un glorioso destino.  
Le tendían sus lazos  
la ambición y el placer<sup>6</sup>...  
El Buen Pastor pasaba, su dulce voz se oía  
y el joven, con los brazos  
abiertos, le seguía...  
Atended, vais a verle. Es Francisco Xavier.

## Preludio

Un camino. Un largo camino que se pierde en el horizonte del vasto y monótono paisaje, abierto y abrasado como un desierto bajo el sol. A un lado el verdor incitante de un jardín de vegetación asiática y rara apariencia<sup>7</sup>. Como una algarabía de pájaros maléficos, llegan de su recinto encantado el eco de las Voces en las que están representadas todas las seducciones del corazón. Con su tumultuosa melodía asedian al hombre. Le incitan, le ofuscan, le hacen apartarse de la austera senda segura. Son las Voces brillantes de la ambición, de la sensualidad, de la vanagloria, de la ostentación y del fasto. O bien las Voces ardientes y estériles del egoísmo, de la envidia, de la codicia, del triste rencor.

Son las Voces de los siete pecados capitales, encubiertos bajo la apariencia de maravillosas y provocativas doncellas.

Desde la misteriosa sombra llaman al Pasajero. A través de la frondosa espesura se adivinan como raros frutos de esmeralda sus pupilas encendidas de pecado. Las Voces solicitan al Caminante. Cantan la alegre canción de la vida, que es breve como una primavera y debe apurarse con usura hasta la última gota, como una copa de ese antiguo licor que enciende el fuego sagrado en el paladar y en las venas.

Y el Caminante es esta vez un hermoso y fuerte adolescente cuya humilde sotanilla<sup>8</sup> raída no logra encubrir del todo la arrogancia de su estirpe real. Se llama Francisco Xavier. Todas las Voces le solicitan. Pero más que ninguna, la Voz de la humana sabiduría. Y aún más, si cabe, la Voz triunfal del amor.

6 *la ambición y el placer*: antes de su conversión en París, ocurrida tras el encuentro con Íñigo de Loyola, Javier era un joven orgulloso, que ambicionaba glorias y triunfos mundanos (ser catedrático, canónigo, quizá obispo...).

7 Reelabora el autor el tópico clásico del *bivium*, las dos sendas (la ancha del vicio y la estrecha de la virtud), simbolizadas aquí en el camino ardiente y el jardín deleitoso.

8 *humilde sotanilla*: era el vestido estudiantil habitual en la época.

Las Voces.

- PRIMERA ¡Caminante!  
SEGUNDA ¡Joven caminante!  
TERCERA ¡Detente un instante! ¡Detente!  
CUARTA ¿No quieres descansar?  
PRIMERA Polvo y sudor abrasan tu frente.  
SEGUNDA Se hunden tus plantas en la arena ardiente.  
CUARTA ¿No quieres descansar?  
TODAS ¿No quieres descansar?  
PRIMERA Un camino sin fin  
se abre a tus ojos bajo un sol de horror.  
SEGUNDA No hay pájaros ni fuentes ni un jardín  
que te brinde el aroma de una flor.  
VARIAS Andarás y andarás  
en vano. En la engañosa lejanía  
el camino se alarga más y más.  
Un día,  
abrasado de sed, exhausto, ciego,  
bajo ese sol de fuego  
morirás.  
TODAS Joven anhelante,  
noble caminante,  
deja tus quimeras, deja ese desierto.  
Es breve la vida.  
Aquí te brindamos dicha sin medida,  
ven a nuestros brazos, entra en nuestro huerto.
- LA VOZ DE LAS RIQUEZAS  
Yo te daré un fabuloso tesoro  
de los príncipes de Oriente.
- LA VOZ DE LA AMBICIÓN  
Yo te haré cabalgar con yelmo de oro  
entre banderas al viento, sobre un corcel impaciente.
- LA VOZ DE LA SABIDURÍA  
Yo soy la lámpara de Aladino  
que alumbró en la noche los misterios arcanos  
y escruta la ruta incierta del Destino.  
¡Oh, joven paladino<sup>9</sup>,  
acércate, levántame en tus manos!
- LA VOZ DE LOS PLACERES  
Blancas praderías,  
boscajes espesos.

9 *paladino*: paladín.

Y entre las umbrías,  
aguas delgadas como cristales  
y auras que gimen en los rosales  
con un divino rumor de besos.  
¡Besos, caricias, auras de amor!  
¡Ven, deja ese camino abrasador!

LAS VOCES DE LOS ÁNGELES

¿Qué le aprovecha al hombre ganar el mundo si pierde al  
fin su alma?<sup>10</sup>

*Todas las otras Voces se desvanecen. Queda sólo insistente la Voz del  
placer.*

LA VOZ DEL PLACER

¡Joven peregrino!  
Deja el cruel camino.  
Oye nuestras voces.  
Yo te guardo un vino que tú no conoces.  
Calmará la sed de tu paladar.  
Y una regalada  
fruta verde y dorada  
que abrirá tus labios  
al placer de amar.  
Gozarán tus ojos  
divinas visiones.  
Oirás en la sombra  
risas y canciones  
y en voz recatada  
palabras ardientes de unos labios rojos  
como la granada.

LAS VOCES DE LOS ÁNGELES

¿Qué le aprovecha al hombre ganar el mundo si pierde al  
fin su alma?

LA VOZ DEL PLACER (*Más insistente.*)

¡Oh, juventud florida!  
Huye de esas sombras que quieren perderte  
y sobre la hoguera de tu alma encendida  
esparcen cenizas de muerte.  
Nosotras somos la vida.

TODAS LAS VOCES

¡Noble paladín!

10 ¿Qué le aprovecha al hombre ganar el mundo si pierde al fin su alma?: aquí son los ángeles quienes le recuerdan a Javier la frase evangélica, la misma con la que lo ganó para su causa Ignacio en París (*Mateo*, 16, 24-28).

¡Fuerte paladín!  
¡Joven, hermoso paladín!  
¡Ven al jardín! ¡Ven al jardín!

*El Caminante ha escuchado las voces. Su ademán, el gesto de su rostro, dejan traslucir la lucha que la rebeldía de la carne está sosteniendo con la noble voluntad.*

*De súbito, por el lado contrario, otra Voz, muy distinta de cuantas han dejado oírse hasta aquí, parece venir desde lejos, a través del árido paisaje. Es dolorida, angustiada, propia de quien viniera pidiendo ayuda en vano. Y sin embargo, palpita todavía en ella un leve matiz de esperanza. Poco a poco se va aproximando. Ya se distinguen sus palabras, que tienen un aire de tierno misterio.*

LA DULCE VOZ DOLORIDA

Otras ovejas tengo que no están en el redil...

*Lentamente cruza por el fondo una tenue y amada visión. Es el Buen Pastor con su cayado y su pequeño hato de ovejas<sup>11</sup>. Pasa como una celeste sombra impalpable, medio esfumada en la radiante claridad del día. Xavier le sigue con la mirada estática<sup>12</sup>. Prorrumpe igual que San Pablo<sup>13</sup>:*

FRANCISCO XAVIER

Señor, ¿qué quieres que haga?  
No me des por mi labor  
soldada ni paga.  
Sólo te pido tu amor.

*Torna de nuevo la Voz de Jesús, más dolorida y apremiante.*

LA DULCE VOZ DOLORIDA

Otras ovejas tengo que no están en el redil...

FRANCISCO XAVIER

Yo las buscaré. Por montes y llanos  
no daré descanso ni a mis pies ni a mis manos.  
Todo lo abandono para Ti desde hoy.  
Déjame que vaya, Señor, por ellas.  
Déjame que siga tus divinas huellas...  
¡Oh, Señor, ya voy...!

11 *ovejas*: en la primera edición, por errata, se leía «avejas».

12 *estática*: «Dícese del que se queda parado de asombro o de emoción» (DRAE).

13 *igual que San Pablo*: San Francisco Javier ha sido considerado un nuevo, un segundo San Pablo, por su intenso celo apostólico y su ingente labor misionera.

## Argumento

Levaron el ancla. Crujieron los remos.  
Se izaron al viento en los dos extremos  
el pendón de Cristo y el de Portugal.  
Pronto la escollera fue línea borrosa.  
Mercaderes sórdidos, rufianes, soldados,  
revueltos en popa batían los dados.  
Xavier sobre el puente, con la vista ansiosa,  
forzaba las brumas de la lejanía.  
¡Era el primer día  
y ansiaba impaciente  
llegar al final!  
¿Llegar? ¿Pero adónde? Él no lo sabía.  
Donde resonara la voz que decía:  
«Tengo otras ovejas en riesgo mortal.»  
Las voces de Cristo<sup>14</sup> le empujan a Oriente.  
Allá va el navío, majestuosamente,  
como un soberano.  
Su paso se marca sobre el oceano<sup>15</sup>  
con surco de plata. Pero iba tan lento!  
Francisco quisiera  
convertirse en olas, en alas, en viento<sup>16</sup>  
que lo arrebataran en loca carrera.  
Escruta y escruta ante el palo bauprés<sup>17</sup>  
y torna y pregunta: «Señor capitán,  
¿cuántos días faltan? ¿Cuántos meses van?<sup>18</sup>»  
¡Un día, otro día, un mes y otro mes!  
¡Travesía dura! Demoras ingratas,  
zozobras, tormentas, horribles presagios,  
una sed de muerte, pestes y contagios  
y, a la zaga, el rastro de barcos piratas.

14 *Cristo*: en la primera edición, por errata, figura impreso «cristo».

15 *oceano*: hay que pronunciar así la palabra, *océano*, por el ritmo del verso y la rima.

16 La primera edición omite este verso, pero lo restituye la hoja anexa de la «Fe de erratas» como «Convertirse a veces en alas, en viento».

17 *bauprés*: «Palo grueso, horizontal o algo inclinado, que en la proa de los barcos sirve para asegurar los estayes del trinquete, orientar los focos y algunos otros usos» (*DRAE*).

18 *¿Cuántos meses van?*: la travesía de Javier, desde su salida de Lisboa hasta la llegada a Goa, duró más de un año.

Pero una mañana gritaba el vigía:  
 «¡Tierra por el frente!» Y Xavier veía  
 emerger del agua frondosas riberas,  
 montañas azules, islas de palmeras  
 y el muro de piedra de altiva ciudad.  
 ¡India milenaria! ¡Pesquería!<sup>19</sup> ¡Goa!...  
 La nave certera enfiló su proa.  
 Era un día fiesta de la Trinidad.  
 Ya están. Ya han llegado.  
 Cuanto en torno puede abarcar la vista,  
 es tierra abonada para la conquista.  
 ¡Campos y más campos, leguas y más leguas!  
 ¡Ya basta de treguas  
 para el fiel soldado!  
 ¡A luchar!  
 Y alzando por armas la cruz y el cayado,  
 Xavier salta a tierra malabar<sup>20</sup>.  
 ¡Ay! No es el primero.  
 Otros caminantes  
 por las mismas rutas avanzaron antes  
 ¡bien que con diverso fin aventurero!  
 Soldados, truhanes, gentes del azar.  
 Venían ansiosos  
 de los fabulosos  
 tesoros de perlas  
 que esconde este mar<sup>21</sup>  
 y por poseerlas  
 se arrojaban como fieras alimañas  
 sobre los poblados, sobre las cabañas,  
 entraban a saco sin piedad ni ley.  
 Y a los que tenían su barco pesquero  
 los esclavizaban en nombre del rey.  
 Francisco Xavier los ha visto.  
 Ha alzado sus manos  
 transidas de angustia. Y les dice: «¡Hermanos,  
 por el santo nombre de Cristo...!»

- 19 *Pesquería*: es la región costera, al sur de la India, donde Javier desarrollaría su misión evangelizadora con los paravas, pescadores de perlas.
- 20 *Xavier salta a tierra malabar*: así se lee el verso en la segunda edición, pero queda corto. En la primera, en cambio, decía: «Xavier entra en la árida costa Malabar».
- 21 *tesoros de perlas / que esconde este mar*: tras pasar unos meses en Goa, Javier fue en misión a la Pesquería, cuyos indígenas, los paravas, eran pescadores de perlas como se anotó más arriba.



## Cuadro I

*Es una lengua de arena junto al mar. Anochece. Contra el fondo verdinegro del cielo, se destaca una choza que sirve de pagoda a los pescadores. Está dedicada a Visnú<sup>22</sup>, el cual en forma de pez monstruoso es la deidad protectora de los paravas<sup>23</sup>. Se ha abierto la puerta de par en par. Un viejo hechicero va y viene ante la losa baja que sirve de ara y su silueta, recortada contra el fondo enrojecido por la llama de una antorcha de viento, se deforma en actitudes temerosas. Lleva un collar de cráneos de pequeños pájaros, que golpea con seco son su torso desnudo. Cerca de la cabaña hay unas barcas que aparecen dispuestas a salir. Lucen en la proa sus linternillas de cuero de búfalo con fuegos fatuos. Son las barcas de los pescadores de perlas. Música agorera y siniestra.*

BRUJO            (*Canta.*) ¡Noche! ¡Noche! ¡Noche de nadir<sup>24</sup>!  
                  ¡A cantar! ¡A pescar! ¡A morir!  
                  Lívida bruma,  
                  trágica espuma.  
                  En los bajíos  
                  negro hervidero.  
                  Monstruos sombríos.  
                  Miradas muertas.  
                  Fauces abiertas.  
                  ¡Ju, ju, marinero!  
                  ¡Ay, marinero!

*Danza el brujo ante la puerta de la cabaña, agitando, con gestos contorsionados, un cuchillo sangriento. Luego desaparece en la profundidad de la choza. En seguida, dos pescadores vienen de tierra adentro. Son jóvenes fornidos. Se llama el uno Rhamna y el otro Pathunalkar. Van a consultar al espíritu de Visnú.*

RHAMNA            ¿No has escuchado como un cantar?  
PATHUNALKAR    Era el cantar de las aguas del mar.  
                  Era este viento caliente,  
                  como todas las tardes, viento monzón<sup>25</sup>.  
RHAMNA            No, no. Era un ingrato sonido.

22    *Visnú:* o Vishnú es un dios que forma parte de la Trimurti o trinidad hindú: Brahma (el Creador), Vishnú (el Mantenedor) y Shiva (el Destructor). Se le identifica con distintos avatares, especialmente Rama y Krishna.

23    *paravas:* los pescadores de perlas de la costa de la Pesquería.

24    *nadir:* «Punto de la esfera celeste diametralmente opuesto al cenit» (*DRAE*).

25    *monzón:* viento periódico, estacional, propio de la India y el mar Índico.

- Como un triste presagio, como un alarido.  
 ¿No te ha dado un vuelco el corazón?  
 PATHUNALKAR ¿Qué es lo que el tuyo presiente?  
 RHAMNA Algo fatal.  
 ¿Tú no ves señales? ¿No te dicen nada?  
 Mar tenebrosa, marea creciente  
 y luna menguante, como hoz afilada  
 en los cocoteros de Pandanikal<sup>26</sup>.  
 PATHUNALKAR No me dicen nada. No soy agorero.  
 Al fin, ¿para qué?  
 Tenemos mandado ir de pesquería,  
 lo manda quien puede.  
 RHAMNA (*Con despecho.*) ¿Quién puede? ¡Un negrero!  
 PATHUNALKAR Bien lo sé.  
 Mas no obedecerle, eso sí sería  
 presagio de muerte.  
 RHAMNA Será lo que quieras, pero yo no iré.  
 PATHUNALKAR ¿Te sientes tan fuerte?  
 RHAMNA Me siento señor de mi vida.  
 Nací libre en la libre montaña.  
 Y antes de estar a mercedes ajenas,  
 prefiero romper las cadenas  
 y escapar a mi vieja cabaña:  
 ¡ya es hora!  
 PATHUNALKAR Ya es hora. Ya tardan en aparecer  
 el Capitán y el Mercader.  
 RHAMNA Yo voy al Brujo. Y según que sea  
 bueno o malo el barrunto del mar,  
 será mi decisión.  
 PATHUNALKAR Sensata idea.  
 También yo quiero ir. Cuenta conmigo.  
 RHAMNA Así te quiero, fiel Pathunalkar: amigo del amigo.

*Ambos pescadores suben lentos hacia la cabaña. Entretanto, el Brujo aparece de nuevo en el dintel<sup>27</sup>.*

- BRUJO ¿Qué busca el soldado lejos de la guerra?  
 ¿Qué espera el marino rezagado en tierra?  
 ¡A pescar, pescador!  
 ¡A servir las codicias del terrible señor!  
 ¡A robar los tesoros del mar!  
 ¡A pescar! ¡A morir!

26 *Pandanikal*: no localizo este topónimo.

27 *en el dintel*: en el umbral, quiere decir.

RHAMNA Y PATHUNALKAR (*Protestando.*) ¡A vivir!

BRUJO            ¡A pescar! ¡A morir!  
En el abismo oscuro de las aguas marinas  
bajo un laberinto de rojos corales  
hay vivas madréporas y perlas divinas  
gruesas como nueces del nogal de Ormud<sup>28</sup>.  
En su cárcel triste de verdes cristales  
las guardan mil monstruos: panzas opalinas  
y ojos colosales  
flotando al acecho  
de sus mil ventosas;  
algas horrorosas  
que se alzan y enredan en cien espirales  
que sólo la muerte podrá deshacer.  
El mar es un monstruo. Le gusta  
la sangre robusta  
de la juventud.  
El mar es como una mujer,  
rostro de sirena, garras de dragón.  
Si queréis bajar para no volver,  
andad.

RHAMNA

BRUJO

Desatad la barca. Ya está ahí el patrón.  
¿Va a haber tempestad?  
El cuchillo sagrado da su presagio infausto.  
Ved pegada a la hoja la sangre del holocausto.

*Entran ahora todos a la cabaña. De la parte del mar vienen rachas de viento caliente, denso, silencioso, que hacen oscilar la llama. Una de éstas, más fuerte, la mata. Se oye la voz agorera del Brujo.*

BRUJO

La llama se apagó.  
El viento la mató.  
El monstruo del mar  
afila sus garras.  
Juventud florida,  
no entres a pescar.  
¡Es dulce la vida!  
Dobla las amarras,  
vuelve a tu hogar.

*Llega rumor de voces agrias y un confuso tropel irrumpe en escena.*

28 *del nogal de Ormud*: las dos ediciones leen «del nogal del Ormud», que hace el verso largo. Enmiendo, por tanto. Considero que *Ormud* es variante por *Ormuz*, ciudad de Irán famosa por la pesca de perlas, entonces en poder de los portugueses.

*Son indios paravas y portugueses, entre los que destacan don Cosme de Paiva<sup>29</sup> y su compadre en oscuros negocios, el mercader João Mascarenhas.*

- DON COSME *(Iracundo.)* ¿Aún aquí las barcas? ¡Holgazanes, al mar!  
RHAMNA No podemos.  
DON COSME ¡Ahora mismo a los remos!  
RHAMNA No embarcaremos. Hay tormenta.  
DON COSME Eso no es de mi cuenta.  
Antes de mediodía  
necesito mañana cien quilates de perlas.  
¡Por Cristo o por el diablo, juro que he de tenerlas!

*La turba de indios se dispersa humilde y dócil hacia las barcas. Rhamna y Pathunalkar permanecen inmóviles. Don Cosme de Paiva grita enfurecido a sus soldados.*

- DON COSME ¡Azotad a esos bergantes!

*Los soldados se disponen a atar a los dos pescadores. Y los tienden en tierra en un ángulo. Mientras tanto, como traídas débilmente por el viento que viniera del otro lado del mar, llegan hasta la playa las notas vagas y evocadoras del tema del Buen Pastor: «Otras ovejas tengo que no están en el redil». En el silencio en que repentinamente quedó la escena tienen una fuerza singular. En seguida aparece el Padre Francisco. Un gesto de contrariedad profunda se dibuja en los rostros del Capitán y el Mercader. Ya los soldados han comenzado a descargar sus látigos sobre las espaldas desnudas de los dos indios. Se oyen de vez en cuando sus ayes lastimeros.*

- FRANCISCO XAVIER ¿Qué es eso, señor Capitán?  
DON COSME Ya se ve: dos malhechores  
que penan su fechoría.  
FRANCISCO XAVIER ¿Son acaso criados de Vuestra Señoría?  
DON COSME No, Padre. Son pescadores.  
FRANCISCO XAVIER *(Con asombro.)* Pues ¿cómo...?  
DON COSME Delito de rebeldía.  
JOÃO Deben servir a nos como a señores.  
FRANCISCO XAVIER Querréis decir al rey, a Portugal...  
DON COSME Es igual.  
Son todos unos nuestros intereses.  
FRANCISCO XAVIER Pero ellos tienen propio tribunal.  
DON COSME Y Vuestra Reverencia  
su precisa misión de inculcar obediencia.

29 *Cosme de Paiva*: era el administrador portugués en la costa de los paravas, al que Javier acusa (*Cartas y escritos de San Francisco Javier*, ed. del P. Félix Zubillaga, núm. 50) de ser el responsable de muchos robos y muertes.

FRANCISCO XAVIER Y amparar a los pobres contra todo desmán.

*Con un gesto de irresistible imperio manda a los soldados que cesen en su castigo.*

FRANCISCO XAVIER ¿Qué han hecho?

JOÃO No quieren salir.

RHAMNA ¡Queremos vivir!

Va a haber huracán.

Un temporal deshecho

barrera nuestras barcas. ¡Es ir a la muerte!

FRANCISCO XAVIER *(Atendiendo al viento que azota su sotana.)*

Ya el viento lo advierte.

¿No lo sentís rugir?

DON COSME Eso no es cuenta mía. Nada tengo que oír.

FRANCISCO XAVIER ¿Y tampoco es cuenta vuestra la vida de estos cuitados?<sup>30</sup>

DON COSME Ellos se cuidarán. Yo debo mis cuidados

a nuestro negocio. Ese es mi deber.

FRANCISCO XAVIER *(Con gesto de severa admonición y exaltándose por momentos.)*

Pero sin codicia, sin demasiado afán,

señor Capitán,

señor Mercader.

Si por vos salieran para no volver,

¿qué sería

de vuestra alegría,

de vuestro sosiego?

Y luego...

¿a qué esta ansia, si después de todo

esas perlas un día

se han de trocar en lodo?

*(Otra vez se acercan los indios que se habían dispersado por las barcas.)*

¡Hermanos!

Otra perla hay más digna de tan duros anhelos,

la divina perla de los cielos.

Para todos será. Venid conmigo.

Todos, el poderoso y el mendigo,

el capitán y el soldado.

*(Don Cosme y el mercader bajan la cabeza confusos.)*

30 *cuitados*: míseros, tristes.

¡A buscarla todos en haz apretado!

(A los indios que estaban atados.)

Y vosotros también. (Los desata.) No paséis más congoja.

Es un grande tesoro.

Es una perla blanca y roja

macerada en la sangre de un Cordero.

Es un reino imperecedero

donde todos son reyes con manto y cetro de oro,

bajo la ley

del supremo y magnánimo Rey.

Donde el Hijo celebra el festín de sus bodas

y todas las almas llevan su túnica inmaculada,

y a todas

les es regalada

la perla inmortal.

Antes hay que pasar el vado de esta vida.

Es largo, tenebroso, de difícil salida.

Mas no temáis. Hemos de ir en pos

de un guía indefectible: Dios.

Él lo pasó primero.

Nos dejó como huella un sangriento reguero.

Santificó el dolor,

nos enseñó a sufrir

y a desear morir<sup>31</sup>,

que es entrar en el Reino del Amor.

¡Venid tras él, hermanos!

Juntos los corazones y las manos.

Es diestro pescador.

Su pesca es milagrosa.

Vamos con Él en busca de la Perla preciosa.

TODOS ¡Vamos! ¡Vamos en busca de la Perla preciosa!

*Inician el mutis. En una tonalidad alegre y delicadísima de un íntimo gozo espiritual, suena a lo lejos el tema de la Perla preciosa, que pudiera expresarse así:*

Soy clara como la luz.

Soy roja como la sangre.

Me ungió de sangre el Amor.

31 *y a desear morir*: las dos ediciones traen «y a desear a morir», lectura que considero errata, y enmiendo.

No hay perla que se me iguale.  
¡Ven, alma, conquistame  
y reinarás con los ángeles!

*Otra vez se acercan los indios que se habían dispersado por las barcas.*

### Argumento

Ya se fueron. ¿No visteis? En tropel  
se fueron tras él.  
Los empuja su brazo de titán.  
No hay nadie que resista.  
Eran como una arista  
y él como un huracán.  
Y ya no volverán.  
Irán como corderos  
sumisos al pastor.  
Y como los primeros  
discípulos de Cristo, estos cristianos  
llevarán verdes palmas en sus manos  
y cantarán hosanas  
al Señor.  
Él los guía adelante,  
su alma es como una hoguera caminante,  
cada voz de sus labios, viva brasa,  
y va encendiendo allá por donde pasa  
llamas de santidad,  
luces nuevas, destellos  
de un alba redentora.  
Ya amanece la aurora.  
Ya viene el claro día.  
Ya el Sol que nunca muere se alza y dora  
la planicie sombría...  
Volviéndose hacia ellos,  
Xavier dice: «¡Cantad!».  
... La pagoda vacía  
abre en vano su puerta.  
Sobrecargado de oro,  
fulmina hundido en la penumbra incierta  
el ojo colosal  
un dios gordo y siniestro.  
En la llanura abierta  
cantan todos al Padre celestial  
y es su oración sublime: «¡Padre nuestro...!».

## Cuadro II

*Ante el pórtico de una pagoda. Al fondo la rojiza fachada del templo, de arquitectura tumultuosa y grande. Delante, entre árboles gigantescos, de un frondoso verdor, la escalinata que da al estanque sagrado, flanqueada de monstruosos dragones de piedra. Viene de adentro la música dura y bárbara; asoma el viejo Fakir<sup>32</sup>, ciego, en actitudes de éxtasis. Se arrastra con las pupilas vacías clavadas en el sol. En las palmas inmóviles, a modo de pebeteros, sostiene unas brasas encendidas, donde los fieles, según van entrando en la pagoda, echan granos de especias<sup>33</sup> aromáticas. Silencio profundo.*

FAKIR            Venid, adoradores del dios Brahma<sup>34</sup>.  
                      Reavivad la sacrosanta llama  
                      que arde en mis manos. Adorad al dios,  
                      él es el gran espíritu uno y diverso.  
                      Llena como un oceano<sup>35</sup> el universo.  
                      Arrodillémonos.  
                      Los muertos vuestros reposan en su eterna inmensidad.  
                      Venid. Venid. Orad.

*(Nadie responde a su llamada. Silencio. Pausa larga.)*

¡No viene nadie! En torno mío  
nadie responde a mi ruego.  
Muere en mis manos el sagrado fuego.  
Mis palmas eran antes  
dos hogueras incesantes.  
Ahora siento frío...  
Silencio, soledad, desolación...

*Calla el Fakir y comienza a percibirse el dulce son de una campanita que se acerca. De él se va desprendiendo una música suave y cordial. Es el eco de la voz del Buen Pastor: «¡Otras ovejas tengo...!». Es el tema persistente que evoca su amada presencia.*

*Aparece por una de las puertas laterales el Gran Sacerdote de la pagoda, anciano venerable, en cuyo rostro se advierte una cavilación profunda.*

32 *Fakir*: santón hindú, asceta que vive de limosna.

33 *especias*: sic, en las dos ediciones, por *especias*.

34 *dios Brahma*: véase nota *supra* sobre Vishnú. San Francisco Javier, en sus cartas, nos transmite una imagen muy negativa de los dioses hindúes (ídolos) y de sus sacerdotes, los brahmanes.

35 *oceano*: véase nota *supra*.



SACERDOTE Tú que en tu noche eterna sabes  
 todos los misterios y todas las claves  
 y escuchas las voces que nadie pudo oír,  
 ¿no adivinas, oh, Fakir?

FAKIR Oigo unos ecos lejanos, vagos...  
 Son las voces de los magos  
 que han venido de lejos, de un tenebroso mar.  
 Su música es veneno. ¡No los oigas cantar!

SACERDOTE (*Atendiendo.*) ¡Oh, es un eco tenaz, dulce y remoto!  
 Es música divina. Es como una  
 celeste flor de loto;  
 como una flor de loto saturada de luna.

FAKIR ¡No escuches! Es veneno. Perderás la razón.

SACERDOTE (*Como ensoñado.*)  
 ¡Calla! ¡Calla! Siento una paz en el corazón...

*Se van esfumando suavemente los acordes de la dulce música a tiempo  
 que entra Francisco Xavier, seguido de una turbamulta de indios muy  
 pobres, entre los que abundan los rapaces.*

FRANCISCO XAVIER (*En la explanada, ante la escalinata.*)  
 Aquí, hijos míos, estaremos bien.  
 (*Examinando el paraje.*)  
 Planicie grande, sombra acogedora.

INDIO 1.º Aquí hay muchos brahmanes. Y es la hora.

INDIO 2.º Saldrán al sacrificio y si te ven...

FRANCISCO XAVIER Tendrá la fe de Cristo más testigos.

*El Fakir, dándose cuenta, de súbito, de quién es el que habla al pie de la  
 escalinata, arroja las brasas que sostenían sus manos y corre arrastrándose  
 hasta desaparecer dentro de la pagoda.*

FAKIR (*Aullando.*) ¡Maldición!

VARIOS Querrán matarte.

FRANCISCO XAVIER ¡Oh, no! Son mis amigos  
 estos brahmanes. Y además, ¿qué importa?  
 La vida es una dádiva muy corta  
 y está en manos de Dios lo mismo que la muerte.  
 No temáis por mi suerte  
 pues, cuando Él lo quiera,  
 lo mismo da que viva o que me muera.  
 Y en cambio, ¡qué dulce consuelo  
 poder repetir con verdad  
 y a cada momento: «Hágase tu voluntad  
 así en la tierra como en el cielo»!

*(El viejo Sacerdote, que había quedado solo en lo alto de la escalinata, desciende hacia el grupo del Padre Francisco, misteriosamente atraído.)*

Antes levantabais al cielo las manos.  
Invocabais a Brahma, dios sordo, mudo, ciego.  
¡Empeños vanos!  
Brahma no atendía jamás vuestro ruego.  
Yacíais en una mísera orfandad.  
No es así este buen Dios nuestro.  
Ya que éramos todo barro pecador,  
quiso bajar al mundo y ser nuestro Maestro  
y nuestro Médico y nuestro Padre y nuestro Buen Pastor.  
Nació de una Virgen en un portal  
y ya recién nacido conoció el dolor.  
Para sus ovejas fue dulzura y pasto y manantial,  
y un día  
por salvarlas a ellas en la cruz moría...

*(Les muestra el crucifijo; se ha ido inflamando conforme les explicaba. Al fin, prorrumpe en éxtasis:)*

¡Padre nuestro que estás en los cielos!

*En el pórtico central del templo se ha iniciado, entretanto, el fastuoso cortejo de los brahmines y brahmanes<sup>36</sup> que acompañan al sacrificador al estanque sagrado. Descienden lentos por la escalinata. Suenan solemnes las músicas de la marcha sacerdotal.*

*Pasan los sacerdotes, lentos, descienden hacia el estanque. Hay un momento, cuando ya han desaparecido, en que las últimas notas de la marcha quedan vibrando sombrías, pesadas, símbolo de una religión que gravita tenebrosa y triste sobre las almas. Después, un largo silencio. Y luego, la voz del Padre Francisco que dice, traspasada de lástima:*

FRANCISCO XAVIER ¡Ciegos! ¡Ciegos!... ¡Cuitados!

Pasáis junto a la luz con los ojos cerrados.  
Sois como sombras tristes y vais tras otra sombra.  
¿Qué queréis de ese dios que vuestra lengua nombra  
con tan medroso afán? ¿No le veis ciego y mudo?  
¿No veis que nunca pudo  
calmar vuestros pesares?

36 *brahmines y brahmanes*: el *DRAE* da ambos términos como sinónimos; son los miembros de la primera de las cuatro castas tradicionales de la India, la sacerdotal, la más privilegiada (por haber salido de la boca del dios Brahma). Vallejos parece usar *brahmín* con el significado de <brahmán joven>.

¿Que esos arreos vanos  
 y esos áureos altares  
 guardan tan sólo un leño puesto por vuestras manos?  
 ... ¡Es verdad! No es un leño  
 tan sólo, hay una vida siniestra en ese ceño  
 de sus ojos redondos y horribles. Algo más.  
 Es el fuego del infierno, fuego de Satanás.  
 Él reina en las tinieblas. Su rito es sangre y muerte,  
 en su rostro espantoso no hay más que odio y rencor.  
 ¡Pobres hermanos míos! La vida se os convierte  
 en una servidumbre de pecado y horror.  
 ... ¡Si supierais la suerte  
 con que os brindol, ¡y supierais<sup>37</sup> qué inefable dulzura  
 es llamar a Dios «¡Padre!» y sentir su mirada  
 ungida, traspasada  
 de amor, como una luz en nuestra vida oscura!  
 ... ¡Oh, Señor,  
 Dios de toda la piedad, de todo amor!  
 ¡Oh, Cristo Redentor!  
 Desde esta tierra donde vivimos,  
 patria de lágrimas y desconsuelos,  
 a Ti clamamos, a Ti pedimos,  
 ¡Padre nuestro que estás<sup>38</sup> en los cielos!

*La música ha recogido estas últimas palabras y se inicia, sobre el conocido tema litúrgico de la misa, el cántico del Padre Nuestro. Francisco Xavier se yergue lento y solemne en la escalinata, rodeado de la turba de indios. Su figura adquiere una majestuosa grandeza. Él solo lo domina todo. Los indios se han arrodillado. El viejo sacerdote brahmán, que estaba cerca de Xavier, acaba también por caer de hinojos e implora a Cristo con lágrimas<sup>39</sup>. El telón desciende lentamente, mientras los coros cantan «Venga a nos el tu reino».*

37 *y supierais*: así en las dos ediciones; entiéndase 'y si supierais' (pero la repetición de la condicional *si* rompería la medida del verso alejandrino).

38 *estás*: en la primera edición, «están», errata corregida en la segunda.

39 Este Gran Sacerdote desempeña aquí la misma función que Visva Mithas en *Volcán de amor*: desengañado de la religión hindú, termina por acercarse a la luz del Evangelio.

## Argumento

Mas no todo es triunfar. Crueles fatigas  
asedian su tesón audaz y entero.  
Hay polvo, zarzas, piedras enemigas  
en el largo sendero.  
Y quedan, al pasar, huellas bermejas...  
Hay rastro de reptiles,  
hay asechanzas viles  
tras de cada recodo.  
Hay un tedio de todo...  
Hay no pocas ovejas  
que huyen del Buen Pastor,  
que prefieren despojos corrompidos  
entre bestias feroces  
a los pastos floridos  
y al venero<sup>40</sup> de amor.  
Tras los gloriosos días  
de Malaca, Ceylán y Travancor<sup>41</sup>,  
nuevos ensueños, nuevas correrías,  
nuevo anhelo de un campo más remoto.  
Otra vez en el mar, rumbo hacia el norte.  
El Japón con su corte  
imperial y sus reinos de daymío:  
Firando, Kangoxima, Bungo, Kioto<sup>42</sup>.  
Un andar sin cesar  
por ciudades sin alma. Y predicar  
ante conciencias muertas.  
Cien días a las puertas  
cerradas del Mikado<sup>43</sup>.

40 *venero*: mina, yacimiento.

41 *Malaca, Ceylán y Travancor*: con la mención de estos topónimos resume Vallejos la actividad misional de Javier anterior a su paso a Japón: India, Molucas (Indonesia), etc.  
42 *sus reinos de daymío*: / *Firando, Kangoxima, Bungo, Kioto*: *daymio* o *daimyo*, en la lengua japonesa, es la palabra que designa a un 'señor feudal'; Vallejos enumera a continuación una serie de topónimos japoneses que corresponden a lugares visitados por Javier. En la segunda edición, la puntuación es ambigua; lo que se lee es: «sus reinos de Daymío, / Firando, Kangomixa, Bungo, Kioto» (como si Daymío fuera un topónimo más de la serie).

43 *las puertas / cerradas del Mikado*: el Mikado o Trono del Crisantemo es la institución del linaje de los emperadores japoneses. Javier quería entrevistarse con el «rey» de Japón, pero en aquel momento el país estaba dividido en territorios dominados por los señores de la guerra, y la capital—Meaco, hoy Kyoto—se hallaba en ruinas. Javier no llegó a ver al emperador, cuyo poder era, en cualquier caso, nominal, no efectivo.

Llorar desconsolado  
el pertinaz desvío.  
Y por todo caudal,  
risas de los que pasan a su lado,  
burlas, despego, indiferencia, frío.  
¿Adónde irá? La dulce voz divina  
llega otra vez desde lejos.  
Resuena más urgente y angustiada.  
Es la India, es la China...  
¡Es la nueva jornada!  
Pueblan el aire azul raros reflejos,  
gavillas de oro en apretada hacina<sup>44</sup>,  
campos que sólo esperan la llegada  
pronta del Sembrador.  
... Como un día lejano,  
Xavier vuelve a gritar: «¡Ya voy, Señor...!».  
Y allá va. Su alma es una llamarada.  
Va como fascinada,  
tiembla de afán su mano...  
¿De afán sólo?... ¡Oh, dolor!  
No en vano  
le llaman ya el Apóstol del Oriente<sup>45</sup>.  
Pesa sobre él un mundo.  
Ha envejecido prematuramente.  
De aquel gentil galán que, todo arrojo,  
a las conquistas para Dios salía,  
sólo queda un despojo...  
Vedle flaco, temblón. Arde su frente.  
Le consume una fiebre traicionera.  
Algo fatal su débil paso espía.  
Se encienden de repente  
sus mejillas de cera...  
Y un día...

44 *hacina*: conjunto de haces.

45 *Apóstol del Oriente*: otra denominación usual es la de Apóstol de las Indias y el Japón. San Francisco Javier es Patrono Universal de las Misiones de la Iglesia católica.

### Cuadro III

*Playa desolada y ardiente*<sup>46</sup>. Mar azul inmensamente abierto. Al fondo, lejana, indecisa, como un ensueño imposible, la costa de Cantón entre brumas. A un lado, un macizo rocoso, donde aparece apoyado Francisco Xavier. Le han desfigurado los años de ímproba evangelización. Parece un viejo miserable. Está harapiento. Ha perdido aquel gesto de noble gallardía que delataba su estirpe y con el que parecía desafiar a los enemigos y a los elementos desencadenados. Se apoya trémulo en un bastón. Su rostro está lívido y trasuda con el anhelo de una fiebre mal cuidada que se ha trocado en fiebre mortal. El preludio musical deriva hacia el tema del Buen Pastor que, en esta escena de desolación, se repite más apremiante y angustioso que nunca.

LA VOZ DEL BUEN PASTOR

¡Otras ovejas tengo que no están en el redil!

FRANCISCO XAVIER Ya te oigo, voz divina. Sin cesar

resuenas dentro de mí

y no puedo descansar.

Heme aquí.

Por Ti

he cruzado de nuevo el mar.

A cada paso me acechó la muerte.

Mas yo te oía,

te oía y no sentía

más miedo que dejar de obedecerte...

Otra vez escucho tus divinas quejas:

«¡Tengo más ovejas...! ¡Tengo más ovejas...!».

Mi vida es de esta suerte una horrible agonía.

¡Oh, qué grande rebaño y qué campo de mies!

No hay senda que no hayan hollado mis pies,

no hay puerta que no conozcan mis manos.

Se ríen, me insultan y cuando te invoco

ellos llaman a gritos a sus dioses paganos.

*Irrumpe en escena un grupo de indígenas hostiles, los cuales, al ver al Padre Francisco, gritan con algazara:*

INDÍGENAS ¡Al loco! ¡Al loco!

FRANCISCO XAVIER Hermanos,

¿por qué me perseguís? Yo no os hago daño.

Yo quisiera daros una vida mejor.

46 *Playa desolada y ardiente*: la de Sanción, donde moriría Javier el 3 de diciembre de 1552, frente a la costa continental de China.

INDÍGENA 1.º Si es como la tuya, ilucida  
sería esta vida!

INDÍGENA 2.º No queremos nada.

FRANCISCO XAVIER Quisiera que fuerais un solo rebaño  
bajo la cayada del Buen Pastor.

INDÍGENA 1.º Dice hechicerías.

INDÍGENA 3.º ¿Qué hacemos con él?

VARIOS ¡Muera!

INDÍGENA 1.º ¿A qué matarlo? No.

VARIOS ¡A la cárcel!

INDÍGENA 2.º Tampoco.  
Dejémosle en esta desierta ribera.

VARIOS ¡Fuera el loco!

OTROS ¡Fuera!

TODOS ¡Al loco! ¡Al loco!

*Le arrojan piedras y puñados de arena. Luego desaparecen. Francisco Xavier les sigue largo espacio con una mirada de infinita angustia.*

FRANCISCO XAVIER ¡Otro día más! Ya son veinte días.  
¡Señor!, ¿hasta cuándo estas agonías  
y este cruel esperar con las manos cruzadas,  
mientras pasan a miles las almas descarriadas?...  
(Pausa.)  
Todos se van. No puedo vencer ese desvío.  
Mi palabra sin eco se pierde en el vacío.  
¡Oh, Dios mío!  
¿Ni una sola alma te he de rescatar?  
¡Dime a qué he venido!  
Dejé mi patria, dejé mi hogar.  
Honras y riquezas di por Ti al olvido.  
Ansiaba luchar, luchar y luchar.  
Los vastos imperios para tanto anhelo  
eran hartos poco.  
Gasté sin medida  
y gasté sin duelo  
en empresas tuyas el don de mi vida,  
y heme al cabo en este enemigo suelo,  
viejo, solo, enfermo, tenido por loco.  
No quieren oírme. Huyen de mi lado  
como de apestado  
que contagia el mal.  
¿Qué tiene mi boca?

Mi palabra agosta todo cuanto toca;  
el campo de trigo se trueca en erial.

*(Pausa, silencio largo, ensimismamiento. Ahora toma entre sus manos el crucifijo que le pende del cuello y prosigue en un verdadero éxtasis.)*

¡Ay, son mis pecados! Este orgullo necio  
que se apropió por suyo en tu heredad  
lo que sólo era precio  
de tu inmensa bondad.  
Castígame, Señor.  
Yo soy el siervo infiel y pecador.  
... Mas... ¿qué peor castigo  
que este tedio y esta soledad  
que van como una maldición conmigo?

*(Vuelve a sonar íntimo y cercano el tema del Buen Pastor, a un tiempo dolorido y esperanzado. El Padre Francisco se levanta con súbito arranque. Por el fondo pasa la tenue visión del Buen Pastor.)*

¿Tú en esta tierra, Señor?

*Ya ha pasado el Buen Pastor por la escena y todavía se oye su voz amortiguada que canta:*

LA VOZ DEL BUEN PASTOR

De otros países vengo,  
hijo mío, Xavier.  
Otras ovejas tengo  
que me quieren conocer...

*En la costa que se finge en el paisaje del mar se dibujan algunas siluetas de arquitectura lo suficientemente característica para que pueda dar el ambiente de China.*

FRANCISCO XAVIER *(Suplicante y arrebatado, pero sin que al mismo tiempo deje de percibirse con claridad en el tono, en el gesto, en el mismo sobreanhelo, el esfuerzo de una vida que se acaba.)*

¡Pues yo iré!  
¡Y las juntaré!  
¡Las traeré rendidas hasta aquí!  
Tú suplirás lo que me falte a mí.  
Pon en mis labios la eficacia  
de tu divino aliento.  
Que sean fuego, luz, torrente y viento  
mis palabras unguadas de tu gracia.



Que nadie se resista.  
Que cada día marque hacia adelante  
una nueva conquista.  
Y que cuando levante  
mi torpe brazo para bautizar,  
vengan ellos a cientos, a bandadas,  
como estrellas del cielo<sup>47</sup> y arenas de la mar.

*(La fatiga le hace enmudecer. Se recuesta medio exánime en las rocas. Sus manos crispadas palpan buscando apoyo, mientras los ojos fijos en el horizonte se le encienden de ansia.)*

¡Ay, Señor, los veo  
cerca de mí en número incontable!  
Me llaman de esa playa.  
Sus voces son el eco de un oscuro deseo.  
Están entre tinieblas. Andan buscando luz.  
¡Ay, déjame que vaya!  
¡Déjame que les hable,  
que les abra el camino, que les muestre tu cruz!

*(En un supremo y sublime arranque quiere levantarse hacia la orilla, pero le faltan las fuerzas. Vacila como si fuera a caerse. Todavía se sostiene medio recostado en una de las rocas.)*

No puedo andar más...  
Me siento morir...  
Señor..., ¿dónde estás?  
¡Señor! ¡Quiero ir!  
¡Más que nunca ahora...!  
Se apaga mi vida,  
se acerca la muerte...  
Oigo su llamada<sup>48</sup>,  
siento su venida  
y no tengo nada  
para responderte...

*(Va doblándose exánime. Se recuesta, resbala, cae hasta quedar en tierra contra la piedra que le sirve de respaldo en la actitud en que se le ve en las viejas pinturas. Entra en el delirio.)*

47 *a bandadas, / como estrellas del cielo:* en el final de *Volcán de amor*, Vallejos utiliza esta misma imagen de las *bandadas de estrellas*, referida allí al elevado número de sembradores (misioneros) que llegarán detrás de él. Aquí se refiere al elevado número de personas por bautizar.

48 La primera edición omite este verso, pero lo restituye la «Fe de erratas».

¡Oh, Señor, espera...!  
Déjame ir allí...  
¿No la ves?  
Pronta<sup>49</sup> está la sementera...  
¡Que siembre, que recoja a montones la mies...  
y después  
haz lo que quieras de mí!

(Con borroso acento, gesto vago y la mirada traspuesta.)

¡Déjame ir allí...!  
¡Déjame ir allí...! (Muere.)

*El invisible Coro de ángeles canta entonces este responsorio, uno de los más bellos de la sagrada liturgia:*

CORO DE ÁNGELES

*«Ecce quomodo moritur iustus.  
Et nemo percipit corde.  
Et viri iusti tolluntur, et nemo considerat.  
A facie iniquitatis sublatus est iustus.  
Et erit in pace memoria eius.»<sup>50</sup>*

T E L Ó N

49 *Pronta*: preparada, dispuesta.

50 Resulta imposible trasladar al castellano toda la emoción, toda la nostalgia a un tiempo triste y esperanzada de las palabras latinas:

He aquí cómo muere el Justo.  
No hay quien se recoja a pensar dentro de él.  
Ya los justos desaparecen: y nadie recapacita.  
De en medio de la inquietud ha sido llevado el Justo  
y su memoria perdurará en paz. [Nota del autor]

## Argumento

¡Despierta!,  
noble campeón,  
llaman a tu puerta.  
Alza tu blasón.  
Despierta y levanta,  
afirma tu planta,  
canta tu victoria.  
No has muerto, dormías  
mientras vadeabas la negra ribera.  
Levántate y canta,  
¡mira quién te espera  
para coronarte con laurel de gloria!  
Ya no hay agonías.  
Ya todo es triunfar.  
Pasaron los días de tanto penar.  
Ya todo es segar entre resplandores  
la siembra que hicieron llantos y dolores.  
¡Mira quién te llama! ¡Mira hacia la altura!  
¿Te acuerdas de aquella voz tan dolorida?  
Es Él que se acerca. El Rey de la vida  
que viene vestido de regia hermosura;  
es Él que a su eterno festín te convida.  
Sal. No te avergüences de tu vestidura.  
¡Que a la faz de todos brille descubierta  
esa miserable sotana raída!  
Ya llega el Cordero con su herida abierta  
y su lengua pura  
de amores transida.  
¡Despierta! ¡Despierta!

## Epílogo

*Tras de un solemne preludeo orquestal, el Coro de ángeles comienza cantando aquellas palabras que han servido de nota temática a todas las escenas: «Otras ovejas tengo...». Pero ahora es la cláusula completa, tal como se encuentra en el evangelio de San Juan:*

*«Ego sum Pastor bonus. Et cognosco oves meas, et cognoscunt me meae. Et alias oves habeo quae non sunt ex hoc ovili. Et eas oportet ad me adduci. Et tunc fiet unum ovile et unus Pastor.»*

*(Que traducida al castellano quiere decir:)*

«Yo soy el Buen Pastor. Y conozco a mis ovejas y ellas me conocen a Mí. Y tengo otras ovejas que no están en el redil. Y conviene que ellas sean conducidas a Mí. Y entonces habrá un solo rebaño y un solo Pastor.»

*Los diversos coros enlazan entre sí y repiten en una polifonía cada vez más poderosa estas palabras que hasta aquí habían tenido a través de los diversos cuadros un matiz predominantemente doloroso; y al fin alcanzan una resonancia triunfal de plenitud, de sublime ansia lograda, como significando que por obra de los trabajos apostólicos del misionero, coronados con el holocausto de su vida, aquel «fiet unum ovile et unus Pastor» se ha convertido en una realidad grandiosa.*

*Al cantarse estas últimas palabras se levanta la cortina y aparece en primer término Francisco Xavier, tal como quedó difunto en la anterior escena.*

*Al fondo se inicia una escalinata amplísima que se va alejando hasta perderse anegada en gloriosas claridades. Es la escalinata que conduce al Paraíso, y en cuya cima, invisible a los ojos mortales, aguarda el Cordero. Las primeras graderías están llenas de una deslumbradora multitud en la que tienen su representación las cinco razas del mundo. Poco a poco el cortejo abre calle y de lo alto descienden unos ángeles, los cuales tienden por la escalinata a modo de riquísimo tapiz una amplia tela de brocado de oro. Cantan los coros angélicos desde lo alto:*

*«Christus vincit! Christus regnat! Christus imperat!  
Alleluia! Alleluia! Alleluia!»<sup>51</sup>*

*Y como una réplica se oye el gran coro de las voces terrenales:*

*«Euge serve bone et fidelis! Intra in gaudium Domini tui»<sup>52</sup>. Euge*

51 «¡Cristo vence! ¡Cristo reina! ¡Cristo impera!  
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!» [Nota del autor]

52 «¡Levántate, siervo bueno y fiel! Entra en el Paraíso de tu Señor.  
¡Levántate de entre los muertos, oh, triunfador! No volverás a morir.  
La muerte no dominará ya nunca sobre ti.  
¡Levántate, sembrador obediente que sembraste en el campo la semilla de Cristo!  
¡Levántate, oh, Pastor de las ovejas, oh, Buen Pastor que diste tu vida por el rebaño!  
¡Despierta y levanta! ¡Ven y recibe la corona de justicia que Dios te tiene preparada!  
¡Aleluya!  
Bendición y honor, gloria y poderío a Aquel que está sentado en el Trono junto con el Cordero y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. ¡Amén!  
¡Aleluya!» [Nota del autor]

*triumphator ex mortuis! Iam non moreris. Mors tibi ultra non dominabitur.*

*Euge oboediens agricola qui triticum Christi in acie seminasti, euge o Pastor ovium! O bone Pastor qui vitam pro ovibus tradidisti!*

*Evigila et exsurge! Veni et accipe coronam iustitiae quam tibi Dominus praeparavit. Alleluia.*

*Sedenti in throno et Agno una cum sancto Spiritu, benedictio et honor et gloria et potestas in saecula saeculorum. Amen. Alleluia!»*

*Mientras resuenan estos cánticos, Francisco Xavier se ha ido incorporando poco a poco como quien despierta de un largo sueño. En los primeros instantes, su actitud, sus ademanes, son de deslumbramiento. Los ángeles se acercan a él, lo levantan y conducen hacia la escalinata. Suben con él los primeros peldaños en medio del homenaje de la muchedumbre, que se postra de hinojos. Después ellos también lo dejan y se postran a su vez. Y Francisco Xavier, solo, lento, como un verdadero símbolo, en todo el esplendor de su sotana andrajosa, se pierde camino del Paraíso.*